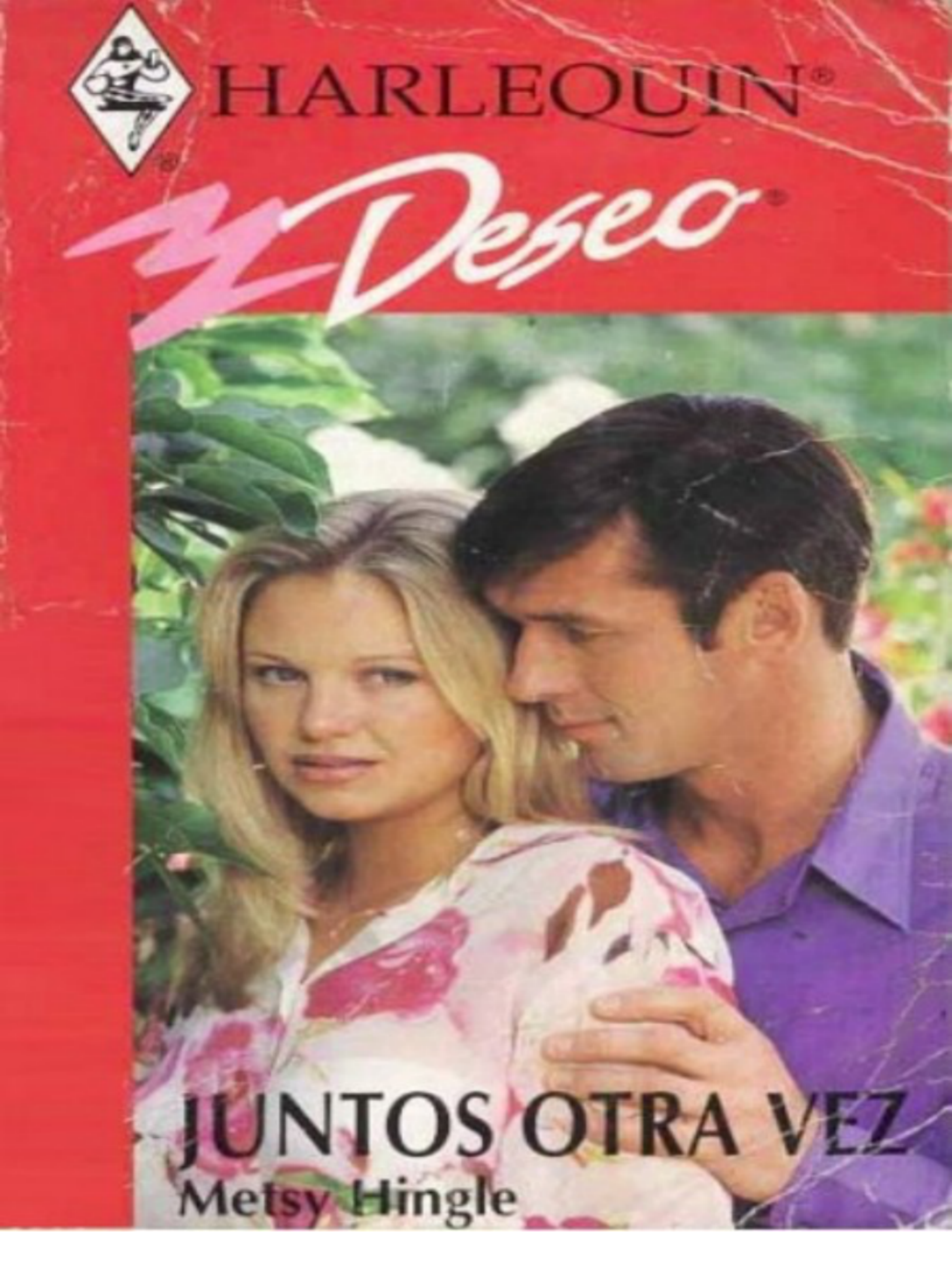

HARLEQUIN®
Deseo®
JUNTOS OTRA VEZ
Metsy Hingle

Juntos otra vez

La millonaria Regan St. Claire había sido pura inocencia... y tentación. Sólo que había llegado a la vida de Cole Thorton demasiado pronto, antes de que él pudiera llegar a ser alguien en esta vida. Él casi había pensado que eso no le importaba a ella. Pero luego ella lo había dejado. Y él había jurado no pensar en ella de nuevo...

¡Un bebé! Regan no podía creer que su sueño se convertiría en realidad. Y el donador de esperma Cole, el hombre que su padre le había obligado a abandonar. Ella aceptó volver a casarse con Cole, ahora millonario, esperando demostrarle que su corazón siempre le había pertenecido. ¿Pero se atrevería Regan a esperar que su hijo salvara también su amor?

Prologo

—¿Estoy embarazada? —repitió Regan St. Claire clavando las uñas en las palmas de sus manos. Miró a través del escritorio a su tía, la famosa especialista en fertilidad de Nueva Orleans, la doctora Elizabeth St. Claire—. ¿Estás segura, tía Liz? ¿No hay error?

La mujer mayor meneó la cabeza rubia plateada y sonrió.

—Estoy segura. Yo misma realicé las pruebas... dos veces. Estás embarazada, querida. De acuerdo con la fecha en que llevé a cabo el procedimiento de inseminación, desde hace cinco semanas.

Regan gritó de felicidad. Demasiado entusiasmada para quedarse quieta, se levantó de un salto y rodeó la mesa para abrazar a su tía.

— ¡Voy a tener un bebé! ¡Un bebé! —repitió maravillada.

—Regan, pequeña, tranquilízate —reprendió su tía divertida.

—No puedo. Me siento demasiado feliz —replicó con lagrimas de gozo en los ojos. Ni siquiera en ese momento podía creer que un diagnóstico de endometriosis y posible infertilidad la hubiera llevado por ese camino cuyo resultado era un... un milagro. Porque eso era el bebé—. Hace tanto tiempo que lo anhelo. Desde que... —desde que había perdido a su primer bebé en un aborto años atrás... el hijo de Cole.

Como si le leyera los pensamientos, su tía le ofreció la mano. Regan la aferró y extrajo fuerzas de la mujer que había desempeñado el papel de madre durante la casi totalidad de sus veintinueve años de vida.

—Cariño, aún está en la primera fase —advirtió su tía Liz—. Esa diminuta vida que llevas dentro tiene mucho camino que recorrer antes de que fructifique.

—Lo sé —la sonrisa vaciló un poco al recordar su último embarazo.

Tenía diecisiete años y estaba locamente enamorada de Cole Thornton. Como si hubiera sido el día anterior y no doce años atrás, las imágenes de Cole llenaron su mente. Cole trabajando en el jardín de su familia, la piel oscura brillante por el sudor, los músculos hinchándose en sus hombros desnudos mientas clavaba la pala en la tierra. Alzando la cabeza y apartándose el pelo del color de la medianoche de la cara para mirarla con sus ojos plateados.

Siempre había algo peligroso y salvaje cuando la miraba. Había sido tan distinto de los chicos que conocía..., tan serio y centrado, con una pasión contenida. Se había sentido atraída por él en el acto. Después de conocerlo, había admirado su marcado sentido del honor y la determinación de llegar a ser alguien. Hacer el amor con

él había resultado tan básico como respirar. Al quedarse embarazada, el insistió en que se casaran… tal como Regan había imaginado. Lo difícil había sido convencerlo de que se fugaran. Sin embargo, incluso después del tiempo transcurrido, recordaba aquellos días mágicos como su esposa... cuando había tenido la certeza de que su amor era tan fuerte que sobreviviría a todo.

Hasta que su mundo se desmoronó y perdió tanto a Cole como al bebé.

— … y espero haber… haber hecho lo adecuado. Tú lo eres todo para mí, Regan. Lo único que deseo... lo único que he deseado siempre es que seas feliz.

Algo en el tono de su tía captó la atención de Regan.

—Soy feliz, tía Liz. Me has dado lo que más quiero en el mundo... un bebé. O al menos la oportunidad de tenerlo...

—A pesar de lo maravilloso que es un bebé —Liz frunció el ceño —, solo llena parte de tu vida. ¿Qué me dices de un marido? ¿Alguien con quien compartir tu vida? ¿No quieres que alguien sea padre de ese bebé, que haga más hijos contigo?

Regan suspiró.

—Tú no necesitaste a un hombre para hacer completa tu vida, tía Liz. Yo tampoco.

—No hablamos de mí, querida. Además, yo tuve a alguien una vez. Alguien que fui lo bastante tonta para perder. Soy una mujer mayor ya, con casi toda la vida a la espalda. Pero tú tienes la tuya por delante. No la desperdicies. No te conformes con recuerdos y pesares.

—No desperdicio mi vida —insistió Regan.

— ¿Estás segura? No puedo evitar recordar la última vez que estuviste embarazada. Qué felices y enamorados estabais Cole y tú, y cuando os casasteis...

—Nuestro matrimonio fue un error. Éramos demasiado jóvenes para saber lo que hacíamos.

—Erais lo bastante mayores para saber que os amabais, para concebir juntos un hijo. A menudo me he preguntado que si tu padre no hubiera insistido en aquella anulación...

—Papá hizo lo que consideraba mejor —replicó Regan con un nudo en la garganta. Dio la vuelta y miró por la ventana.

—Cariño, sé que querías a tu padre. Era mi hermano, y yo también lo quería. Pero eso no significa que estuviera ciega a sus defectos. No era perfecto. A veces cometía errores, juzgaba a la gente de forma injusta. Se equivocó con Cole. Y se equivocó al interferir en tu matrimonio, en obligarte a tomar una decisión.

—Lo hecho, hecho está, tía Liz. No podemos dar marcha atrás —decidida a cerrar la dolorosa puerta del pasado, se volvió para mirarla—. Lo que importa es el futuro. Este bebé es mi futuro.

—Tienes razón —su tía deslizó una mirada nerviosa sobre el vientre de Regan—. Solo espero que lo que suceda...

—Tía Liz, ¿hay algo que no me hayas comentado? —alarmada, apoyó una mano sobre el vientre—. ¿Sucede... algo con el bebé?

—No. Oh, no, pequeña. No sucede nada.

—Entonces, ¿de qué se trata? ¿Por qué esa cara?

—Imagino que me preocupa ser tan mala como tu padre, porque en este momento soy yo quien interfiere en tu vida —meneó la cabeza y sonrió con gesto tenso.

—No lo has hecho —afirmó aliviada—. Me has dado un regalo invaluable.

—Pero, ¿y si...?

—Nada de «Y si» —insistió Regan—. Todo va a salir bien. Espera y lo verás. En esta ocasión nada va a salir mal.

Capítulo Uno

Al regresar de los aseos a su despacho en la parte de atrás de la joyería, Regan reconoció que absolutamente todo parecía ir mal. Se llevó una mano al estómago aún revuelto y se sentó a la mesa de trabajo, donde sus herramientas de joyera y diversas gemas y piezas aguardaban su atención.

—Vamos, pequeño —suplicó, pasando la mano sobre el vientre aún plano—. ¿Qué te parece si le das un descanso a mamá? No puedo estar mareada también por la tarde —durante las dos semanas pasadas desde la confirmación del embarazo, había tenido mareos y náuseas a casi todas horas. Y tampoco había esperado que su nivel de energía descendiera de forma tan drástica Suspiró y meneó la cabeza. Ese embarazo era tan diferente del anterior. De inmediato lamentó la comparación, ya que la invadieron recuerdos del aborto.

Respiró hondo e intentó desterrar el dolor que siempre acompañaba a los pensamientos de aquella época triste de su vida. Se recordó que todo era distinto en ese momento. Ya no era una chica soñadora inesperadamente embarazada. Era una mujer, sin ninguna ilusión necia sobre el amor. El embarazo era resultado de la planificación, no de la pasión. Y en siete meses, cuando sostuviera a su bebé en brazos, tendría todo lo que quería, todo lo que necesitaba.

Se palmeó el vientre.

—No te preocupes, pequeño —murmuró—. Todo saldrá bien. Ya lo verás. Ni siquiera echarás de menos no tener un papá porque voy a ser la mejor madre posible. Lo prometo.

El destello de los diamantes captó su atención. Convertirse en madre del año iba a tener que esperar un poco más. En ese momento tenía trabajo que la tienda necesitaba con desesperación, si quería pagar a tiempo la hipoteca ese mes. No por primera vez, eso hizo que frunciera el ceño. Nunca había imaginado que alguna vez tendría que preocuparse por cuestiones como la fiscalidad, acciones e intereses bancarios. Ciertamente, jamás había soñado que se hallaría en un caos financiero y en peligro de perder la joyería que llevaba cinco generaciones en su familia. Así como de momento había conseguido capear el temporal, bajo ningún concepto era una experta. Encendió el foco y acercó el esbozo que había hecho para un anillo, pero sus pensamientos volvieron a centrarse en las finanzas.

«Papá, tendrías que haberme informado de que tenías problemas. Al menos, podrías haberme dejado intentar ayudar».

Pero sabía por qué su padre no se lo había dicho. La había querido proteger… como siempre. Experimentó una ira renovada al recordar su súbita muerte y el descubrimiento de que Exclusives se encontraba al borde de la bancarrota. Pero el resentimiento dio paso a la culpa. No tenía derecho a enfadarse con su padre, no después de todo lo que le había dado. Fue él quien la había introducido en el mundo mágico de las gemas y fomentado sus sueños de diseño. Quizá en ocasiones se había mostrado demasiado protector, pero solo porque la quería. Sin embargo, había estado a su lado cuando lo necesitó. La ayudó a recoger las piezas de su vida cuando perdió a su bebé y a Cole. Le debía hacer que la joyería se recuperara y legársela a su propio hijo algún día, juró que lo haría.

—No te decepcionaré, papá —prometió.

Secándose las lágrimas que parecían aflorar con tanta facilidad esos días, alzó el anillo en el que había estado trabajando antes de salir corriendo al cuarto de baño.

— ¿Qué dices, pequeño? Basta de pataletas hasta que acabe esta pieza. ¿Vale?

Cuando su estómago permaneció en calma cinco minutos enteros, sonrió. Contempló el esbozo, luego el anillo y frunció el ceño. Pasó un dedo por la banda de oro, un regalo de aniversario para uno de los mejores clientes de la joyería, y estudió la pieza con ojo crítico. El rubí birmano de cuatro quilates que había en el centro era exquisito. Los diamantes que flanqueaban cada lado de la piedra lo resaltaban. El anillo era precioso y el cliente quedaría encantado. No obstante, Regan tuvo ganas de reemplazarlo por la esmeralda que tenía guardada en la caja fuerte.

Se apartó de la mesa y se dirigió a la caja fuerte para extraer la bandeja de gemas. La depositó en su mesa de trabajo en el momento en que sonó el intercomunicador de la tienda.

— ¿Señorita St. Claire?

—Sí, Amy —giró y apretó el botón del teléfono, deseando que la nueva recepcionista la llamara Regan.

—Hay un tal señor Cole Thornton que desea verla.

Se quedó helada. De pronto le faltó aire en los pulmones. El estómago le hizo una cabriola y la habitación comenzó a dar vueltas. Con las rodillas flojas, se hundió en la silla e intentó respirar.

Cole Thornton en Nueva Orleans. ¿Para verla a ella? ¿Después de tanto tiempo?

Habían transcurrido doce años desde aquel día horrible en que la miró con hielo en los ojos antes de marcharse de la ciudad. No había vuelto a hablarle jamás. Ni una sola vez. Pero nunca lo había olvidado. ¿Cómo podía hacerlo cuando la ciudad que otrora le había dado la espalda al joven y pobre Cole estaba ansiosa por reclamar al magnate de las propiedades inmobiliarias como a uno de sus hijos predilectos? Había perdido la cuenta de las fotografías que había visto de él en diversos actos y galas benéficas a lo largo de los años. Por lo que ella sabía, solo una vez había regresado a Nueva Orleans, y recordar aquel encuentro fugaz aún le dolía. Su fría indiferencia. No quería volver a pasar por la misma angustia. Y menos en ese momento.

— ¿Señorita St.Claire? ¿Hago pasar al señor Thornton?

—No —soltó—. Por favor, ofrécele al señor Thomton mis disculpas, Amy, y dile que no estoy disponible. Ah, te agradecería que no me pasaras llamadas —añadió antes de cortar la comunicación.

Un poco insegura, regresó a la mesa de trabajo y se sentó en el taburete. «Piensa en el trabajo», se ordenó. El trabajo había sido su refugio durante doce años. Ni siquiera se molestó en alzar la vista cuando unos minutos más tarde oyó que la puerta se abría.

—Sea lo que sea, Amy, me ocuparé de ello después. Ahora no tengo tiempo.

—Entonces te sugiero que lo saques.

El instrumento que Regan sostenía en la mano cayó con estrépito sobre la superficie de mármol al oír la voz que otrora le había provocado escalofríos.

—Señorita St. Claire, lo siento —dijo una nerviosa Amy apareciendo detrás de él—. Intenté explicarle al señor Thornton que no podía verlo...

—Y yo le aseguré a Amy que me verías —repuso Cole.

—Está bien, Amy. Yo me ocuparé.

Amy se marchó y cerró la puerta a su espalda. Controlándose, Regan miró a Cole a la cara.

— ¿Y cómo piensas ocuparte de mí, princesa?

Ella apretó los dientes al oír el apodo con que la había bautizado años atrás.

— ¿Qué quieres, Cole? —intentó transmitir hielo en su voz. Los ojos de él se oscurecieron y centellearon con plata líquida, encendiendo recuerdos de las noches en que había yacido desnuda en sus brazos. Lo vio enarcar una ceja.

— ¿Debo considerarlo una invitación?

—En absoluto —replicó con las mejillas encendidas. No era justo. Con treinta y tres años, Cole era incluso más atractivo que con veintiuno. Llevaba el pelo más corto, pero igual de tupido y oscuro como la medianoche. Tenía unas leves arrugas en los bordes de los ojos que no estaban allí doce años atrás, arrugas que le daban una expresión más dura y fría. Su cuerpo alto y esbelto no exhibía ningún kilo de más, y apostaría cualquier cosa a que los músculos que había debajo del traje de marca eran tan duros como el acero. Incapaz de detenerse, contempló su boca, la misma que la había besado con tanta ansiedad, que había probado cada centímetro de su cuerpo, que le había susurrado promesas de amor.

—Aún te ruborizas como una colegiala, princesa —indicó él—. ¿Cómo es posible?

—No tengo tiempo para juegos, Cole. Debo dirigir un negocio. ¿Por qué no me dices para qué has venido?

La boca de él se endureció un momento, pero en vez de contestar, se acercó al borde de la mesa y recogió el anillo.

—Lejos de mí desear que pierdas tu valioso tiempo. Después de todo —la miró—, sé por experiencia propia la prioridad que le das al negocio. Por eso he venido. Para hablar de negocios.

La palabra «negocios» la golpeó como una bofetada. De inmediato recordó a la espléndida pelirroja que lo había acompañado a la gala para recaudar fondos celebrada el año anterior en el acuario de la ciudad. El negocio de Regan era diseñar anillos únicos para Exclusives. Sintió un nudo en la garganta. Se dijo que no podía esperar que diseñara un anillo para su amante. Ni siquiera Cole podía ser tan cruel.

Aunque a sus propios ojos él creía tener un motivo para serlo. Pensaba que ella lo había traicionado. Nunca le había creído cuando luego le explicó los motivos para solicitar la anulación del matrimonio, que lo había hecho para salvarlo. El resultado había sido el mismo. Lo había herido, le había desgarrado el orgullo en un momento en que era todo lo que le quedaba. ¿Qué mejor venganza que encargarle que diseñara el anillo de boda de su futura esposa? Contempló el anillo que él sostenía y recordó el día en que le había puesto una alianza en el dedo y prometió amarla para siempre. Siempre había durado únicamente diez días. Se negó a someterse a ese tipo de dolor.

—Como ya he dicho, me encuentro ocupada. Le diré a mi ayudante que te atienda.

— ¡Y un cuerno! —se apartó de la mesa y pegó la cara a la de ella—. No pienso tratar con ningún asistente en algo tan

importante. Trataré contigo, princesa. Solo contigo.

Aturdida por la súbita vehemencia, Regan retrocedió un paso. Recordó las otras dos ocasiones en que lo había visto de esa manera: el día en que le dijo que quería la anulación y cuando le contó que había perdido al bebé. Respiró hondo para serenarse.

—Me gustaría que te marcharas.

— ¿Qué sucede, princesa? ¿Has vuelto a cambiar de parecer? Es un poco tarde para eso, ¿no crees?

Ella frunció el ceño, desconcertada tanto por el comentario de Cole como por su hostilidad.

—No sé de qué estás hablando y, para serte sincera, tampoco me importa. Solo quiero que te vayas.

—Ni lo sueñes.

—Entonces no me dejas otra alternativa que llamar a la policía —aseveró con más convicción de la que sentía. Se dirigió hacia el teléfono en el instante en que el pequeño decidió que ese día no había terminado de jugar. Se le revolvió el estómago y la dominó una oleada de náuseas—. Perdona —musitó y trató de pasar junto a Cole antes de expulsar delante de él lo que le quedaba del almuerzo.

—No —le bloqueó el paso—. No hasta que hablemos.

—Apártate de mi camino —ordenó ella, conteniendo las náuseas —. Hablo en serio, Cole. Apártate de mi camino o vas a lamentarlo.

— ¿Más que hace doce años cuando te diste cuenta del error que habías cometido al casarte con un pobre bastardo? Oh, olvidé que eso ya no importa ahora que tengo dinero, ¿verdad?

Durante un momento, los puntos que ella veía ante los ojos se despejaron ante el impacto de su amargura. Regan contuvo las lágrimas de ira.

—Vete al infierno.

—No, gracias, encanto. Ya estuve allí una vez por ti. Y no tengo intención de regresar. De hecho, ahora que te encuentras embarazada...

La sorpresa de sus palabras fue como un golpe, seguido de otra oleada de náuseas. Se llevó una mano a la boca y empleó la otra para empujarlo. Cole la agarró por el hombro y le dio la vuelta para que lo mirara. Entonces fue demasiado tarde. Vomitó sobre sus zapatos caros.

Aturdido, Cole se quedó helado unos segundos. Mientras luchaba con la furia que lo había dominado ante la reacción de

Regan, registró la palidez de ella, las gotas de sudor que penaban su frente.

—Lo siento —musitó Regan con expresión horrorizada antes de soltarse y huir.

—Espera —gritó Cole, persiguiéndola. Se detuvo cuando la puerta del cuarto de baño se cerró en su cara. Llamó con el puño—. ¡Regan!

— ¡Vete!

—Abre —probó el picaporte, en vano.

— ¡Vete!

Liz no le había contado que sufría mareos. Regan jamás se ponía mala... al menos no que él recordara. Ni siquiera durante aquel breve embarazo tantos años atrás. Ni un solo día estuvo mareada... no hasta el aborto.

De pronto la idea de que Regan y su bebé pudieran correr peligro le heló la sangre. Jamás tendría que haberla provocado de esa manera. Se pasó una mano por la cara. Si algo le sucedía al bebé, sería por su culpa. Sintió un nudo en las entrañas. Estaba asustado. Llamó a la puerta de nuevo, en esa ocasión con gentileza.

— ¿Princesa? ¿Te encuentras bien? —al no obtener respuesta, llamó otra vez. La imaginó tirada en suelo, desvalida y sufriendo—. Princesa, ¿me oyes? Abre la puerta. Déjame entrar para ayudarte. —Tras unos momentos de silencio, oyó el sonido de alguien devolviendo. Luego un gemido suave y el agua al correr. Pensó en tirar la puerta abajo—. ¿Estás bien? —exigió—. Maldita sea, Regan, contesta.

—Estoy bien.

Pero no lo parecía. Sonaba como una gatita recién nacida. Intentó controlar el torrente de emociones que lo recorrió.

—Abre la puerta, princesa —instó—. Sé que te encuentras mareada. Por favor, abre... deja que te ayude.

—No quiero tu ayuda —repuso con más pasión de la que creía posible—. Solo quiero que te vayas.

«Ni lo sueñes», pensó, apretando los dientes. Después de todo, el bebé era el motivo por el que se hallaba allí. Se mesó el pelo y suspiró. Según la revista Dinero, él era un hombre inteligente, casi un genio de los negocios. Entonces, ¿cómo diablos se había metido en ese lío? ¿Cómo había permitido verse involucrado otra vez con Regan St. Claire?

La respuesta era sencilla: Liz, su amiga más querida y antigua, la mujer que había dado cobijo a un chico problemático de la calle, brindándole la oportunidad de llegar a ser algo más, le debía más

de lo que jamás podría pagarle en una vida. Pero en esa ocasión la tía de Regan había ido demasiado lejos, pensó, recordando la conversación:

—Olvídalo, Liz. Si Regan necesita un donante de esperma, tendrás que encontrar a otro. Quizá a uno de esos ricos con un pedigrí de un kilómetro de largo.

—Perfecto —había acordado Liz con presteza.

Demasiada. La mujer era más aguda que una aguja y no se rendía con tanta facilidad. Entrecerró los ojos y la miró, sabiendo que tramaba algo.

—Hablo en serio, Liz.

—He dicho que no pasaba nada, ¿verdad?

— ¿Pero?

—Pero, ¿qué? —preguntó con inocencia.

—Sea lo que fuere lo que tengas planeado, no funcionará —Cole suspiró.

—Haces que parezca una mujer intrigante y manipuladora.

—Porque a veces lo eres, pero, de todos modos, te quiero —ella alzó la barbilla—. ¿Por qué no sueltas lo que te traes entre manos?

—Me decepcionas, Cole Thornton. Jamás pensé que permitirías que el orgullo se interpusiera en tu camino y te impidiera tener una cosa que siempre has querido.

—Si piensas que aún estoy loco por Regan —rió—, has pasado demasiado tiempo cerca del éter, doctora. Enredarme una vez con tu sobrina ha sido más que suficiente. Créeme, no tengo ningún deseo de repetir el error.

Los ojos castaños de ella brillaron de un modo que expresaron que lo tenía atrapado.

— ¿No es interesante que pensaras que me refería a Regan? —Cole frunció el ceño, irritado con Liz y consigo mismo—. Me refería al bebé. Más específicamente, a tu bebé –exhibió una expresión serena—. Recuerdo lo destrozado que quedaste cuando... cuando Regan sufrió el aborto. Sé lo mucho que deseabas a aquel bebé, cuánto anhelabas ser padre.

El dolor lo atravesó al recordar aquel terrible día en que Regan le había dicho que había perdido a su bebé. Incluso después de tanto tiempo, dolía pensar en que su pequeña no había tenido la oportunidad de vivir.

—Olvídalo, Liz.

Ella alargó el brazo y le tocó la mano.

—Por algún motivo, el destino os robó a Regan y a ti a vuestra hija, Cole. Nada podrá modificar jamás eso. Pero, ¿no lo ves? Si

ayudas a Regan ahora, podría representar una segunda oportunidad para ambos.

—No hay segundas oportunidades, Liz —se apartó.

—Cuidado, Cole —frunció el ceño—. Empiezas a parecerte demasiado como mi hermano. Odiaría ver que terminas siendo como Philip. A pesar de todas las bendiciones que tenía, fue un hombre desdichado y solitario hasta el día de su muerte.

—No soy como él —espetó, sintiéndose insultado porque lo comparara con el hombre al que había admirado y cuya aprobación había luchado por conseguir; el hombre que había sido su jefe y, fugazmente, su suegro. El hombre al que había llegado a odiar con tanta intensidad que había dedicado los últimos doce años de su vida a trabajar como un loco con el fin de demostrarle a Philip St. Claire que con él se había equivocado.

— ¿Estás seguro? Eres rico y tienes éxito, tal como juraste que sucedería, pero no veo que eso te haya hecho feliz.

—Soy feliz.

—Entonces, ¿por qué sigues solo? ¿Y por qué en los periódicos te veo aparecer con una mujer hermosa tras otra del brazo sin que la sonrisa llegue a tus ojos? A pesar de todos los pecados de mi hermano, al menos él tuvo a Regan. Ella era la mejor parte de él, más valiosa que todas sus joyas. Aportó amor y risa a la vida de Philip, y ahora que él no está, ella continúa con su legado. ¿Qué me dices de ti, Cole? Posees el poder y la fortuna que siempre has anhelado, pero, ¿qué más tienes? ¿A quién tienes que aporte amor y risa a tu vida? ¿A quién tienes para que prosiga con tu legado cuando hayas muerto?

El recordatorio de lo vacía que era su vida lo aturdió, pero se negó a reconocerlo ante Liz. Apretó la mandíbula y la miró a los ojos.

—No necesito amor en mi vida. Dejé de creer en él hace mucho tiempo. En cuanto a lo demás, cuando decida tener a alguien, lo compraré.

— ¿Y dices que no eres como Philip? —Liz meneó la cabeza con expresión triste.

De pronto recordó a Philip St. Claire intentando sacarlo de la vida de Regan con dinero.

—No soy como él —espetó enfadado—. Yo no juzgo a la gente por su pedigrí y cuentas bancarias. Puede que haya cometido errores, pero los asumo y aprendo de ellos. Casarme con Regan fue el más grande, y tengo el suficiente sentido común para no repetirlo.

—Es gracioso —Liz enarcó una ceja—, pero no recuerdo haber usado la palabra matrimonio. Lo único que sugerí es que fueras el donante de esperma de Regan. Es evidente que me equivoqué al pensar que te atraería la idea de ser padre. Así que, por favor, olvídalo. Encontraré a otro.

Pero no había tenido que encontrar a otro. Porque él había mordido el anzuelo. La locura momentánea que lo había impulsado a aceptar el plan descabellado de Liz le duró un mes entero. Luego tuvo que marcharse a Europa en viaje de negocios y se había negado a llamarla, razonando que tendría tiempo de cambiar de idea cuando volviera.

«Gran error, Thornton. Tendrías que haberla llamado en cuanto cambiaste de parecer para pedirle que destruyera la muestra de esperma».

No por primera vez, maldijo su propio descuido. El único culpable de ese lío era él. No había imaginado que se pondría en marcha tan rápidamente ni que tendría éxito al primer intento.

Después de recibir el mensaje de Liz ni se había molestado en deshacer las maletas. Subió a un avión con destino a Nueva Orleans, decidido a hablar con Regan para solucionar el enredo en el que estaban metidos.

Pero su compañera de lío se hallaba encerrada en el cuarto de baño expulsando todo lo que tenía en el estómago. Prestó atención y se sintió aliviado al no oír más gemidos. Convencido de que se encontraba fuera de peligro, bajó la vista a sus zapatos manchados e hizo una mueca, luego fue a la cocina para ver cómo los podía salvar.

Después de limpiarlos lo mejor que pudo, se dedicó a la alfombra. Apenas tardó unos minutos. Como ella aún no había salido del baño, regresó a su despacho para esperarla.

Diez minutos más tarde Regan emergió. Inspeccionó con rapidez la espaciosa zona que componía los despachos de Exclusives. Al parecer satisfecha, se dirigió a la cocina, en la parte de atrás. Al erguirse después de agacharse para recoger una esmeralda que debió caerse cuando quiso pasar corriendo a su lado, se dio cuenta de que ella no lo había visto. La observó poner una tetera al fuego. Sintiéndose como un mirón, se dijo que debería anunciarse. Pero guardó silencio.

La devoró con los ojos. Sin la máscara cortés que tan a menudo se ponía, Regan no parecía mucho más distinta que cuando contaba diecisiete años. Sí, su figura era un poco más plena, con más curvas, pero no mucho. Las suficientes para hacerla más tentadora.

Tampoco había cambiado su porte: la espalda recta, los hombros hacia atrás, la cabeza erguida en ángulo orgulloso. Al observar su cara, notó que su piel seguía siendo como porcelana, casi translúcida. El deseo se enroscó en su interior al recordar el contacto de esa piel, suave y cálida.

Contuvo un gemido y prosiguió con la evaluación: los rasgos elegantes, los pómulos altos, la nariz patricia, el mentón obstinado. Los ojos eran de la misma tonalidad verde fuego que recordaba, aunque en ese momento irradiaban una constante tristeza, sombras que atenuaban el fulgor de su embarazo.

«¿Por qué estás tan triste, Regan?»

La muerte de su padre. Hacía ocho meses que Philip St. Claire había fallecido de un ataque al corazón. Y a pesar del hecho de que el hombre había sido un tipo despiadado, ella lo había idolatrado. Tanto que cuando se vio obligada a elegir entre ellos, prefirió a su padre. En aquel entonces le había dicho que el dinero había sido el factor determinante. Cole no tenía nada y a su padre le sobraba. Pero en lo más hondo de su ser había sabido la verdad. La novedad de acostarse con un bastardo pobre había desaparecido, y Regan se había dado cuenta de que no lo amaba.

Desterró ese amargo recuerdo y contempló a la mujer que había sido su esposa, quien volvía a estar embarazada con su hijo.

El impacto de esas palabras hizo que lo dominara un impulso de protección. De repente el plan lógico que había trazado durante el vuelo desde la costa oeste, que compartieran su custodia, turnos de visita y apoyo financiero, ya no parecía viable. No podía dejar que su hijo naciera ilegítimo. Ni siquiera sabía cómo se le había podido pasar por la cabeza. El honor exigía que actuara con responsabilidad y se casara con Regan, aunque solo temporalmente. Liz había tenido razón. Quería a ese bebé.

«¿Y a la madre?»

Volvió a mirarla, notando la trenza dorada que le caía por el hombro sobre la curva de un pecho. El calor se agitó en su interior al ver cómo el vestido acariciaba las líneas de su cuerpo. Unos recuerdos no deseados lo emboscaron… recuerdos de esos labios suaves moviéndose por su cuerpo, ardientes y ansiosos. Cerró los ojos al experimentar el calor del deseo en la entrepierna.

Al oír el pitido de la tetera los abrió y maldijo su debilidad. A pesar de la traición de Regan, a pesar de todo lo que ella había hecho, todavía la deseaba tanto como doce años atrás. Quizá más. La admisión lo enfureció, lo frustró. Se había permitido caer en la trampa de Liz por el simple motivo de que nunca había dejado de

desearla.

Y en silencio se juró que la tendría… a ella y a su bebé. Pero primero debía convencerla de que el matrimonio era la única opción. Con eso en mente, atravesó la estancia hasta donde ella se hallaba junto al mostrador de la cocina, revolviendo el té.

— ¿Te sientes mejor?

Regan soltó un chillido. La cuchara voló de sus dedos. Giró en redondo.

—Cole —jadeó.

—Lo siento. No quería asustarte.

—Pen… pensé que te habías marchado.

—Tenemos que hablar.

—No hay nada de lo que tengamos que hablar —informó y continuó preparándose el té.

— ¿Qué me dices del bebé que esperas?

—Supongo que te lo contó la tía Liz, ¿no? —preguntó tras un momento de titubeo.

—Claro. ¿Es que pensabas que no lo haría?

—Bueno, no tendría. Después de todo, no es algo que te concierna.

— ¿De verdad? —preguntó con voz mortalmente suave. ¿Es que imaginaba que le daría la espalda a su hijo, a sus responsabilidades?

—Por supuesto —Regan lo observó desconcertada—. Además, ¿qué te importa si estoy embarazada? Esta vez tú no tienes nada que ver en el asunto.

La perturbadora sospecha que le había hecho cosquillas en la nuca desde que Regan se negó a verlo, se cerró en torno a su cuello como la cuerda del verdugo. Se pasó una mano por la cara y se sintió como un tonto al notar que la puerta de la trampa de Liz se cerraba con fuerza ante los dos.

—Me temo que ahí te equivocas, princesa.

— ¿Qué… qué quieres decir? —inquirió con mirada tan cauta como la voz.

—Que esta vez también tengo mucho que ver con tu embarazo, porque soy el padre del bebé.

Capítulo Dos

— ¡No! No te creo. La tía Liz jamás me habría hecho eso —insistió. Frenética, rezó para que fuera verdad.

—Liz no te lo hizo a ti. Nos lo hizo a los dos.

— ¡No! —meneó la cabeza—. Me lo habría contado. Sé que lo habría hecho.

—Pensaba que te lo había contado —soltó un juramento y se alisó el pelo—. Pero, te guste o no, soy el padre del bebé que llevas dentro.

No era verdad. No podía ser verdad. La dominó el pánico.

—Mientes.

— ¿Por qué diablos iba a mentir? ¿Qué esperaría ganar con ello?

—Venganza —replicó sin titubeo—. Me odias. Me lo dijiste el día que acabé con nuestro matrimonio —mientras viviera, jamás podría olvidar la amargura en la voz de Cole.

—Entonces estaba enfadado.

—Hablabas en serio —lo había visto en el desprecio con que la miró. Incluso en ese momento el recuerdo le provocaba temblores.

— ¿Me echas la culpa? —espetó—. ¿Te atreves? Estabas embarazada de mi hijo. Te habías casado conmigo, jurado que me amabas, que siempre me amarías. Pero en cuanto apareció tu padre y amenazó con cortarte los ingresos, esos bonitos juramentos no significaron nada para ti. Te fuiste corriendo a casa con papá y me dejaste.

—Luego te dije por qué lo había hecho. Intenté explicarte...

—Expusiste excusas, princesa. Solo eso. La verdad es que te gustaba el sexo que había entre nosotros y necesitabas justificarlo como amor. Pero no me amabas, y no confiabas en mí para que cuidara de ti y de nuestro bebé.

—Cree lo que te apetezca —defenderse de sus acusaciones era inútil. Si no la había creído doce años atrás, no pensaría creer en ella en ese momento. Además, aunque consiguiera convencerlo de que se había equivocado, ¿para qué serviría? No podían deshacer el pasado. Los sentimientos que había podido sentir hacia ella habían muerto en cuanto le contó que había perdido al bebé. Incluso en ese momento sintió un escalofrío al recordar cómo le preguntó silo había perdido o se había deshecho de él.

—Creo lo que tus actos me revelaron. El hecho de que eligieras a papá y su dinero por encima de mí no dejó lugar a dudas.

Como no deseaba discutir, se encogió de hombros. Bebió un

sorbo del té templado.

—Lo cual nos recuerda que herí ese orgullo monstruoso que tienes y que jamás me lo perdonaste. Juraste que algún día lamentaría haberte hecho quedar como un necio. Que la tía Liz te contara lo de mi embarazo te facilitaría fingir que eras el padre y te brindaría la oportunidad de nivelar las cuentas pendientes.

— ¿Eso es lo que crees? ¿Que me estoy vengando?

— ¿Y por qué habría de creer otra cosa? Aunque la tía Liz te hubiera pedido que fueras mi donante de esperma los dos sabemos que jamás habrías aceptado. Me odias demasiado.

—Es obvio que no tanto como pareces pensar —afirmó con voz tensa—. Porque estás embarazada, y de mi bebé.

Regan sintió otra oleada de pánico y cerró los dedos con fuerza en torno a la taza. No quería ni se atrevía a creerlo.

—Mientes...

—Te digo la verdad —cortó su negativa. Con expresión furiosa se acercó y la arrinconó contra el mostrador. Regan intentó apartarse, pero le bloqueó el paso con el brazo. Tras una larga pausa, añadió con fría determinación—: Hace unos meses Liz me habló de tu problema y me pidió que donara esperma. Estúpidamente, acepté y, hasta hace unos minutos, pensaba que tú también lo habías hecho. Aunque supongo que tendría que haberlo imaginado. Porque tú jamás habrías querido que un hombre como yo fuera el padre de tu hijo, ¿verdad, princesa? Pero el hecho es que Liz usó mi esperma. Por desgracia, tendrás que aceptar el hecho de que el bebé que esperas es mío.

Decía la verdad. Aunque la convicción en su voz no se lo hubiera confirmado, pudo leer la verdad en sus ojos fríos y duros.

Esperaba el bebé de Cole. Igual que la última vez. No, no era igual. En esa ocasión no había amor ni ternura.

Comenzaron a temblarle las manos y las piernas. De pronto la cocina empezó a dar vueltas y su cuerpo a deslizarse hacia el suelo.

— ¡Regan! —exclamó Cole.

Desde la distancia fue consciente de que le arrebataba la taza de los dedos y de que sus brazos fuertes la abrazaban, musitando algo sobre lo locas que estaban las mujeres. Los colores de la habitación chocaron y adquirieron una tonalidad grisácea. Entonces, como en un sueño, sintió que la alzaba y que la cabeza caía sobre su pecho robusto.

Y al hundirse en un mar gris que se encrespó para tragarla, lo último que recordó fue el sonido de la voz de Cole al susurrarle:

—Vamos. Abre los ojos para mí, princesa.

Al oír la voz de Cole que la llamaba princesa, Regan luchó para salir de la bruma gris que la envolvía.

—Vamos. Eso es. Abre los ojos para mí.

Despacio levantó los párpados y al final consiguió enfocar la cara de él. Tenía la expresión sombría y los ojos mostraban alarma.

—Eso es —musitó Cole. Le apartó un mechón de pelo de la cara y apoyó un trapo frío y húmedo en su frente—. Eso es. Buena chica.

— ¿Qué… qué sucedió?

—Te desmayaste —explicó con una gran palidez.

—Lo siento.

—Maldita sea, Regan. No quiero que te disculpes. Yo… —soltó un suspiro—. ¿Te encuentras bien?

Parpadeó, desconcertada por la preocupación en la voz de Cole. Cielos, de no conocerlo, pensaría que le importaba. Pero de inmediato descartó esa idea.

—Estoy bien. Solo me mareé unos segundos –empezó a sentarse.

—Quédate quieta —ordenó, sujetándola con una mano en el hombro—. Una ambulancia viene de camino y Liz se va a reunir con nosotros en el hospital.

— ¿Qué? —apartó su mano y se sentó—. Ya puedes cancelar la llegada de esa ambulancia y decirle a mi tía que no se moleste. No pienso ir al hospital.

—Irás.

—Piensa de nuevo, Thornton. Nadie me indica lo que debo hacer… y menos tú —respiró hondo para calmarse—. Escucha, agradezco tu preocupación. Pero no me sucede nada. Estoy bien.

— ¡Y un cuerno! —la miró con ojos centelleantes—. ¿Llamas estar bien a vomitar y desmayarte?

—No. Lo llamo estar embarazada.

—Me alegro de que te parezca divertido —se alisó el pelo—. Me diste un susto de muerte.

—Lo siento —murmuró, aunque no experimentó remordimientos —. Hablo en serio. De verdad lamento haberte asustado. Pero, por favor, nada de ambulancias. En serio, me siento bien.

—Por el amor del cielo —Cole se metió las manos en los bolsillos y soltó el aire—. Estás embarazada, princesa. ¿Y si algo… estuviera mal?

—No pasa nada.

— ¿Y el bebé?

—No le pasa nada. Estoy embarazada, Cole. A veces las mujeres

embarazadas sienten náuseas y se marean.

—Tú, no. La última vez... Creo que no deberías correr ningún riesgo.

—Y no pienso hacerlo —afirmó. Se levantó, se acercó al teléfono y llamó a su asistente—. Amy, por favor, cancela la ambulancia que el señor Thomton solicitó y luego notifícale a mi tía que me encuentro bien y que no hace falta que se traslade al hospital —colgó y se volvió hacia él.

—Quiero que veas a un médico —informó con el ceño fruncido.

—Pienso hacerlo.

—Te llevaré —avanzó en dirección a la puerta, pero se detuvo al ver que ella no lo seguía—. ¿Qué sucede?

—Puedo ir al médico por mis propios medios.

— ¿Cómo? ¿Conduciendo?

—Sí... desde luego.

— ¿Y supón que sufres otro mareo y pierdes el sentido mientras conduces? Entonces, ¿qué? Podrías lastimarte a ti misma, al bebé y a Dios sabe quién más.

Admitió que no había pensado en eso. Cole tenía razón. No podía conducir mientras siguiera con esos mareos. No obstante, no tenía intención de ir a ninguna parte con él... no hasta no haber mantenido una larga conversación con su tía Liz.

—Le pediré a Amy que me lleve o tomaré un taxi.

—He dicho que te llevaré yo.

—Agradezco tu ofrecimiento —se sentó detrás del escritorio—. Pero prefiero ir sola.

Él apretó los labios. Se acercó a ella, plantó las manos sobre la superficie de la mesa y se inclinó hasta que Regan se vio obligada a mirarlo.

—Dejemos clara una cosa, princesa. El bebé que esperas es mío. No tengo intención de permitir que me excluyas de ninguna decisión o asunto que concierna al pequeño. Como padre tengo derechos, y pretendo ejercerlos.

En ningún momento ella dudó de que decía la verdad, aunque no tenía intención de reconocérselo. Al menos todavía no. «Oh, tía Liz, ¿cómo has podido hacerme esto? ¿Y si Cole quiere luchar por el bebé? ¿Y si...?»

Controló el pánico que empezaba a dominarla y se recordó que no era la joven ingenua y enamorada que se había casado con él años atrás. Se había convertido en una mujer independiente y responsable, que se negaba a dejarse intimidar por la gente como Cole Thornton. Echó la silla atrás y se levantó. Enderezó los

hombros, alzó el mentón y dijo:

—Si este es de verdad tu bebé, entonces tú y yo hablaremos de tus derechos con nuestros abogados. Pero hasta que no lo confirme con mi tía, te sugiero que te apartes.

—Adelante, ve a hablar con Liz. Pero si yo fuera tú, princesa, empezaría a acostumbrarme a la idea de verme. Porque pretendo formar parte de la vida del bebé.

—Si la tía Liz corrobora tu historia, haré que mi abogado se ponga en contacto contigo —marchó hacia la puerta y la abrió para él.

Cole se plantó tan cerca de Regan que ella pudo sentir la fragancia de su colonia. Despacio la recorrió con la vista y alzó los ojos hasta volver a clavarlos en su cara, exhibiendo en todo momento una sonrisa diabólica. El pulso de Regan se desbocó.

—No te preocupes. Liz te lo confirmará.

—Ya lo veremos.

—Una cosa más, princesa —la sonrisa se tomó más amplia al tiempo que le tomaba la barbilla y se inclinaba más cerca.

— ¿Qué? —preguntó con un jadeo, demasiado consciente de los dedos en su piel.

—Olvida la llamada de tu abogado —le rozó la boca con la suya, una caricia leve que provocó temblores en el cuerpo de Regan, despertando recuerdos y necesidades enterrados años atrás. Cuando levantó la cabeza, le tomó la mano y depositó una tarjeta en ella—. Ahí figura mi teléfono móvil. Llámame tú.

Pero Regan ni llamó… ni esa tarde ni la siguiente. Tampoco respondió a ninguno de los mensajes que le dejó en el despacho, la casa o el coche. Entre irritado y preocupado, Cole escuchó los mensajes que le transmitió por teléfono la recepcionista del hotel. Al parecer todo el mundo quería hablar con él: su secretaria, su banquero, su agente de bolsa. Incluso la exuberante pelirroja que conoció la semana anterior en París y que de algún modo había conseguido localizarlo en ese hotel de Nueva Orleans. Todos menos Regan.

Mientras la recepcionista continuaba, Cole recorrió la extensión de la terraza de la parte frontal de la mansión St. Claire, donde había pasado las últimas dos horas esperando a Regan. Hacía tiempo que se había puesto el sol y una luna llena iluminaba el cielo.

—Ese ha sido el último, señor Thornton —indicó la

recepcionista.

—Hmm, gracias —musitó, frotándose los ojos—. Déjelos en mi casillero con los demás. Pero si llamara la señorita St. Claire...

—Le pediremos que lo llame de inmediato a su teléfono móvil. No se preocupe, señor. Todo el mundo en la recepción ha sido alertado de que espera una llamada de la señorita St. Claire. En cuanto llame, nos cercioraremos de que se ponga en contacto con usted.

—Gracias —cortó, irritado por haberse convertido en una molestia—. Maldita sea, Regan ¿Dónde estás? ¿Y por qué diablos no me has llamado?

Tenía la sensación de que conocía la respuesta. Era el beso. Besarla había sido un error. Aún no sabía bien por qué lo había hecho. La había asustado. Demonios, se había asustado a sí mismo. Porque la había deseado con una intensidad casi dolorosa. Por eso Regan no lo había llamado. La había empujado demasiado deprisa, igual que doce años atrás, cuando usó el embarazo para unirla a él en matrimonio. Sabía que ella no había estado preparada para casarse, pero, de todos modos, la había empujado, porque temía perderla. Maldijo su impaciencia y todo lo que le había costado.

Pero había sido egoísta y la había amado. Y durante el breve período en que fue suya, se había sentido menos solo. Casi llegó a creer que ella lo amaba, que no le importaba quién y qué era.

Pero sí había importado. Hizo una mueca al recordar su propio autoengaño. Incluso en ese momento le dejaba un sabor amargo en la boca. ¿Cómo se permitió creer que una mente aguda, una espalda fuerte y la ambición borrarían el hecho de que era un bastardo, hijo de una mujer que se ganaba la vida limpiando casas? Nunca había pertenecido al mundo de Regan. Así como ella jamás había pertenecido a su mundo de dos trabajos, un apartamento destartalado y falta de tiempo para estudiar. Por eso la había empujado. Y al final, por su impaciencia, no solo había pagado con Regan, sino con la vida de la hija que esperaba.

El dolor que siempre surgía con los pensamientos de su pequeña, que había muerto antes de disfrutar de la oportunidad de vivir, amenazó con dominarlo. Regresar al pasado era lo último que necesitaba. Se recordó que no podía alterarlo. Debía pensar en el futuro, en el nuevo bebé que crecía dentro de Regan.

Su bebé. Sin importar cuáles fueran las circunstancias, habían vuelto a concebir otro hijo, lo que significaba que Regan y él volvían a formar parte de la vida del otro. Una vez más, los dos eran su responsabilidad. Y a diferencia de su padre, él pensaba

asumir sus responsabilidades, aunque ello significara pelearse con Regan. Ningún hijo suyo se iba a ver sujeto a burlas y murmullos, nadie le haría creer que su nacimiento había sido un error. Y así pensaba exponérselo a ella.., en cuanto llegara a casa.

Respiró hondo y se apoyó contra una de las imponentes columnas. De pronto el miedo le atenazó el estómago. ¿Cuántas veces Regan se había marchado para pasear por el Barrio Francés cuando había querido estar sola para reflexionar sobre un problema o rumiar una discusión mantenida con su padre?

¿Y si esa noche había hecho lo mismo?

Sintió bilis en la garganta. Se dijo que ella conocía la zona como la palma de su mano, los lugares que debía evitar y las calles en las que ningún hombre o mujer debían aventurarse jamás solos.

Pero, ¿y si se había vuelto a marear? Bajó de la terraza a la carrera. Tendría que haber insistido en acompañarla. Si algo le hubiera sucedido a ella o al bebé...

Se negó a considerarlo. Al saltar el último escalón las puertas negras de hierro de la propiedad se abrieron y el BMW blanco de ella entró por el camino.

Experimentó un gran alivio y se obligó a quedarse quieto. Regan aparcó el coche y subió a pie.

—Cole —dijo con voz tensa y expresión cauta—. No esperaba verte aquí.

—No me llamaste —expuso, cerciorándose de no acusarla—. Al no poder ponerme en contacto contigo, vine aquí. Como no estabas en casa, decidí esperar —no vio sentido alguno en contarle que llevaba dos horas de espera, que había llamado a todo el mundo, que la había buscado y que había estado a punto de lanzarse a recorrer la ciudad para encontrarla.

—Parece que no has tenido problemas en atravesar las puertas de seguridad.

—No.

—Se me aseguró que mi sistema de seguridad era de lo mejor y prácticamente a prueba de ladrones. Es obvio que no es verdad.

—El sistema funciona a la perfección, princesa —sonrió—. De hecho, es de los más avanzados del mercado. Pero una de mis empresas diseña programas informáticos para sistemas de seguridad caseros. Y da la casualidad de que el tuyo emplea mi programa. Como fui yo quien lo diseñó, también sé cómo desactivar los códigos.

—Qué oportuno.

—Sí, ¿verdad?

Dentro de la casa sonó el teléfono.

—Me temo que tendrás que disculparme. Sin duda será la tía Liz —pasó a su lado y comenzó a subir los escalones.

Cole titubeó ante las puertas de la mansión. No pudo evitar recordar la primera vez que el mayordomo le había abierto. Se sintió como un miserable con los pies sucios. Desterró el recuerdo y entró en el gran recibidor. El lugar era tan frío e imponente como recordaba. Recorrió con la vista los techos altos, los suelos de mármol y las cortinas de seda que hablaban de refinamiento y riqueza a lo largo de generaciones. A pesar del hecho de que en ese momento era millonario, estar de pie bajo el gran candelabro entre tanta elegancia aún hacía que se sintiera como un miserable fuera de lugar.

—Sí, tía Liz, estoy bien. Siento que te preocuparas. Lo sé, ahora se encuentra aquí —la voz de Regan le llegó desde el otro extremo del recibidor, donde hablaba por teléfono dándole la espalda—. No, todavía no lo he decidido. Sí, te llamaré más tarde y te lo comunicaré. Yo también te quiero.

Al colgar dio media vuelta y por primera vez Cole disfrutó de un buen vistazo de ella. Debido a la reacción de Regan el día anterior, había dado por hecho que se encontraba bien. Pero en ese momento pudo ver que distaba mucho de ser así. No tenía nada de color en las mejillas. Un poco de sombra estropeaba la piel delicada de sus ojeras. Y a pesar de su postura erguida, daba la impresión de que un poco de viento podía derribarla. Lo invadió una oleada de calidez y ternura, dos emociones que durante años no había asociado con Regan. Eso lo irritó.

— ¿Qué sucede?

— ¿Te refieres a otra cosa aparte del hecho de que nos hallamos en un lío? —ella enarcó las cejas.

—Me refiero a que tienes un aspecto lamentable.

—Cielos, gracias. Es lo que necesita oír toda mujer embarazada.

—Lo que quería decir es que no tienes buen aspecto —juró y respiró hondo—. Pareces... agotada.

—Me encuentro bien.

— ¿Has comido algo? He leído que las mujeres embarazadas necesitan comer muy a menudo y que...

—Estoy bien, Cole —insistió con voz tensa—. Solo me siento cansada. Y, para ser sincera, no tengo ganas de juegos esta noche. Ya sabes que he visto a la tía Liz y que ella... confirmó tu historia.

— ¿Mi historia? —repitió, irritado porque le resultara tan complicado decir que era el padre del bebé que esperaba. La siguió

al salón.

—Que fuiste el donante de esperma para mi bebé.

—Nuestro bebé —corrigió y tuvo la satisfacción de ver un destello de irritación en esos ojos verdes. Pero le duró poco e hizo que se sintiera mezquino, porque resultaba evidente que Regan se encontraba exhausta—. Siéntate... antes de que te desplomes.

Ella titubeó unos segundos, luego se dejó caer en el sofá. Parecía tan frágil y perdida. Algo dentro de Cole tuvo ganas de abrazarla y prometerle que todo saldría bien. Pero se sentó frente a ella. Reinó un silencio incómodo.

—Te debo una disculpa —musitó él, adelantándose—. De verdad pensé que Liz te había contado que me pidió que fuera tu donante de esperma.

—Lo sé. Me contó lo sucedido. También que al parecer habías cambiado de idea —clavó la vista en sus manos, como si esperara encontrar allí las respuestas que buscaba—. Yo también lo siento. De haberlo imaginado...

No concluyó la frase. Pero no era necesario, porque Cole supo que había tenido razón. El era el último hombre con el que habría elegido tener un hijo.

—Sé que la intención de la tía Liz era buena —continuó Regan —. Pero nos ha colocado a los dos en una situación imposible

—Incómoda, tal vez, pero no imposible —explicó él con el deseo de mitigar parte de la tensión—. Disponemos de opciones. De hecho, de varias

—aunque Cole solo podría aceptar una. Y a pesar de que a Regan no le iba a gustar, no tenía intención de aceptar otra cosa que el curso de acción que ya había decidido. Ella alzó la cabeza.

—Voy a tener este bebé.

— ¿De verdad crees que te sugeriría otra cosa? —contuvo el comentario mordaz de que pudiera pensar algo semejante de él—. Sin importar cómo se ha producido este embarazo, quiero al bebé.

—La única cuestión es cómo vamos a arreglar el tema de la custodia —lo miró con ojos entrecerrados—. Es mi bebé, Cole. Mío. Ya había planeado ser madre soltera. No tengo intención de que mi bebé vaya de un lado a otro entre su madre y su padre. En absoluto.

—Nuestro bebé —la corrigió otra vez—. Y estoy de acuerdo. Yo tampoco deseo eso.

— ¿Significa eso que... que estarías dispuesto a renunciar a tus derechos y dejar que lo críe yo?

Sus palabras fueron como golpes para él. Apretó los dientes y contuvo sus emociones. Después de todo, no era la primera vez que

no lo consideraban adecuado. A ojos de Regan, que el niño no tuviera padre probablemente sería preferible a que lo fuera él. Pero, le gustara o no, no tenía intención de abandonar sus responsabilidades. Se obligó a sonreír.

—Lamento decepcionarte, princesa, pero no es lo que yo pensaba.

—Pero has aceptado que no querías que el bebé fuera de un lado a otro entre nosotros.

—Y así es —garantizó—. Creo que un bebé ha de estar con sus padres.

—Eso no es posible.

—Claro que sí. Lo único que tenemos que hacer es casarnos.

Capítulo Tres

— ¿Casarnos? —Regan agradeció estar sentada. Era un malentendido—. No puedes decir que los dos... que tú y yo... que deberíamos casarnos.

—Por lo general es así como funciona —soltó él con sequedad—. Si no recuerdo mal, se trata de un procedimiento bastante sencillo. Nos plantamos ante un juez de paz y prometemos amarnos, honrarnos y respetarnos. Después...

—Recuerdo cómo se hace —cortó de mal humor. ¿De verdad pensaba que podría olvidar que una vez había jurado amarla para siempre? Sintió un nudo en la garganta. Maldiciendo, contuvo las lágrimas que ya le nublaban la visión. Lo último que quería era llorar delante de Cole.

—Entonces también recordarás que se trata de una ceremonia rápida e indolora. Si solicitamos una licencia de matrimonio mañana, podremos casarnos a final de semana. Yo puedo ocuparme de los trámites que sean necesarios. Lo único que tienes que hacer tú es aparecer.

—No puedes hablar en serio —sus palabras fueron corno un jarro de agua fría en la cara. Se sentía furiosa consigo misma por haber estado a punto de caer en el hechizo de Cole.

—Créeme. Jamás he hablado más en serio en toda mi vida. Deberíamos casarnos. Y cuanto antes, mejor.

Sus ojos duros y fríos la convencieron de que hablaba en serio. Esperaba que se casara con él. Hubo una época en que había soñado, incluso rezado, que pudieran volver a estar juntos. Pero no de esa manera. Jamás así.

—Gracias, pero creo que declinaré.

— ¿Declinarás? —repitió como si no pudiera creer que lo hubiera rechazado.

—Exacto.

—Por si lo has olvidado, princesa, ahora soy un hombre muy rico. Hay muchas mujeres que se considerarían afortunadas de convertirse en la señora de Cole Thornton.

—Entonces te sugiero que se lo pidas a una de ellas.

Se acercó tanto que Regan pudo sentir el calor que emanaba de su cuerpo.

—Da la casualidad de que eres tú quien espera a mi bebé.

—El mismo motivo por el que nos casamos la última vez —al menos era el motivo por el que él se había casado—. No funcionó

entonces, y no veo que vaya a funcionar ahora.

—Ahora las cosas son diferentes —explicó con voz suave.

— ¿Sí? —susurró ella, deseando creerlo.

—Sí —le pasó el dedo pulgar por la mejilla—. Esta vez puedo ocuparme de ti y de nuestro hijo.

—No necesito que se ocupen de mí —informó, apartándose de su contacto y censurándose por sentirse decepcionada—. Y yo puedo encargarme de mi bebé.

—También es mío, y él o ella merecen ser criados en un hogar con sus dos padres.

—Sabes que no es tan sencillo —insistió ella.

—Es sencillo. Vamos a tener un bebé. Te sugiero que hagamos lo correcto, casándonos. Eso es todo. No lo compliques más.

Regan cruzó los brazos. Lo más complicado de todo era que albergaba sentimientos hacia Cole mientras que él... él no tenía ninguno por ella.

—Jamás funcionará.

— ¿Por qué no?

—Por muchas causas.

—Nombra una.

«Porque no me amas», quiso decir.

—Para empezar, somos prácticamente desconocidos.

Cerró las manos sobre sus hombros y le dio la vuelta para que lo mirara.

—No lo somos, princesa —la acarició con la mirada.

—Sabes a qué me refiero —tragó saliva y contuvo su agitación interior—. Ya no nos conocemos.

— ¿Estás segura? —volvió a acercarse hasta pegar casi el cuerpo al suyo—. Sé que eres muy sensible aquí —le apartó el pelo de la oreja y pasó la yema del dedo por el lóbulo.

El corazón de ella se puso a palpitar con frenesí al sentir cómo el dedo bajaba al cuello y dejaba un rastro de fuego en su piel y de deseo en su vientre.

Cole inclinó la cabeza y sus bocas quedaron separadas por unos milímetros.

—Y sé que cuando te beso —susurró con el dedo en el cuello—, tus latidos aquí parecen el aletear de un colibrí.

Regan cerró los ojos y se preparó para recibir el gentil contacto de los labios de Cole. Pero al tomarle la boca no hubo nada suave ni dulce en el beso. Fue algo ardiente, hambriento y exigente... como él. Pasó los dedos por su pelo y los ancló en su nuca.

—Ábrete a mí, princesa —ordenó con voz ronca por una

necesidad que tendría que haberla asustado, pero que la excitó.

El deseo recorrió la sangre de Regan y le obnubiló los sentidos. Separó los labios. Cole gimió y ella tembló al sentir su lengua dentro de la boca. Él bajó las manos por su espalda y le aferró los glúteos para pegarla a su cuerpo. Su erección palpitó contra el vientre de Regan, caliente y pesada, y le provocó un escalofrío. Reconoció que lo deseaba. Cerró las manos sobre su camisa para sostenerse mientras era atravesada por un rayo.

Al sucumbir al poder del beso de Cole supo que nada había cambiado. Siempre había sido así entre ellos, ese fuego instantáneo, esa necesidad que todo lo consumía y que se avivaba con el más mínimo contacto. Si se casaba con él, recuperarían esa pasión. En lo más hondo de su corazón sabía que lo amaba, que nunca había dejado de hacerlo. Y Cole...

Entonces se serenó. Cole no la amaba. Ni siquiera había mencionado la palabra amor.

Como si percibiera su retraimiento, Cole alzó la cabeza. Al mirarlo, Regan percibió el destello de victoria que emanaba de él y el deseo murió con la misma celeridad con que había surgido, dejando en su lugar un dolor enfermizo y vacío. Lo empujó y él la soltó en el acto. Encendida por la humillación por lo cerca que había estado de aceptar, pensó que había sido una romántica necia. Se alejó en dirección al bar y sacó una botella de agua mineral de la nevera.

Con manos temblorosas, se sirvió un vaso y bebió, tratando de ahogar las últimas fantasías que sus besos habían encendido.

— ¿Qué sucede?

—Nada —repuso ella con voz sosegada. Alzó la barbilla—. Salvo que no me conoces tan bien como crees. Ya no soy una joven ingenua. Ya pesar de tu habilidad como amante, esta vez no podrás seducirme con tanta facilidad.

— ¿Es así como fue todo entre nosotros, princesa? —preguntó con mirada dura—. ¿Tú eras una joven inocente y yo te seduje?

—No —reconoció avergonzada y con sinceridad. En todo caso, fue ella quien lo sedujo. Apenas verlo había sabido que Cole era el hombre con el que deseaba pasar el resto de su vida—. No tendría que haber dicho eso. Los dos sabemos que nos hicimos amantes porque yo lo quise.

—Cierto. Pero yo tampoco me opuse, ¿verdad? Y fui el responsable de dejarte embarazada.

—Es un poco tarde para culparnos —meneó la cabeza—. El pasado ya no importa. Sería mejor que lo olvidáramos.

—Va a ser un poco difícil, ¿no crees? Me refiero a que nos encontramos en la misma situación que hace doce años. Tú estás embarazada y yo soy el responsable.

—No es lo mismo, y lo sabes.

—Lo que sé es que el bebé que llevas es mío. Lo que hace que ambos seáis responsabilidad mía.

—No soy responsabilidad tuya —tuvo ganas de gritar—, y te agradecería que dejaras de repetirlo.

Cole la obligó a soltar el vaso y le tomó las manos. Su expresión se suavizó.

—Vas a ser la madre de mi hijo. Después... después de perder a nuestra pequeña, tomé la decisión de que jamás tendría hijos. No quería arriesgarme a experimentar otra vez esa clase de dolor. Pero cuando me enteré de la existencia de este bebé... —hizo una pausa —... supe que quería otra oportunidad de ser padre. Dame esa oportunidad, princesa. Cásate conmigo.

Había tanta soledad en su voz, en sus ojos, que le rompió el corazón, recordándole al hombre del que se había enamorado, el joven Cole que no había creído que nadie pudiera amarlo. A pesar de su éxito, parecía estar más solo que antaño. Quiso abrazarlo. Instintivamente supo que sería una equivocación.

—Probamos el matrimonio y terminó siendo un craso error a pesar de que nos… de que yo te amaba. Repetir eso jamás funcionaría.

—Podríamos hacer que funcionase... por el bien del bebé.

—Es necesario algo más que compartir un bebé para que un matrimonio salga adelante —meneó la cabeza.

—Tenemos más —informó él—. La química entre nosotros sigue presente —cuando ella amagó con protestar, le acarició el labio inferior con el dedo pulgar—. No te molestes en negarlo, princesa. Lo único que necesito es mirarte para desearte. Y sé que a ti te pasa lo mismo.

—Hablas de sexo —se ruborizó porque sabía que era verdad—. No de amor.

—Por lo que he visto, el sexo es mucho más honesto que el amor. Al menos con él no hay engaños ni decepciones —le alzó la barbilla para obligarla a mirarlo—. Probamos el amor en una ocasión, y no funcionó. Tal como yo lo veo, tenemos muchas más posibilidades de hacer que el matrimonio funcione esta vez porque no confundimos el con amor.

Regan tragó saliva y se esforzó por contener las lágrimas ante su comentario.

—Y tal como yo lo veo, eres un hombre que ha olvidado soñar.

—No veo sentido en perder el tiempo con sueños —apretó los labios—. Decido lo que quiero y hago lo que es necesario para conseguirlo.

— ¿Y es lo que haces ahora, Cole? ¿Me pides que me case contigo para conseguir lo que quieres... que en este caso es nuestro bebé?

—Te pido que te cases conmigo porque es lo correcto. Quiero cuidar de ti y ser un verdadero padre para nuestro hijo.

—Que seas o no un padre para el bebé depende de ti. No puedo impedir que seas parte de su vida. Ni siquiera lo intentaría. Pero lo tendrás que lograr sin casarte conmigo —supo que no sería capaz de contener mucho tiempo las lágrimas—. Y ahora, si me disculpas, he tenido un día largo y me encuentro muy cansada.

—Pero...

—Me gustaría que te marcharas, Cole. Ahora.

—Regan...

—Vete —gritó—. Por favor.

Algo en su rostro debió indicarle que se hallaba cerca del límite, porque no la presionó. Dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta, donde se detuvo.

—Esta discusión no ha terminado, princesa. Descansa un poco y volveremos a hablar por la mañana.

Pero no volvió a hablar con Regan por la mañana, ni por la tarde ni durante las otras doce ocasiones en que intentó hacerlo. Había salido, de la ciudad, una maniobra que Cole no había previsto. Desde luego, ni su tía ni sus empleados parecían saber el destino de esas vacaciones improvisadas ni cuándo volvería.

Por suerte, tenía dinero para contratar a alguien que encontrara respuestas para él. Varios días más tarde se hallaba sentado ante la mesa de la suite de su hotel frente a Mac McKenzie, un antiguo agente del gobierno que dirigía una cadena de agencias de investigación.

—Se encuentra en Carolina del Sur —informó el otro—. Se aloja en la casa de una amiga de la universidad, una compañera de fraternidad llamada Maggie Carmichael.

— ¿Está bien? No se encuentra enferma, ¿verdad? —antes de poder detenerse, comenzó a disparar preguntas—. ¿Esa tal Maggie la acompaña por si algo saliera mal?

Solo en ese momento fue capaz de reconocer lo preocupado que

estaba por Regan. Los tres últimos días no había dejado de pensar en ella. La peor parte había sido durante la noche, incapaz de dormir, al imaginarla sola en alguna parte, sufriendo un aborto igual que la última vez. Y de la misma manera que antaño, él no estaría a su lado para ayudarla.

—A mí me pareció que se encontraba bien, pero compruébelo usted mismo —el detective sacó varias fotos de un sobre y las empujó por la mesa hacia Cole. Era evidente que se habían sacado con un teleobjetivo, ya que mostraban una textura granulada, pero era imposible no reconocerla. Se la veía paseando por la playa y sentada en la arena. Aunque su expresión era seria, parecía sana. Y muy triste—. Está sola, y creo que lo prefiere de esa manera. No ha ido en ningún momento a la ciudad. Le llevan las provisiones y solo sale a la playa cuando no hay nadie. El resto del tiempo lo pasa sentada en la terraza leyendo o mirando el agua.

La necesidad de protegerla a ella y al bebé era abrumadora. Quería ir a su lado, ver con sus propios ojos que se hallaba bien. Pero sería un error, porque

Regan lo rechazaría. Aunque no podía quedarse ahí sin hacer nada. En el pasado había fracasado en mantenerla a ella y a la pequeña a salvo al no impedirle que lo dejara. No quería fallar en ese momento.

Y se prometió que no lo haría. Le gustara o no, pensaba asumir sus responsabilidades.

—Gracias, Mac. Ha hecho un gran trabajo.

—Me alegro de haberle sido de ayuda —respondió McKenzie. Se levantó para marcharse. Cole lo imitó.

—Me gustaría que siguiera vigilándola por mí.

—No hay problema. Uno de mis hombres la mantiene vigilada mientras yo estoy aquí. Le diré que permanezca en su puesto hasta mi llegada.

—Mientras tanto —Cole asintió complacido—, si le interesa, tengo otro trabajo para usted.

— ¿Qué necesita?

—Todo lo que pueda conseguir sobre una joyería local llamada Exclusives —decidió comprobar la sospecha que lo había carcomido desde que entró en el local de Regan. El lugar había estado casi vacío y parecía funcionar con un personal básico. El hecho de que no hubiera empleados cuando llegó a la casa también le pareció raro, aunque lo había atribuido a la reducción llevada a cabo por Regan desde la muerte de su padre. Pero en ese momento toda la situación lo hizo reflexionar. Después de explicarle lo que deseaba

al detective, lo acompañó hasta la puerta—. ¿Mac?

— ¿Sí?

—Quiero que me lo notifique en cuanto se marche de Carolina del Sur. De día o de noche, no importa. Encárguese de que reciba la llamada.

La recibió a última hora de la semana siguiente. Cuando le notificaron que el avión de ella había aterrizado en el aeropuerto de Nueva Orleans, estaba preparado. Sentado en la barandilla del museo que ella llamaba su casa, se frotó los músculos tensos del cuello. Había negociado tratos de millones de dólares con menos nerviosismo. Proponerle matrimonio a una mujer que ya lo había rechazado no debería ponerlo tan tenso. Pero, disgustado, tuvo que reconocer que lo hacía. En todo caso, la situación era peor, porque si ella volvía a rechazarlo, se vería obligado a recurrir al as que guardaba en la manga.

Se pasó la mano por la cara y pensó en los resultados de la investigación de McKenzie. Ya no importaba si había hecho o no lo correcto, porque era demasiado tarde para dar marcha atrás. Las cosas estaban en marcha. El honor lo comprometía a hacer lo que fuera necesario para proteger a Regan y al bebé. Y el único modo de llevar a cabo ese compromiso era casándose con ella.

Pero diez minutos más tarde, cuando Regan llegó y apenas se detuvo al verlo, llegó a la conclusión de que no iba a ser fácil.

Bajó los escalones para salir a su encuentro.

—Bienvenida a casa, princesa.

—Hola, Cole —saludó con cortesía.

—No pareces sorprendida de verme —alargó la mano hacia la pequeña maleta que llevaba.

—Tenía el pálpito de que estarías esperándome —se encogió de hombros.

—Parece que no te equivocaste —se sintió aprensivo. Así como se sentía complacido de verla menos estresada, no fue capaz de desterrar la sensación de que algo más que las vacaciones era responsable de esa calma nueva.

—En realidad, era más que un pálpito —reconoció ella—. La tía Liz me informó de que aún seguías en la ciudad. No me costó deducir por qué de pronto habías decidido pasar tanto tiempo en un lugar que habías logrado evitar durante más de una década.

—Quizá nunca tuve un motivo para volver… hasta ahora.

—Por mi bebé.

—Por nuestro bebé.

Introdujo la llave en la cerradura y lo miró.

—Imagino que no podré convencerte de postergar esta charla hasta mañana.

—Puedes intentarlo —enroscó un mechón rubio en el dedo índice, pero ella le apartó la mano y suspiró.

—Tenía ganas de darme un baño… no de discutir contigo.

—Aún puedes dártelo y olvidar la discusión —indicó—. Solo tienes que establecer una fecha para la boda.

—No habrá ninguna boda —los ojos verdes centellearon. Giró, abrió la puerta y entró.

Una vez más Cole tuvo la sensación de que Regan tramaba algo.

— ¿Dónde quieres que la deje? —señaló la maleta.

—Junto a la puerta —se dirigió al bar y sacó una botella de agua de la mini-nevera—. Como es obvio que no te marcharás hasta que hayamos hablado, ¿quieres beber algo? Tengo vino, refrescos y me parece que una botella de aquel whisky que te solía gustar.

—Un whisky.

— ¿Todavía lo bebes con hielo?

Cole asintió, sorprendido y complacido de que lo recordara. Cuando se acercó para dárselo, él cerró los dedos en torno a los de ella.

—Basta de demoras, princesa. Has tenido diez días para acostumbrarte a la idea. Así que te lo volveré a preguntar. ¿Te casarás conmigo?

—No puedo.

— ¿No puedes? ¿O no lo harás?

—No lo haré —liberó los dedos y vertió algo de whisky sobre la mano de él. Dio un paso atrás—. Entiendo lo que sientes porque el bebé lleve tu nombre, Cole. Pero la respuesta no está en casarnos. He hablado con mi abogada. Va a redactar los papeles necesarios para solicitar al tribunal la custodia del bebé cuando nazca. Le he pedido que se cerciore de que se incluyan cláusulas sobre tus derechos de visita y que tu nombre aparezca en la partida de nacimiento como su padre.

—Eres muy generosa.

—Jamás te negaría tus derechos de padre. Pero tampoco pienso reparar un error cometiendo otro. Intento ser justa.

—Sé que es así —concedió, lamentando ya lo que estaba a punto de hacer—. Pero me temo que tu oferta no es lo bastante buena.

—Siento que pienses eso, pero es lo máximo que puedo hacer.

—Entonces permite que yo te haga una oferta, princesa —

expuso, sabiendo que la gente que lo había acusado de ser un tiburón no se equivocaba—. O aceptas casarte conmigo o ejecutaré la hipoteca de Exclusives.

—Pero el banco…

—Me la vendió la semana pasada… junto con algunas más incluidas en el paquete global.

—No dispongo de ese dinero —sus mejillas perdieron el color.

Algo que él sabía y con lo que había contado. La hipoteca era muy elevada, establecida por su padre años atrás para un fallido intento de expansión hacia las afueras. Como no era el hombre de negocios que él mismo creía, Philip St. Claire jamás había conseguido llegar a cancelarla. Como resultado de ello, no solo el inventario y el equipo de Exclusives se hallaban pignorados, sino también una buena parte de las futuras transacciones.

Aunque lo cierto era que Cole la había pagado para reducir las tensiones de Regan durante el embarazo, en particular después de la charla mantenida con Liz, quien lo había informado de que su sobrina sentía una gran presión por la deuda, no había querido que se enterara. Iba a ser una especie de silencioso regalo de bodas. Aunque tampoco había esperado que Regan persistiera en su negativa a casarse con él.

—Entonces imagino que tendré que cerrar el local y comenzar a vender todo para compensar las pérdidas.

— ¡No puedes hacer eso!

—Créeme, puedo y lo haré.., a menos que te cases conmigo —mintió, sabiendo muy bien que jamás lo haría.

—Realmente eres un bastardo —espetó.

—Nunca lo he negado —respondió—. ¿Y bien, qué será, princesa? ¿Cierro la joyería o nos casamos?

Capítulo Cuatro

— ¿De verdad lo harías? —se sintió dominada por la furia—. ¿Recurrirías al chantaje?

—Haré lo que sea necesario para cerciorarme de que a mi hijo no lo llamen nunca bastardo como a su padre.

La respuesta desterró la furia de ella como ninguna otra cosa lo habría conseguido, y la dejó llena de vergüenza.

—Cole, ahora cuando te he... no era mi intención... —suspiró—. Lo que intento decir es que lo siento.

— ¿Por qué? —preguntó con sonrisa cruel y fría—. Después de todo, es la verdad. Soy un bastardo y nada que yo pueda hacer modificará jamás ese hecho. Pero sí puedo ocuparme de que mi hijo no nazca siéndolo.

A pesar de la respuesta, Regan pudo ver el dolor en sus ojos. Jamás le había dado demasiada importancia a su pasado cuando estuvieron juntos, ya que la concentración de Cole se hallaba en el futuro. Solo en ese momento sospechó lo profundas que eran sus cicatrices. Pero eso no justificaba su actitud.

—Escucha, sé que las cosas no fueron fáciles para ti en tu juventud. Pero los tiempos han cambiado. Todo es diferente ahora. La gente ya no es de mentalidad tan estrecha como entonces. Por que no estemos casados no significa que nuestro bebé vaya a recibir nombres desagradables como te sucedió a ti.

—Si crees que las cosas han cambiado tanto, princesa, tendré que abrirte los ojos. Sabes muy bien que la gente de esta ciudad se encuentra atrapada en su propio tiempo, donde el pasado de un hombre es tan importante como su cuenta bancaria. Si piensas que a tus elitistas amigos no les importará que la señorita Regan St. Claire, de los St. Claire de Nueva Orleans, esté embarazada y sin marido, será mejor que lo pienses de nuevo. Porque sí importa.

—Entonces será su problema —soltó ella. Pero en lo más hondo de su ser sabía que Cole tenía razón. La clase alta de Nueva Orleans aún se aferraba a las convenciones morales de otra época. Aunque no tenía intención de casarse con Cole solo para satisfacer la anticuada idea de otra persona sobre lo que era apropiado—. No me importa lo que piense nadie. No es asunto de ellos lo que haga yo.

—Es la actitud de una verdadera princesa —se mofó Cole—. Claro está que jamás has tenido que explicarle a nadie quién era tu verdadero padre.

—No será así. Nuestro bebé sabrá quién es su padre.

— ¿Y crees que eso bastará? —ella guardó silencio, negándose a

dejar que la arrastrara a una discusión—. Dime, princesa, cuando nuestro hijo se dé cuenta de que mamá y papá no viven juntos como casi todas las familias, ¿cómo piensas explicarle la causa? ¿Crees que entenderá que el reloj biológico de mamá hacía tic tac, pero como no deseaba que la molestaran con un marido, decidió quedar embarazada mediante un donante de esperma anónimo?

—No fue así y tú lo sabes. Quiero a este bebé. Por eso estaba dispuesta a recurrir a un donante de esperma —repuso ante la injusticia de su acusación—. Pero, ¿cuál es tu excusa, Cole? ¿Cómo explicarás haber sido el donante? ¿Por qué, aceptaste ser el padre de mi hijo?

—Liz me convenció de que debería tener a alguien que continuara con el apellido Thornton, alguien a quien dejarle mi fortuna. En su momento pareció una buena idea.

Así como Regan sabía lo persuasiva que podía ser su tía, Cole no era un hombre que se dejara convencer para hacer algo que no deseaba.

— ¿Por qué yo? —insistió ella—. ¿Por qué me elegiste a mí para ser la madre de tu hijo?

Permaneció callado tanto rato que Regan creyó que no iba a contestar.

—Quizá me gustó la idea de que tu sangre azul corriera por las venas de mi hijo.

—Por lo que he leído en los periódicos, la mitad de las mujeres con las que sales tiene sangre más azul que la mía —expuso con desdén—. ¿Por qué no me cuentas el verdadero motivo, Cole? ¿Por qué un hombre considerado uno de los solteros más deseados quiere que yo sea la madre de su hijo?

—Porque estás en deuda conmigo, princesa —repuso con dureza —. No nos quisiste ni a mí ni a nuestro bebé.

Regan le dio la espalda y cruzó los brazos.

— ¿Quieres oír algo gracioso? Durante un instante pensé que quizá se debía a que tú... a que todavía podrías... —contuvo el sollozo que subió por su garganta. ¿Cómo pudo ser tan tonta? ¿Cómo se permitió pensar que aún le importaba? Se había estado engañando. El hecho de que jamás hubiera dejado de amarlo, no significaba que Cole aún la amara.

—Regan, yo...

Ella se encogió al sentir la mano en su hombro.

—Sé que me consideras consentida y egoísta, Cole, pero hasta ahora nunca me había percatado de que me creías tan fría —respiró hondo—. Amaba a nuestro bebé —afirmó con pasión—. Cuando

tuve el aborto y perdí a nuestra pequeña, una parte de mí también murió. La quería. La quería tanto, tanto —las lágrimas cayeron por su mejilla. Había sido difícil perder a Cole, pero perder a su bebé había significado perder el último vínculo que lo unía a él y al amor que habían compartido.

—Lo siento, princesa. Nunca lo creí. En lo más hondo de mí sabía que mentía. Fui un tonto por dejar que me llegara tan dentro, por escuchar sus mentiras.

Regan se volvió al tiempo que se secaba los ojos.

— ¿De qué hablas? Escuchar a quién... —no se molestó en concluir la frase porque su expresión se lo reveló—. Mi padre —musitó con las rodillas flojas por la sorpresa.

Maldiciendo, Cole la sostuvo en brazos y la llevó al sofá, donde se sentó y pegó su cuerpo rígido al suyo. Cuando los temblores cesaron al fin, ella se soltó y se tapó la cara con las manos. De pronto se sintió con mil años a la espalda y muy cansada.

—No puedo creer que mi padre te dijera que... que no quería al bebé.

—Dijo que lamentabas haberte quedado embarazada y tener que casarte conmigo. Tú ya me habías comunicado que deseabas la anulación, que querías recuperar tu antigua vida. Cuando dio a entender que el aborto no había sido accidental, yo...

—Lo creíste —no sabía qué dolía más, si las desagradables insinuaciones de su padre para conseguir que Cole la odiara o el hecho de que él la considerara capaz de algo así—. Para dejártelo claro, fue un aborto natural.

—Lo siento. Más de lo que puedas imaginar. Tienes derecho a estar enfadada conmigo y no te culpo. Pero pertenece al pasado, princesa —le tomó los dedos y se negó a soltárselos a pesar de sus protestas—. Debemos olvidarlo y concentrarnos en el futuro. En el de nuestro bebé y el nuestro propio.

—Tú y yo no tenemos ningún futuro —aseveró.

—Ya he hablado con un juez amigo mío y ha aceptado descartar el período de tres días de espera para darnos la licencia —continuó él como si no la hubiera escuchado.

—No pienso casarme contigo —soltó con furia, liberando las manos.

— ¿Qué me dices de Exclusives? —la expresión de Cole se endureció—. ¿Estás preparada para perderla?

Regan sintió que el corazón le daba un vuelco. Pero la idea de comenzar un matrimonio sin amor era mucho peor.

—Según tú, ya la he perdido, pues la hipoteca está en tu poder.

—Estoy dispuesto a hacer un trato —frunció el ceño—. Aceptas casarte y vivir conmigo hasta que nazca el bebé, y yo te firmaré la entrega de Exclusives sin ninguna carga.

— ¿Y qué sucede cuando nazca el bebé?

—Aceptaré un divorcio discreto y la custodia compartida.

— ¿Eso es todo? —inquirió ella con cautela.

—Con unas pequeñas condiciones.

— ¿Cuáles?

—Espero que me seas fiel durante el matrimonio.

— ¿Y tú? —tuvo ganas de morderse la lengua.

—Desde luego, yo también lo seré.

— ¿Qué más? —quiso saber Regan.

—Quiero que todo el mundo crea que nuestro matrimonio y tu embarazo son resultado de una unión por amor. Como ya estuvimos casados siendo jóvenes, la mayoría lo creerá. Espero que te comportes como una novia cariñosa.

Él le ofrecía la oportunidad de mantener la promesa que le había hecho a su padre y a sí misma, que Exclusives continuaría y algún día se la legaría a su propio hijo. De pronto el precio de mantener dichas promesas le pareció demasiado elevado.

—No creo que sea necesario ir tan lejos. Después de todo, la tía Liz ya conoce la verdad.

—Lo único que sabe Liz es cómo ha sido concebido nuestro bebé. Sabes tan bien como yo que el único motivo por el que me convenció para ser tu donante de esperma es que piensa que aún nos amamos.

—Y no es así —al menos él no la amaba.

—Pero nadie salvo tú y yo lo sabe. Finge que interpretas un papel en una obra y recuerda que la recompensa será Exclusives libre de toda deuda, para que hagas con la joyería lo que te apetezca.

— ¿Por qué la farsa? ¿Qué importa que la gente crea que nos amamos o no?

—Porque dentro de muchos años no quiero que nuestro hijo tenga duda alguna de que fue creado por amor.

La respuesta la sorprendió y la puso en su sitio. Y también hizo que se preguntara si los rumores que le habían llegado años atrás eran verdad... que Cole era resultado de la apuesta de algún universitario con sus amigos de que podía seducir a la virginal Mary Beth Thornton. La señora de carácter dulce a la que Regan recordaba había sucumbido a los encantos de alguien. Pero durante los años en que la trató, Mary Beth Thornton jamás se casó. Siempre

había afirmado que esperaba que llegara el Hombre Perfecto.

—Y bien, ¿qué va a ser, princesa? ¿Cerramos el trato?

—Sí.

Sentado frente a Regan a la mesa del restaurante de cinco tenedores en el que había insistido en cenar, Cole se recordó que había conseguido el trato que deseaba. Con creciente irritación la observó repasar los documentos que había preparado su abogado perfilando los términos de su alianza. Ella había aceptado, y ya solo quedaba el simple trámite de que firmara los papeles y que ambos establecieran una fecha para la boda. Iba a ser su esposa cuando naciera el bebé. Entonces, ¿por qué no sentía que había ganado?

Porque aún la deseaba. Y eso lo volvía débil.

Hacía semanas que sabía que la química sexual aún existía entre ellos, quizá con más fuerza que doce años atrás. Pero no quería desearla. Incluso ya había descartado la opción sexual. Acostarse con Regan complicaría una situación, que ya era demasiado complicada. Se casaba con ella por el bien de su bebé. Nada más.

Entonces, ¿qué hacía ahí sentado, encendido y molesto, tratando de convencerse de no llevarla a la cama y consumar el matrimonio?

Porque jamás había habido alguien como ella.

Reconoció que era verdad. Regan era única, igual que la escultura de alabastro que guardaba en su dormitorio. Cole recordó lo suave y cálida que era esa piel de marfil, el modo en que temblaba bajo sus brazos. Bebió un sorbo de brandy y la estudió por encima del borde de la copa. Sabía que no había elegido el sencillo vestido negro para despertar su lujuria. Pero eso no impedía que sus dedos desearan apartar la tela que moldeaba sus pechos y tomarlos en las manos.

Sintió calor en su vientre y que se le contraía. Durante un segundo tuvo ganas de alargar la mano y soltarle el pelo. Reconoció que deseaba a Regan, punto… en todos los sentidos en que un hombre podía desear a una mujer. Frustrado, depositó la copa sobre la mesa.

— ¿Sucede algo? —preguntó ella con mirada fría.

—Sí, hay un problema —estaba excitado y palpitante, y ella tan indiferente como una bola de nieve.

— ¿Cuál?

—Que repasas ese maldito documento como si se tratara de los papeles de la fusión de una multinacional —gruñó—. Es un contrato simple. No la Constitución.

—Lo sé —manifestó con calma—. Solo quería cerciorarme de que abarcaba todos los temas que habíamos tratado.

— ¿Qué sucede? ¿Temes que te engañe y me quede con tu joyería?

—No. Sencillamente no deseo ninguna sorpresa.

El tono cortés de ella eliminó otra capa de su control cada vez más precario, y experimentó la necesidad perversa de agitarla.

— ¿De verdad? Me parece recordar una época en que te gustaban mis sorpresas —musitó. Se acercó y con un susurro le recordó la ocasión en que había transformado su asombro en gritos de placer al abrirle los muslos y hacerle el amor con la boca por primera vez.

La bonita boca de ella se abrió y cerró y Cole tuvo la satisfacción de ver cómo se ruborizaba. No había nada calmado y sosegado en el modo en que lo miró. Con expresión de furia apartó la silla y se levantó.

—Me gustaría irme a casa... ahora.

Sin molestarse en esperarlo, se dirigió hacia la salida. Él dejó algunos billetes en la mesa para cubrir la cuenta y dar una generosa propina, luego la siguió…

Provocarla con ese recuerdo en particular había sido una tontería. Mientras conducía, rememorar hacer el amor con ella despertó su deseo, dejándolo igual de frustrado que antes. ¿Qué iba a hacer sobre el hecho de que quería a Regan en su cama?

Estuvo a punto de soltar una carcajada. ¿En su cama? Eso ni empezaba a describir cómo se sentía. Diablos, quería a Regan en todas partes, a todas horas. Y tan a menudo como fuera físicamente posible.

Durante todo el trayecto fue consciente de la mujer sentada a su lado y de la mirada especuladora que ella le lanzaba de vez en cuando… que no hacía nada para mitigar el dolor que notaba en la entrepierna.

Cuando el Mercedes negro entró en el camino privado de la casa de Regan, Cole reconoció que cualquier intención noble que hubiera tenido acerca de que el matrimonio fuera una formalidad se había desvanecido. Frenó y apagó el motor.

—No hace falta que me acompañes hasta la puerta —dijo ella, soltándose el cinturón de seguridad.

Sin prestar atención al comentario, Cole bajó para abrir la puerta de su lado. Al ver que titubeaba en aceptar la mano que le ofrecía, él sonrió.

— ¿Qué pasa, princesa? ¿Temes que te muerda?

—En absoluto —repuso con frío desdén, aceptándola.

—Quizá deberías —afirmó Cole con voz suave y peligrosa.

—Puedes olvidarte de las técnicas de intimidación. Son una pérdida de tiempo... e innecesarias. Ya he aceptado continuar con este matrimonio ficticio.

Sin soltarla, la atrajo hasta que los pechos se aplastaron contra su chaqueta. Quería hacerle el amor hasta que sus cuerpos desnudos se confundieran, sudorosos y saciados. Contuvo el impulso.

—No habrá nada ficticio en este matrimonio, princesa. Será verdadero… en todos los sentidos.

Capítulo Cinco

—Sé que el matrimonio será verdadero, al menos legalmente —expuso ella mientras se soltaba los dedos. Dio un paso atrás, con la necesidad de establecer una distancia física para controlar sus emociones—. Lo que quería decir era que el matrimonio será temporal y nominal.

—Si por «nominal» aludes a que no habrá sexo, no recuerdo haber hecho esa promesa.

—Pero yo... —cerró la boca, molesta porque su amenaza de sexo le desbocara el pulso. Respiró hondo y se recordó que no podía permitirse el lujo de caer otra vez bajo su hechizo—. Creo que será mejor que aclaremos algo ahora mismo. No tengo ninguna intención de dormir contigo.

—En realidad, princesa, yo no pensaba en dormir —sonrió—. Me parece que cuando estuvimos casados, dormíamos muy poco.

Regan volvió a ruborizarse ante su crudo recordatorio de que habían pasado casi todo su matrimonio en la cama, haciendo el amor.

—Esto no es como la última vez —afirmó, y era verdad. En esa ocasión no había amor ni atisbo de que lo hubiera por parte de Cole. Ya se había resignado a ese hecho y había aceptado seguir adelante por su bien y porque quería darle su apellido a su hijo. Pero no pudo evitar sentir una punzada de tristeza—. Las cosas ahora son diferentes.

— ¿De verdad? —preguntó con tono sexy.

—Sabes que sí —en esa ocasión no había palabras de amor ni planes para un futuro juntos.

—Al parecer no todo. Aún te deseo, princesa, y a juzgar por el modo en que me besaste, a ti te pasa lo mismo.

«Maldito sea», pensó Regan, irritada porque todavía pudiera afectarla de esa manera. Así como le gustaría achacar la culpa del deseo que encendía en ella a los cambios hormonales causados por el embarazo, en el fondo del corazón sabía que no era verdad. Deseaba a Cole en ese momento tal como lo había deseado años atrás, y por el mismo motivo. Lo amaba. Pero bajo ningún concepto iba a aceptar el sexo como un sustituto del amor de él.

—No recuerdo que una de las condiciones de este acuerdo matrimonial fuera que tuviera sexo contigo.

—No lo es. Pero nada en nuestro acuerdo dice que no podamos tenerlo si nos apetece. Personalmente —jugó con un mechón de

pelo que se había soltado del moño—, me gusta la idea de que estés conmigo en la cama por la noche. Y por las miradas de reojo que me lanzabas en el restaurante, sospecho que a ti también.

—En tus sueños, Thornton —espetó, soltándose la mano.

—Es gracioso que menciones los sueños —murmuró con un brillo sensual en los ojos—. Porque últimamente he tenido varios contigo. ¿Quieres que te los cuente?

—No —repuso con frialdad. Lo apartó y subió los escalones de la terraza hasta la puerta de entrada, ansiosa por alejarse de él y de todos los sentimientos que agitaba en su interior, como amor, deseo y necesidad.

Cuando consiguió sacar la llave del bolso y abrir la puerta había recuperado cierta medida de su serenidad. Ya era malo que supiera que aún se sentía atraída por él. ¿Qué pensaría si supiera que todavía lo amaba? Sería horrible, porque sin duda lo usaría contra ella. Percibió su presencia a la espalda y se preparó antes de volverse para mirarlo.

—Gracias por la cena. El restaurante era magnifico. Y la velada fue... interesante.

—Pero aún no ha terminado —Cole rió.

—En realidad, sí... al menos para mí —repuso con educación, No pensaba arriesgarse a invitarlo a pasar... no cuando mirarlo bastaba para despertar el deseo que corría por sus venas—. He tenido un día largo y me siento muy cansada. Así que me despediré de ti.

Sin embargo, antes de que pudiera darse la vuelta y huir, Cole extendió las manos. Apoyó las palmas en el marco de la puerta y la encerró.

—No tan rápido, princesa.

El pulso de Regan se aceleró. Su campo de visión se estrechó hasta que solo Cole lo llenó. Todos sus sentidos sintonizaron con él, registrando el calor de su cuerpo apenas a unos centímetros y su aroma único.

Se aproximó un poco más hasta que la boca quedó tan cerca que sus alientos se mezclaron.

— ¿No olvidas algo?

Regan clavó los ojos en la boca de Cole. Casi sin respirar, con el cuerpo sumido en un hormigueo expectante, creyó sentir el sabor del brandy en los labios, en la lengua. Cerró los ojos y alzó la cara hacia la suya.

Pero él no la besó. Confusa, abrió los ojos. Volvió a ruborizare, en esa ocasión de humillación. Dominada por la furia, espetó:

— ¿Qué es lo que crees que olvidé?

—El contrato.

—Te lo haré llegar —aferró el sobre en el puño cuando él extendió la mano.

— ¿Por qué no firmarlo ahora? Has pasado casi toda la velada estudiándolo.

—Lo sé. Pero quiero que mi abogada lo repase antes de firmarlo.

— ¿Por qué? ¿Hay algún problema?

—No. Al menos no que yo haya notado. Como hombre de negocios, estoy segura de que coincidirás conmigo en que sería tonta en firmar cualquier documento legal sin hacer que lo repase mi abogada.

—No se trata de una transacción comercial —frunció el ceño.

—Es gracioso, pero a mí me lo parece.

—Sabes a qué me refiero.

—Sí, y por eso no pienso firmar nada hasta no revisarlo primero con mi abogada.

—Perfecto. Cerciórate de devolvérmelo firmado mañana al mediodía.

— ¿Al mediodía? —inquirió asombrada—. No es tiempo suficiente. Ni siquiera sé si podré ver a mi abogada tan pronto.

—Entonces ese es tu problema, princesa. Porque es el único tiempo del que dispones.

—Muy bien —soltó—. Lo tendrás mañana.

—Firmado.

—Firmado... siempre y cuando mi abogada no encuentre ninguna complicación —corrigió ella.

—No lo hará.

—Bueno, si me disculpas, me iré a dormir. Buenas noches.

Esperó que él se moviera, para poder entrar. Al quedarse quieto, lo miró a la cara. Le sonreía.

— ¿No vas a darme un beso de despedida?

—No me parece que sea una buena idea.

—Claro que sí —le acarició la mandíbula—. Después de todo, muy pronto volverás a ser mi esposa.

—Solo de nombre —le recordó.

—Sí, bueno —se acercó—. ¿Por qué no comprobamos si consigo que cambies de parecer?

Regan retrocedió un paso hasta que la espalda quedó pegada a la puerta. Deslizó la mano libre a su espalda y giró el pomo. Aliviada al ver que cedía, el orgullo la impulsó a mirarlo otra vez.

—Oh, no me gustaría ver que te molestas... ya que no tengo intención de cambiar de idea —empujó la puerta, entró en la

seguridad de su casa y le cerró la puerta en las narices.

Al llegar al rellano de la primera planta comenzó a sonar el teléfono. Quizá fueran la tía Liz o Maggie, que querían saber cómo se encontraba, y de pronto recordó que había prometido llamarlas a las dos después de la cena con Cole. Entró en el dormitorio, arrojó el bolso y el sobre a la cama y levantó el auricular.

—Hola.

— ¿Estas bien, princesa? —silencio—. ¿Regan?

—Estoy bien —replicó. Se descalzó y alargó la mano hacia el interruptor de la lámpara que había en la mesita de noche.

—Solo quería comprobarlo. No vi que la luz se encendiera en tu dormitorio.

Activó el interruptor y la luz desterró las sombras de la habitación.

— ¿Dónde estás?

—Abajo, mirando la ventana de tu dormitorio.

— ¿Por qué?

—Como no he visto a ningún criado, doy por hecho que ya no tienes personal interno, y que te encuentras sola en ese viejo mausoleo.

— ¿Adónde quieres ir a parar?

—En tu condición, no deberías estar sola.

—Estoy embarazada, Cole —suspiró—. No enferma.

— ¿Y si te pasara algo? Podrías caerte, ponerte mala otra vez... ¿Y si le pasara algo al bebé?

—Todo va bien, Cole. Puedes marcharte.

—De acuerdo —aceptó tras una larga pausa—. Pero prométeme que me llamarás si me necesitas.

—Lo prometo. Buenas noches.

— ¿Princesa?

— ¿Si?

—No olvides que quiero el contrato firmado mañana en mi hotel al mediodía.

—No lo olvidaré.

A las doce y media, Cole llegó a la conclusión de que o bien Regan lo había olvidado o bien no tenía ninguna intención de aparecer.

— ¿Aún no sabe nada de ella? —preguntó, irritado por la criatura tímida que había al otro lado de la línea en Exclusives.

—No, señor Thornton. Como le expliqué antes, la señorita St.

Claire dijo que tenía que ocuparse de un asunto y que hoy no vendría a la joyería. No creo que vuelva a llamar.

—Si lo hace, dígale que me llame —anunció antes de colgar con fuerza.

—Tranquilo, Cole. Únicamente llega un poco tarde —le recordó su abogado y amigo, Jack Stewart.

Miró con el ceño fruncido al hombre de pelo rubio que era su amigo desde hacía más de diez años, algo que en ocasiones aún lo asombrada, ya que el entorno privilegiado de Jack era la antítesis de aquel en el que había crecido Cole.

—Se supone que no debe llegar tarde —informó con una voz que habría hecho temblar a la mayoría de los hombres.

—Es evidente que ella no lo sabe —repuso Jack impasible.

—Le dejé bien claro que debía venir al mediodía.

— ¿O qué? ¿Cancelarás la boda? —preguntó Jack mientras se servía otra deliciosa taza de café. Bebió un sorbo y suspiró con placer—. Por lo poco que me has contado de ella, me da la impresión de que no se muestra demasiado ansiosa por convertirse en tu esposa:

Razón por la que se encontraba tan agitado. Regan no quería casarse. Lo había dejado bien claro, y el único motivo por el que había cedido se debía a que la había arrinconado. Al atravesar esa línea quizá lo hubiera estropeado todo.

— ¿Cómo es que jamás me mencionaste a esa Regan? —continuó Jack.

— ¿Desde cuándo tengo que pedirte autorización para mi vida social? —espetó.

—Vaya, vaya —el otro enarcó las cejas—. Estamos un poco nerviosos, ¿eh?

—No —rugió—. Estamos furiosos.

—No creo haberte visto jamás tan agitado, Thornton —comentó Jack divertido—. Y desde luego nunca por una mujer.

—No estoy agitado. Te he dicho que estoy furioso porque llega tarde.

—Hmm. Con cada minuto que pasa me siento más intrigado por la misteriosa señorita St. Claire. De hecho, creo que empiezo a enamorarme de la dama.

—Por lo que sabes, puede parecerse a una mula —bufó, aunque sintió una punzada de celos.

—Lo dudo. A pesar de tus defectos, tienes un gusto excepcional cuando se trata de mujeres.

—Me alegro de que lo apruebes.

—Desde luego —sonrió, mostrando sus perfectos dientes blancos —. Después de años de ver cómo las mujeres se tiraban a tus pies, empiezo a disfrutar de ver cómo sudas por una que no ha caído rendida a tus encantos. Alivia el corazón de este pobre abogado de provincias...

— ¿Pobre abogado de provincias? —repitió indignado por la mentira—. ¿Desde cuándo John Paul Stewart V, de los prestigiosos Stewart de Boston, miembro de la firma Stewart & Hijos, se puede considerar pobre?

—Eh —se encogió de hombros— el hecho de que el dinero de mi familia sea cien años más antiguo que el tuyo no cambia la realidad de que tú tienes más que yo.

—Supongo que tienes razón —estuvo a punto de sonreír. Jack lo había aceptado junto con todos los esqueletos que guardaba en el armario mucho antes de que Cole hubiera ganado su primer millón.

—Y por si lo has olvidado, soy yo quien se está matando a trabajar aquí. No tú. Lo que significa que pienso pasarte factura de todos los minutos de mi caro tiempo. Aparte de gastos.

—Con un poco de suerte, podré pagarte —Jack rió.

—No deberla plantearte muchos problemas. La venta de alguna de tus empresas pequeñas cubrirá mi minuta. La verdad, amigo, es que me dan ganas de olvidar mi descabellada tarifa para ver al poderoso Cole Thornton, el hombre que ha convertido en arte esquivar el matrimonio, caer rendido. Y no está mal el regalo que le haces a la novia… pagar la hipoteca de su joyería. Si no te conociera mejor, podría pensar que habías recurrido al chantaje para convencerla de que se case contigo.

Al recordar que Regan lo había acusado de lo mismo, contuvo el aguijonazo de su conciencia.

—Podría haberme dicho que no —informó a Jack—. Y por lo que a mí respecta, su ausencia representa un no.

—Entonces, ¿qué vas a hacer si cambia de parecer?

— ¿Cómo diablos voy a saberlo? —se sintió dominado por las viejas preocupaciones—. Lo que no voy a hacer es pegarle una pistola a la cabeza para forzarla a casarse.

—No sabes cuánto me alegra oír eso.

Cole giró en redondo y vio a Regan en el marco de la puerta; parecía serena y distante, todo lo contrario de lo que él se sentía. Estudió su rostro para tratar de captar su estado de ánimo, sin conseguirlo; pero no se le pasaron por alto las sombras que marcaban sus ojos o la boca seria.

—Tú debes ser Regan —Jack avanzó hacia ella con una sonrisa

en la cara—. Es un placer poder conocerte al fin. A propósito, me llamo Jack Stewart, amigo del novio aparte de su abogado.

—Encantada, señor Stewart.

—Jack, por favor —corrigió con suavidad—. Mis amigos me llaman Jack y, querida Regan, espero que tú y yo lleguemos a ser amigos.

—Para ya, Stewart, o te encontrarás con un amigo y cliente menos —musitó Cole, irritado por la suavidad que mostraba su amigo con Regan.

Jack enarcó una ceja, pero soltó la mano de ella.

—Tendrás que perdonar a Cole. Hoy está un poco gruñón, y sospecho que por tu culpa.

— ¿Mi culpa?

—Temía que no fueras a aparecer.

—Ya basta, Stewart —volvió a concentrarse en Regan—. Se suponía que debías venir al mediodía.

—Tendrás que perdonarme por llegar tarde. Pero mi abogada se vio obligada a permanecer casi toda la mañana en el tribunal —expuso con voz fría—. No pudo reunirse conmigo hasta casi las once.

— ¿Has firmado el contrato?

—No.

— ¿Hubo algo en el documento que no le gustó a tu abogada? —preguntó Jack con el ceño fruncido.

—Oh, no, en absoluto. De hecho, no solo dijo que le parecía justo, sino que la manutención del bebé y el fideicomiso para su educación eran extremadamente generosos —miró a Cole—. Supongo que anoche no leí el contrato con tanto detenimiento como debía, por lo que no me di cuenta de que pensabas establecer un fideicomiso. Gracias, Cole. Has sido muy considerado.

Él asintió, más complacido de lo que quería por el halago.

—Entonces, si no hay nada extraño con el contrato, ¿por qué no lo has firmado?

—No estaba segura, pero me pareció que quizá debía hacerlo delante de testigos.

Cole experimentó una oleada de alivio. Le costó aceptar que la disposición de Regan a casarse con él pudiera activar semejante reacción. Sin embargo no recordaba la última vez que deseó alzar en brazos a una mujer, dar vueltas con ella y llenarla de besos.

—La dama no solo es hermosa, Thornton, sino inteligente.

—Gracias —se ruborizó—, es muy amable, señor Stewart.

—Jack.

— Jack —repitió ella.

—Y la amabilidad no tiene nada que ver con ello. Cole es un hombre muy afortunado.

—Si los dos habéis terminado de admiraros mutuamente, quizá podamos centrarnos en lo que nos ocupa.

—Espero que comprendas que te casas con un hombre muy impaciente —Jack soltó un suspiro exagerado.

—No te preocupes, Regan conoce todos mis pecados. ¿No es verdad, princesa?

— ¿Y aún quieres casarte con él? —bromeó el abogado.

—Sí, quiero casarme con él.

Cole no se dio cuenta de lo tenso que se había puesto hasta oír la contestación.

A los pocos momentos Jack había sacado una carpeta con varias copias del contrato matrimonial, y después de repasar cada punto y preguntarles si tenían alguna duda, indicó dónde debían firmar y les pasó a cada uno una pluma.

—Bueno, ya está —indicó Jack al guardar los contratos firmados en el maletín y cerrarlo—. Felicidades otra vez.

—Gracias —Cole le estrechó la mano.

—Ha sido un placer conocerte, Regan. Ahora comprendo por qué Cole está tan ansioso por casarse contigo.

—Gracias —murmuró ella.

—Bromas aparte, Cole es uno de los mejores hombres que conozco. No habrías podido escoger a uno mejor para ser tu marido.

—Lo sé —convino ella con voz suave.

Cole experimentó una oleada de placer. La miró. Durante un instante, casi creyó que hablaba en serio.

—... y no olvidéis que espero una invitación a la boda y como mínimo un baile con la novia.

Cole centró su atención en la conversación.

—La recibirás —garantizó mientras lo acompañaba a la puerta de la suite, aunque no corroboró la promesa del baile con Regan.

—Será mejor que yo también me vaya —anunció ella mientras recogía el bolso—. Hoy todavía no he pasado por la joyería.

—Tenía la impresión de que te habías tomado el día libre.

—Sí. Bueno, no sabía cuánto iba a tardar todo esto. Pero ahora que ha terminado todo, creo que iré. Necesito acabar varios pedidos, aparte de algún papeleo que requiere mi atención.

Se acercó a ella, le quitó el bolso de unos dedos agarrotados y lo dejó en la mesa. Luego le tomó las manos.

—El trabajo puede esperar un poco más, ¿no?

—En realidad, no —se soltó—. Voy con retraso y...

—Tenemos que hablar, princesa. Hemos de tornar algunas decisiones.

—Hemos abarcado todo en el contrato —arguyó Regan.

—No todo.

— ¿De qué tenemos que hablar? —preguntó con cierto rubor, sin duda recordando la conversación de la noche anterior.

—Para empezar, de la boda. Hemos de fijar una fecha, decidir si queremos una fiesta íntima o grande, dónde vamos a celebrar la ceremonia y la recepción.

—No he pensado mucho en ello —lo miró con cierta indecisión, desvanecida ya su determinación—. Di por hecho que no querrías algo muy llamativo. Quiero decir, los dos sabemos que te casas conmigo por el bebé.

—Del mismo modo que los dos sabemos que tú te casas conmigo porque quieres Exclusives —sin molestarse en aguardar una respuesta, inquirió—:

¿Has comido ya?

—No. Pero...

—Yo tampoco. Pediré algo al servicio de habitaciones —alzó el teléfono—. Mientras comemos podemos tratar los detalles.

—Cole, no tengo hambre.

—Con o sin hambre, debes comer, princesa.

—Pero...

—Por el bien del bebé —insistió mientras pedía un almuerzo completo.

Casi una hora más tarde, después de que Regan hubiera acabado con su comida y parte de la de él, se reclinó y la miró divertido.

—Para una mujer con poco apetito, has hecho un buen trabajo representando a alguien famélico —bromeó.

—Sí, ¿verdad? —sonrió con picardía—. No dejo de decirme que se debe al embarazo, y espero que sea cierto, porque últimamente da la impresión de que tengo hambre a todas horas. ¿Te molestaría pedir un poco más de leche?

—En absoluto —solicitó café y leche. Al colgar, la observó—. Lo que me gustaría saber es dónde lo echas. Ni siquiera pareces embarazada.

—Puede que a ti no, pero yo sí que veo la diferencia. Y como siga comiendo de esta manera, seré una foca en el sexto mes.

—Imposible.

Algo en su tono de voz debió ponerla nerviosa, porque se levantó.

—Quizá deberíamos pasar al sofá mientras esperamos la leche. De lo contrario, soy capaz de ponerme a comer la vajilla —la siguió al sofá—. Sé lo que digo; de hecho, ya me cuesta abrocharme las faldas.

—A mí me pareces muy bien —la miró detenidamente.

—No lo creerás cuando empiece a caminar con las piernas separadas debido al tamaño de mi tripa.

De pronto la imagen del vientre de Regan, redondo e hinchado con el bebé en su interior, hizo que el corazón le latiera más deprisa.

—Creo que será el momento en que estés más hermosa.

La sonrisa de ella se desvaneció. Cerró los dedos sobre la falda.

— ¿Sabes?, no me había dado cuenta de lo tarde que es; he de ir a la joyería. Será mejor que no posterguemos más los detalles de la boda.

—De acuerdo —concedió él. Apagando la llamarada de deseo y ternura—. ¿Por qué no empezamos con el tipo de boda que deseamos?

—Había imaginado que haríamos algo sencillo.

—La última vez elegiste algo sencillo y barato. Te perdiste la gran ceremonia que te habría ofrecido tu padre si te hubieras casado con alguien que no fuera yo. No tiene por qué ser así ahora. Puedes elegir el tipo de boda que te apetezca, que yo la pagaré.

—No es necesario, Cole. Podemos cubrir los gastos a medias —él pegó un dedo a sus labios.

—Yo pagaré la boda, princesa. Sin discusiones. Y puedo permitirme la ceremonia que desees.

—Pero no quiero algo grande. Nunca lo quise. Preferiría algo pequeño e íntimo, con la tía Liz y unos pocos amigos.

— ¿Estás segura?

—Decididamente.

—De acuerdo. Pequeña e íntima será —aunque no pudo evitar preguntarse si Regan hubiera elegido otra cosa si se casara por amor y no solo por salvar su negocio. No importaba. Desterró los pensamientos sombríos.

— ¿Qué me dices de ti? —inquirió ella con el ceño fruncido.

—Me parece bien algo discreto.

—Me alegro —suspiró—. No estoy segura de poder soportar la presencia de mucha gente.

—No hará falta. ¿Qué te parece si la ceremonia tiene lugar en

aquella capilla pequeña a la que solías ir los domingos cuando eras pequeña?

—Me encantaría —la sorpresa iluminó sus ojos.

—Entonces allí tendrá lugar —le tomó la mano izquierda y le abrió los dedos. Luego extrajo el anillo de diamante del bolsillo y se lo introdujo en el dedo—. Había esperado dártelo anoche, pero la velada no terminó como yo había esperado.

Ella contempló fijamente el brillante de cuatro quilates engastado en una alianza de oro. Al alzar la vista, tenía los ojos llorosos.

—No es necesario un anillo de compromiso —musitó con voz trémula.

— ¿Te gusta?

— ¿Cómo no iba a gustarme? Es hermoso —volvió a observar el anillo—. Te lo devolveré cuando... después de que nazca el bebé.

—Es tuyo —afirmó, perturbado por la idea de poner fin al matrimonio antes incluso de que hubiera empezado. Se sintió posesivo.

Prometiéndose que sería cuidadoso, le enlazó los dedos con los suyos y la acercó. La oyó contener el aliento cuando los pechos se aplastaron contra su torso. Vio que los ojos se le nublaban y que separaba los labios. El deseo le atenazó las entrañas. Con un gemido, se apoderó de su boca.

Contuvo el deseo de explorar su interior y la besó con delicadeza y ternura. Le acarició los labios con la lengua, explorándolos, memorizándolos. Al mordisquearle el labio inferior, Regan jadeó y se abrió a él. Cole profundizó el beso. Ella cerró los dedos en su pelo, arqueó la espalda y pegó el cuerpo al suyo mientras le devolvía el beso.

«Estoy loco», se dijo Cole mientras bajaba las manos por su espalda y se apoderaba de sus glúteos, para luego deslizarlas por las caderas y por la curva de sus rodillas. Navegó por el borde del vestido y subió por la sedosa suavidad de sus muslos hasta coronar el núcleo de su pasión. Temblando por la necesidad de introducirse dentro de ella, despegó la boca y se obligó a esperar, convencido de que debía brindarle una elección.

—Abre los ojos y mírame —ordenó con voz ronca por el ardor.

Ella suspiró. Se humedeció los labios y Cole pensó que podía morir por el esfuerzo de no volver a besarla Al final los párpados de Regan se alzaron.

—Te deseo. Pero necesito que me informes de que esto es también lo que tú deseas.

—Yo...
—Dilo, princesa. Di que me deseas.
—Yo...
Una llamada a la puerta los interrumpió.
—Servicio de habitaciones.

Capítulo Seis

Regan apartó las manos de los hombros de Cole.

—No... no puedo hacerlo —le dijo, deslizándose al rincón del sofá al tiempo que intentaba arreglarse la ropa.

— ¿No puedes o no quieres? —inquirió con cierta tensión.

Ella se enfrentó a su mirada fría, sabiendo que merecía su desdén por renegar de lo que unos momentos atrás le había prometido con sus labios.

—No importa. Sea como fuere, la respuesta sigue siendo no.

Volvieron a llamar a la puerta. Cole soltó un juramento y se dirigió a abrir.

En cuanto se fue, ella corrió al cuarto de baño. Agitada, se refrescó con agua fría. ¿Cómo diablos iba a casarse con Cole y mantener en secreto que aún lo amaba?

No podría. No si un simple beso la derretía en sus brazos y hacía que deseara decirle que no deseaba un matrimonio fingido o temporal, sino uno de verdad. Lo que significaba que debía cancelar la boda o postergarla lo máximo posible. Se secó la cara. Irguió los hombres y salió en busca de Cole.

Lo encontró delante de la ventana de la suite. Tenía los pies separados y las manos unidas a la espalda mientras contemplaba el gran río Mississippi. Parecía tan solo. De pronto comprendió que siempre había estado solo. Incluso en ese momento, con todo su éxito. Experimentó un nudo en el pecho. Necesitaba que lo amaran. Tuvo ganas de ir a su lado y abrazarlo.

Debió hacer algún ruido, porque Cole se dio la vuelta. Un vistazo a su cara y la idea de ir a su lado se desvaneció.

—Han traído la leche —indicó con voz tan dura como su expresión.

—Será mejor que lo deje. Ya no me siento tan bien.

— ¿Estás mareada? —se suavizó un poco—. ¿Quieres que llame al médico o a Liz? O puedo llevarte a un hospital.

—Relájate, Cole. Solo tengo el estómago un poco revuelto. Eso es todo —al menos en parte era verdad—. Será mejor que me vaya.

— ¿Qué me dices de la boda? —la siguió mientras recogía su bolso y una copia del contrato matrimonial—. Aún no tenemos una fecha.

—Nos sobra tiempo —lo miró—. Faltan seis meses para que nazca el bebé. Y como el verano es una época de actividad para la joyería, quizá deberíamos esperar hasta el otoño.

—No.
—Entonces, ¿qué te parece al final del verano? —eso le brindaría al menos cuatro meses más.
—Dentro de una semana —afirmó él.
—Es imposible —la alarma le contrajo la garganta—. No puedo preparar una boda, ni siquiera una íntima, con tanta rapidez.
—Yo me ocuparé de los preparativos. Lo único que debes hacer tú es aparecer.
—No es necesario precipitarnos —insistió asustada—. He aceptado casarme. Incluso firmé el contrato. Nos casaremos antes de que nazca el bebé.
—Quizá estoy ansioso por volver a hacerte mi esposa —musitó con tono seductor.
—Lo dudo —retrocedió un paso con mariposas en el estómago.
—O quizá quiero asegurarme de que nadie albergue duda alguna de que el bebé que esperas es mío.
—No sé por qué alguien iba a hacerlo. Llevo mucho tiempo sin relacionarme con nadie.
—Entonces, casarte la semana próxima no debería plantear ningún problema.
—Quiero más tiempo —persistió—. Todo esto va muy deprisa. He de acostumbrarme a la idea.
—Dispones de una semana.
—Un mes —replicó.
Él calló y reflexionó con los labios apretados.
—Dos semanas, princesa. Tienes dos semanas para aceptarlo. Luego nos casaremos. ¿De acuerdo?
—De acuerdo —concedió, dándose cuenta de que no tenía sentido seguir discutiendo—. Pero hasta entonces, has de aceptar concederme algo de espacio.
— ¿De qué clase de espacio hablas?
—Basta de aparecer en la joyería y en mi casa, basta de llamadas telefónicas. Ningún contacto hasta la boda.
—Muy bien. Puedes tener tu espacio. Te dejaré un mensaje en el contestador con la información sobre la ceremonia. Y debes entregarme una lista con los nombres de las personas a las que quieres invitar.
—Hecho —se dirigió hacia la puerta, ansiosa por escapar. Durante esas dos semanas debía reconstruir sus defensas, prepararse para el hecho de que en los próximos seis meses iba a ser la esposa de Cole e iba a tener a su bebé, aunque jamás poseería su amor.
—Una cosa más, princesa. —se detuvo con la mano en el

picaporte. —Necesitarás un anillo para la ceremonia.

—Usaré este —indicó el magnífico solitario que llevaba en la mano izquierda.

—Ese es un anillo de compromiso. Te hará falta una alianza. Como he aceptado brindarte tu espacio, dudo que quieras acompañarme a elegir una. Puedo comprarla yo por ti. O puedes hacerlo tú y que me envíen a mí la factura.

—Yo lo haré —aceptó tras un prolongado silencio—. Pero, si te parece bien, me gustaría elegir algo de mi joyería. Tengo varios diseños propios ya preparados. Puedo escoger entre uno de ellos.

—Perfecto. No olvides enviarme la factura.

—Lo haré.

— ¿Y, princesa?

—No te preocupes por el precio. Esta vez puedo comprar una alianza decente. Así que elige la que quieras.

— ¿Escojo una para ti también?

—Yo no la necesito.

—Si yo he de llevarla, tú también —afirmó muy erguida.

—De acuerdo. Pues selecciona una para mí y envíame la factura.

— ¿Quieres darle tu aprobación? —preguntó sin molestarse en ocultar su sarcasmo.

—,Por qué no dejo que me sorprendas? —rió entre dientes.

Cole no quedó sorprendido dos semanas más tarde cuando vio a Liz St. Claire ir hacia él en el momento en que estaba a punto de entrar por la puerta lateral de la capilla para ocupar su puesto en el altar. Reconoció que se sentía nervioso. No era capaz de desprenderse de la sensación de que algo iba a salir mal... como que el cielo se abriría o la novia no aparecería.

Debía serenarse. Regan no se atrevería a dar marcha atrás. Se pasó un dedo por el cuello de la camisa y se frotó los músculos tensos de la nuca. En cuanto acabara la boda, debía realizar un esfuerzo serio para reducir el estrés en su vida. Era un manojo de nervios desde hacía dos semanas. Aún no sabía cómo una ceremonia sencilla había adquirido proporciones de una superproducción cinematográfica.

Le había costado darle a Regan el espacio que le había solicitado. Hiciera lo que hiciera, siempre estaba en sus pensamientos. Por la mañana al despertar. Durante el día cuando trabajaba. Por la noche a solas en la cama. Había aceptado el hecho de que la deseaba y se había consolado pensando que a ella le

sucedía lo mismo. Pero eso no había hecho más fácil la espera. Menos mal que en una hora Regan sería su esposa. Y a pesar de lo que afirmaba ella, Cole no veía cómo el matrimonio podría ser solo de nombre.

Siempre que la boda se celebrara, desde luego.

El pensamiento volvió a producirle un nudo en el estómago. A pesar de que la ceremonia estaba a punto de comenzar, no podía quitarse de la cabeza que ella aún tenía tiempo para arrepentirse. «Lo vas a averiguar pronto», se dijo. Respiró hondo y comenzó a subir las escaleras.

—Cole, espera —llamó Liz—. He de hablar contigo.

La expresión preocupada que vio en el rostro de Liz tensó todos los músculos de su cuerpo.

—Liz —saludó—, estás preciosa.

—Gracias. Tú también estás muy guapo —le ajustó la pajarita del esmoquin—. De hecho, eres un novio muy atractivo, Cole Thornton.

—Gracias. ¿Qué sucede? ¿Te ha enviado Regan para que me informes de que ha cambiado de parecer?

— ¿Y por qué iba a hacerlo? —ella enarcó una ceja.

—No juegues, Liz. Sabes tan bien como yo por qué Regan aceptó casarse conmigo.

—Sí, Cole. Sé por qué ambos habéis consentido esta boda. No estoy muy segura de que tú lo sepas.

La puerta se abrió y él captó la melodía del órgano en el interior. Jack asomó la cabeza.

—Aquí estás, Thornton. Te andaba buscando. ¿Has visto a la amiga de Regan, Maggie? Casi tropiezo con mi lengua cuando la vi entrar en la iglesia.

—Si no recuerdo mal, no estaba encantada contigo anoche, durante el ensayo de la ceremonia.

—Está loca por mí —Jack sonrió—. Lo que pasa es que no quiere reconocerlo. Pero ya hablaremos de eso más tarde. Ahora mismo debes prepararte. Ya casi es la hora.

—Iré en un minuto —volvió a experimentar la ansiedad que lo dominó al pensar que Regan podía no aparecer. Iban a casarse. La idea le comprimió el pecho. No había dejado de meditar en la inteligencia de esa decisión. Casarse con Regan y perderla la primera vez casi lo había destruido. El orgullo y la ira fueron lo único que lo salvó del infierno. Y aunque las cosas eran distintas en ese momento, no se engañaba; casarse con ella y dejarla ir una segunda vez no sería fácil.

—Hmm, Cole, amigo, vamos. El padre Weston ha dicho que deberíamos ocupar nuestros sitios.

—Dile que iré en seguida. Necesito un minuto.

—Claro —Jack desapareció en la capilla.

—Lo has oído —se volvió hacia Liz—, he de ponerme en marcha.

—Y yo debo ir a ver si Regan necesita algo.

—Y bien, ¿qué era lo que querías decirme?

—Tengo un mensaje para ti de tu madre.

Dominado por la culpa, se dio cuenta de que había olvidado que su madre y su marido iban a llegar esa tarde. Tan preocupado estaba, que ni siquiera se había molestado en comprobar si se habían registrado en el hotel. A pesar de que había contratado una limusina para que los recogiera en el aeropuerto, los transportara al hotel y luego a la capilla y a la recepción, tendría que haberla llamado.

— ¿Al y ella llegaron sin contratiempos?

—Lo siento, querido —Liz exhibió una expresión triste—. Tu padrastro y ella no podrán venir a la boda. Uno de sus hijos ganó el campeonato de natación de la escuela y eso lo obliga a participar en la competición estatal mañana. Esta noche debían llevarlo en coche.

—Comprendo —se negó a sentirse decepcionado. De hecho, le había sorprendido que su madre aceptara asistir. Se recordó que tenía una vida nueva con su marido y dos hijos adolescentes. Se sentía feliz y contento por ella, después de todos los años que había tenido que luchar sola por culpa de él. Cole no dejaba de ser el recordatorio visible del error y la vergüenza de su juventud... algo que ni el dinero ni el éxito podrían modificar jamás.

—Me dijo que intentó llamarte al hotel y al teléfono móvil, sin éxito. Te envía todo su cariño y mejores deseos. Lo siento, Cole.

—No pasa nada. Lo entiendo —y era verdad. Debido a que entendía lo que era no tener un lugar, no encajar, sabía que insistirle a Regan en que se casara con él había sido lo correcto por su hijo.

—Estoy convencida de que si hubiera podido, habría venido —ofreció Liz en un intento obvio por consolarlo.

—Claro que sí.

—Lamento haber sido la portadora de malas noticias.

—Vamos —la angustia en la voz de Liz volvió a atenazarle el pecho. Le rodeó los hombros con un brazo—. Nada de caras largas el día de mi boda.

No podía seguir adelante con la boda. Regan sujetó el velo. Cuando ya casi era demasiado tarde, podía ver con asombrosa claridad que casarse con Cole era un error. La organista tocaba. La capilla se hallaba llena de invitados esperándola a ella. Estaba loca al pensar que podría vivir con él como marido y mujer durante seis meses para luego divorciarse después de que naciera el bebé. Le temblaron las manos y las rodillas. Se dejó caer en la silla delante del tocador, sin importar que el vestido color marfil pudiera arrugarse.

Oh, Dios, ¿cómo se había convencido de que casarse con Cole era lo más lógico? Con o sin bebé, jamás debería haber permitido que Cole la obligara a aceptar la boda.

Si quería ser justa, no podía achacarle la culpa a nadie salvo a sí misma. La lógica y las amenazas no tuvieron nada que ver con que aceptara. Lo había hecho por el simple motivo de que lo amaba. Y solo en ese momento comprendía la terrible injusticia que sería para los dos seguir adelante.

—Regan, cariño —Liz entró en el cuarto—. ¿Qué haces sentada ahí? Arrugarás el vestido. Olvídalo. ¿Qué le ha pasado al velo? ¿Se te han soltado los alfileres?

—Tía Liz, no puedo hacerlo.

—No te preocupes, querida. Yo te lo arreglaré. Pero debemos darnos prisa. La boda va a empezar de un momento a otro —le quitó el velo de las manos—. Date la vuelta y deja que vea qué puedo hacer.

Más por costumbre que por otra cosa, Regan obedeció y se volvió hacia el espejo. Con habilidad, Liz le colocó el velo sobre la cabeza y comenzó a distribuirle en el pelo los alfileres con cabezas de perlas que habían pertenecido a su madre.

—Espera a ver la capilla. Hay tantas magnolias y rosas blancas. Han venido todos los invitados. Y el novio, desde luego. Acabo de verlo hace unos minutos… estaba arrebatador.

—Tía Liz…

—Ya está —su tía retrocedió un paso para observar su obra—. Oh, Regan, estás preciosa. Si tus padres estuvieran aquí para verte.

—Tía Liz, no lo entiendes —Sintió un nudo en la garganta—. No puedo casarme.

—Claro que puedes y vas a casarte. Son los nervios de última hora. Eso es todo. Y es comprensible por lo rápido que ha ido todo entre vosotros.

—No son los nervios, tía Liz. Pensaba que podría casarme con

Cole... por el bien del bebé. De verdad que sí. Pero no puedo seguir adelante. Ni siquiera por el bebé.

— ¿Y es el bebé el verdadero motivo por el que aceptaste casarte? —los ojos castaños de su tía la miraron a través del espejo.

—Sabes que es el motivo por el que Cole insistió en que nos casáramos.

—Sé que es lo que ambos afirmáis. Pero no me has contestado, Regan. ¿Es el bebé el verdadero motivo por el que aceptaste casarte?

—No —reconoció ella—. Acepté casarme porque lo amo. Nunca he dejado de amarlo. Pero eso no significa que casarme con él sea lo correcto para ninguno de los dos. Es un error —su tía le acarició la cabeza.

—Estar enamorada del hombre cuyo hijo vas a tener me parece un buen motivo para casarte.

—No si él no me ama —protestó Regan.

— ¿Y estás segura de que no te ama?

Regan pensó en el contrato que había firmado y en la promesa que le había hecho a Cole de no revelarle ni siquiera a su tía que el matrimonio solo iba a ser temporal.

—Se casa conmigo por deber, no por amor. Para él es asumir sus responsabilidades.

—Lo sé —Cole era un buen hombre. Había aceptado la plena responsabilidad cuando Regan se quedó embarazada años atrás y no había vacilado en casarse y en buscar un segundo trabajo ante la realidad de que iba a tener que mantener a una esposa y a un bebé. Desde luego, ninguno de los dos había contado para que el padre de ella los separara, y ninguno de los dos había previsto que ella perdería el bebé—. Cole puede ser demasiado serio a veces, y creo que es demasiado reservado. Pero eso no significa que sus sentimientos no sean profundos. ¿Cómo crees que se va a sentir si sales y le dices que no vas a casarte con él?

Se sentiría igual que la última vez que lo abandonó. Enfadado, traicionado, dolido, avergonzado. Y la odiaría.

—Y conociendo las circunstancias de su propio nacimiento y la seriedad con que se toma sus responsabilidades, ¿cómo crees que va a sentirse cuando te niegues a casarte con él y le niegues a su hijo la misma legitimidad que siempre ha anhelado para sí mismo? ¿Puedes amarlo de verdad y hacerle eso?

Regan comprendió que no podía herirlo de esa manera. Pero, ¿cómo protegía su propio corazón?

Sonaron las primeras notas de la marcha nupcial y Liz la empujó

hacia la puerta.

—Que sigas adelante o no con la boda, depende de ti. Pero pocos conseguimos una segunda oportunidad, Regan. Cerciórate de que no desperdicias la tuya solo porque tienes miedo. ¿Y bien, querida? ¿Qué es lo que vas a hacer?

Recogió el ramo y enderezó los hombros.

—Voy a casarme.

Capítulo Siete

Sin fijarse en los invitados que ocupaban la docena aproximada de bancos, Cole clavó la vista en la parte de atrás de la capilla. Ni siquiera la marcha nupcial logró penetrar en la bruma de su cerebro, ya que toda su atención permanecía centrada en la puerta. Los músculos del cuello y de los hombros gritaban de tensión. Pero no se movió. Apenas respiró mientras esperaba, preguntándose si Regan iba a aparecer.

Hasta que no hizo acto de presencia en el centro del marco no se permitió creer que iba a continuar con la boda. Por primera vez en dos semanas, respiró a pleno pulmón, para soltar el aire en cuanto ella avanzó por el pasillo. Era una visión maravillosa enfundada en seda de color marfil.

Al avanzar con pasos lentos y medidos hacia él, Cole registró cada detalle de su aspecto... el brillo de las diminutas perlas cosidas al escote del vestido, el modo en que la tela le ceñía los pechos y la cintura antes de caer en capas finas que susurraban alrededor de sus tobillos. Se había recogido el pelo bajo un velo a juego con el vestido, pero varios mechones rubios habían escapado para enroscarse en torno a su rostro. Unos pendientes de diamantes y perlas parecidos a lágrimas colgaban de sus lóbulos. Lograba parecer frágil pero valiente e inocente al mismo tiempo.

Casi había llegado al final de pasillo antes de que Cole se diera cuenta de que el ramo temblaba un poco en sus manos. Alzó la vista. Salvo por el lápiz de labios rosa, el rostro apenas tenía más color que el vestido.

No supo por qué de repente bajó del altar para ofrecerle la mano, pero cuando lo hizo, ella la aceptó como si fuera un cabo salvavidas. Le devolvió la presión de los dedos y la ayudó a subir los escalones hasta quedar delante del ministro.

—Amados hermanos —comenzó este.

Cole se centró de inmediato en él. Descartó todo salvo a Regan y el hecho de que iba a convertirse en su mujer... otra vez. Perdido en sus pensamientos, ni siquiera se dio cuenta de que el ministro le hablaba hasta que Regan le apretó los dedos.

—Cole Thornton, ¿aceptas a Regan St. Claire como esposa, para amarla y respetarla, en la enfermedad y en la salud, en la riqueza y en la pobreza, hasta que la muerte os separe?

—Acepto.

—Y tú, Regan St. Claire, ¿aceptas a Cole Thomton como esposo,

para amarlo y respetarlo, en la enfermedad y en la salud, en la riqueza y en la pobreza, hasta que la muerte os separe?

—Acepto —repuso con voz suave pero firme.

Por el modo en que lo miró mientras pronunciaba las palabras, Cole casi pudo creer que las sentía. Por primera vez desde que se enteró de que esperaba a su hijo y había decidido que debían casarse por el bien de este, se permitió preguntarse cómo sería si Regan sintiera esas palabras, si de verdad lo amara. Con presteza se recordó que se casaba porque quería recuperar Exclusives... no por él.

Al sentir un contacto en el hombro, miró a Jack, quien le devolvió una expresión desconcertada y le entregó el anillo. Cole contempló la fina alianza de oro. Algo en su interior se retorció dolorosamente al verla. Era el anillo de boda de Regan. El mismo que le había puesto en el dedo doce años atrás. El mismo por el que había tenido que hacer turnos extra durante dos semanas para poder comprar. El mismo que recordaba haber tirado al cubo de la basura cuando ella se ofreció a devolvérselo después de poner fin a su matrimonio.

—Los anillos, por favor —el ministro carraspeó.

Cole depositó el anillo sobre la Biblia junto a otro más grande para que el hombre los bendijera.

—Por favor, repetid conmigo. Con este anillo yo te desposo...

—Con este anillo yo te desposo —dijo Cole al introducir el anillo en el dedo de Regan.

Después de que ella repitiera el ritual y el ministro los declarara marido y mujer, a Cole le dio vueltas la cabeza con preguntas sin respuesta. ¿Por qué Regan había recuperado el anillo que él había tirado? ¿Y por qué lo había guardado tantos años? ¿Era posible que de verdad lo amara? ¿Que aún lo amara?

Desterró los pensamientos con la misma celeridad con que surgieron. Si Regan lo hubiera amado, jamás habría escogido a su padre por encima de él.

—Y ahora os declaro marido y mujer. Puedes besar a la novia.

Inclinó la cabeza y rozó la boca de Regan. Los labios suaves cedieron bajo los suyos y todas las preguntas y dudas se desvanecieron. Cuando ella los entreabrió, el calor estalló dentro de Cole y la abrazó. El deseó surcó sus venas a la velocidad del rayo.

La mano de Jack en su hombro lo devolvió a la realidad. Alzó la cabeza y oyó la música de órgano que indicaba que era hora de salir.

— ¿Lista?

Regan hizo intención de hablar, pero solo asintió. Sonriendo ante la expresión aturdida de su cara, Cole condujo a la novia fuera de la iglesia en dirección a la limusina blanca que los esperaba junto a la acera. Mientras el coche arrancaba, bajó la vista a sus manos unidas. Volvió a preguntarse por qué había guardado el anillo. Pero las preguntas tendrían que esperar hasta después de la recepción que había aceptado que Liz celebrara en la mansión St. Claire. En ese momento lamentó haber cedido a esa petición. La fiesta aún no había comenzado y él ya estaba impaciente por que terminara.

Regan forzó una sonrisa para otra foto. Después de pasar las últimas dos horas posando y aceptando felicitaciones, le dolía la boca de sonreír y estaba loca por quitarse los zapatos y subir a darse un prolongado baño.

— ¿Crees que ya podemos escabullirnos? —susurró Cole.

Por primera vez desde que aceptó seguir adelante, se dio cuenta de que no había pensado en nada más allá de la ceremonia y la recepción. Solo entonces comprendió las plenas ramificaciones de su decisión. No era otra fiesta que celebraba, de la que podría despedirse de los invitados al terminar para luego irse a la cama. Era su noche de bodas. Y Cole era su marido.

— ¿Princesa?

— ¿Sí? —logró decir.

— ¿Estás lista para irte?

El corazón se le desbocó. Cole había cumplido su palabra y no la había molestado durante las últimas dos semanas. Lo que significaba que no habían hablado de cosas como dónde iban a dormir. Sabía que él la deseaba físicamente y, para ser sincera, ella también. La química sexual que había entre ambos era más fuerte que nunca. Pero, ¿cómo podía hacer el amor con él sabiendo que no la amaba? No podía. Contempló la escalera de caracol, pensó en su dormitorio y en la acogedora cama. E imaginó a Cole en ella.., desnudo, excitado y tentador.

—Princesa, ¿te encuentras bien?

—Hmm... —tragó saliva—. Sí. Pero lo siento. No me sentiría cómoda desapareciendo mientras aún tenemos tantos invitados. Sabría que todos pensarían que estábamos... que tú y yo... —suspiró —. No puedo.

—En realidad —él sonrió—, no pensaba que pasáramos la noche aquí. He hecho reservas en un hotel.

— ¿Por qué? Podemos quedarnos aquí. La casa es tan grande que no tendríamos que preocuparnos de tropezar el uno con el otro —él le pasó el dedo por la mandíbula y el contacto le provocó una descarga de calor por la piel.

—Estamos recién casados, ¿recuerdas? Aunque le hayamos contado a la gente que íbamos a retrasar la luna de miel, creo que parecería extraño si al menos no pasáramos la noche fuera. ¿No crees?

Tenía razón, desde luego. Pero la idea de una noche a solas con Cole en la habitación de un hotel la ponía nerviosa.

—Supongo. Me parece que no he pensado mucho en la situación más allá de la ceremonia.

—Entonces menos mal que yo sí lo hice —musitó—. Vámonos.

— ¡Espera! Tengo que preparar un bolso para la noche.

—Ya me he ocupado de ello. Le pedí a Maggie que te guardara algunas cosas —le tomó el brazo con gentileza—. Vamos. Busquemos a tu tía para despedirnos. Das la impresión de poder caerte en cualquier momento, y sé que te mueres por quitarte esos zapatos.

—Mis pies están bien —mintió, molesta porque pudiera analizarla con tanta facilidad—. Además, estos zapatos han costado una fortuna y pretendo amortizarlos.

—Confía en mí. Han valido hasta el último centavo que pagaste por ellos. Estás maravillosa.

—Hmm —sintió un hormigueo por la piel—, ahí está la tía Liz —susurró sin aliento, el cuerpo excitado—. Quizá sea mejor que hablemos con ella antes de que desaparezca en los jardines con el señor Peterson.

Después de despedirse y de irse, el cuerpo de Regan quedó dominado por el pánico. Calculó que disponía de diez, tal vez quince minutos como máximo antes de llegar al hotel. De modo que empezó a pensar en lo que le diría a Cole cuando estuvieran en la habitación… a saber, que no iban a compartir la cama. Ni siquiera para dormir. Se ofrecería a ocupar el sofá.

—Relájate, princesa. No voy a morderte —prometió—. A menos, desde luego, que tú lo desees.

Sus palabras le provocaron otra oleada de deseo. Empezaba a pensar que nunca más sabría lo que era estar relajada. Alzó la vista y vio que se hallaban en la interestatal, yendo en dirección contraria a la ciudad.

— ¿Adónde vamos? ¿No habías dicho que tenías reservada una habitación en un hotel?

—Y así es. Lo que no mencioné fue el hotel.

—Pero… Cole, creí dejar claro que ahora no podía tomarme ningún día libre. He de completar mucho trabajo…

—Lo entiendo. Y no iremos muy lejos. Mañana por la noche te llevaré de vuelta a casa, con tiempo más que suficiente para que puedas ir a trabajar el lunes. ¿Por qué no te quitas los zapatos, echas el asiento para atrás e intentas dormir un poco. Pareces extenuada.

Estaba agotada, tanto física como emocionalmente. Aceptó su sugerencia y reclinó la cabeza en la piel suave del asiento.

—Bueno, quizá cierre los ojos un poco —murmuró—. Pero solo unos minutos.

Regan podría haber jurado que apenas había cerrado los ojos unos minutos. Cuando los volvió a abrir, en vez de ver las luces de la carretera, percibió un cielo nocturno lleno de estrellas y luz de luna. En vez del zumbido del motor del coche, oyó el sonido del oleaje y sintió la atmósfera salada. Y en vez del olor del cuero, sus sentidos se hallaban rodeados por el aroma de Cole. Tenía los brazos alrededor de su cuello, la cabeza apoyada en su hombro y la transportaba por una larga extensión de arena.

— ¿Cole?

— ¿Hmm?

— ¿Dónde estamos? —preguntó, sin molestarse en alzar la cabeza o protestar por el modo en que la llevaba. No se sentía tan agotada como antes, pero experimentaba una serena paz que era renuente a abandonar.

—En la Costa del Golfo de México.

— ¿Por qué? —se puso tensa y levantó la cara para mirarlo a los ojos.

—Me pareció una buena idea. Las últimas semanas han sido estresantes. Pensé que a los dos nos vendría bien alejarnos, relajarnos y acostumbrarnos a la idea de estar juntos —se detuvo delante de una pequeña cabaña—. Hazme un favor. Hay una llave en el bolsillo interior de mi chaqueta. Sácala por mí.

Con rapidez la retiró, pero fue imposible no notar los músculos duros, la calidez de su piel a través de la camisa, su fragancia única.

—Puedes bajarme —pidió de pronto.

—No puedo. Como lo haga, te estropearás las medias.

Regan bajó la vista y se dio cuenta de que no llevaba zapatos. Más perturbador era el hecho de que la brisa le había subido la

falda del vestido para dejar al descubierto sus muslos, y por la expresión que tenía él, no cabía duda de que disfrutaba de la visión. Bajó la tela.

—Está bien. No me preocupan las medias. Puedes bajarme.

—Me temo que no. Es costumbre que el novio lleve en brazos a la novia al cruzar la puerta. ¿Quieres abrirla?

Apartó la vista y logró introducir la llave en la cerradura. Cuando la puerta se abrió, la llevó dentro y cerró con el pie. Reinaba la oscuridad, pero las cortinas estaban abiertas y permitían que por la ventana entraran los rayos de la luna. El rostro de Cole quedaba en sombras, pero era imposible confundir el ansia que brillaba en sus ojos.

—Ya puedes dejarme en el suelo —pidió aferraba a sus últimos vestigios de cordura.

Durante un momento pensó que él no le haría caso. Y que el cielo la ayudara, era lo que deseaba. Pero, lentamente, él bajó sus piernas. Cuando los pies tocaron el suelo y retrocedió un paso, los dedos de Cole se posaron en su espalda y la obligó a acercarse. Las manos de Regan se interponían entre los dos, pegadas a su torso. Los dedos que tenía en su cintura descendieron y se plantaron en su trasero, pegándola contra su erección.

—Princesa —susurró; inclinó la cabeza y se apoderó de su boca con unos labios tan duros como el resto de su cuerpo, ardientes y hambrientos. Cerró la mano en su cabello y los alfileres se diseminaron por el suelo.

Regan le rodeó el cuello con los brazos y respondió a sus exigencias con exigencias propias. Sintió llamas por todo su cuerpo. Lo deseaba. Lo amaba.

Cuando Cole alzó la cabeza, ambos respiraban con jadeos.

—Te deseo, princesa. Y tú a mí. Esto es algo que siempre funcionó entre nosotros. Siempre —exploró el arco de su cuello con la boca mientras subía una mano para coronarle un pecho. El pezón se irguió contra la palma—. Ven a la cama conmigo —susurró con intensidad.

Regan lo ansiaba. Lo deseaba con una ferocidad que la avergonzaba y asustaba. Y si hiciera el amor con él en ese momento, sabiendo que solo buscaba su cuerpo, ¿qué esperanzas tenía de sobrevivir en cuanto el matrimonio llegara a su fin? Fue la idea de perderlo otra vez lo que despejó sus sentidos.

—Lo siento, Cole. Ha sido un error. No tendría que haber dejado que las cosas fueran tan lejos. No puedo hacerlo.

—No hablas en serio, cariño —su cuerpo se tensó y ella sintió el

movimiento con todas las fibras de su ser.

—Sí. No pienso dormir contigo, Cole.

— ¿Por qué no comprobamos si puedo conseguir que cambies de parecer? —musitó con voz seductora mientras con el dedo pulgar le acariciaba el labio inferior.

— ¿Por eso me trajiste a la playa? ¿Para intentar seducirme? — preguntó, sorprendida de ser capaz de hilvanar las palabras cuando el cuerpo le palpitaba por el beso, el contacto.

— ¿Quieres que te seduzcan, princesa?

Con desgarradora sinceridad, ella reconoció que una pequeña parte de su ser deseaba ser seducida por Cole, mientras que el resto se mostraba humillado por dicho deseo.

—No —soltó y rezó para que no percibiera la mentira—. Y no te lo permitiré.

— ¿Es un desafío? —para sorpresa de ella, lo vio sonreír.

—No. La declaración de un hecho. No vas a seducirme, Cole — hizo una pausa, buscando cualquier cosa para que no reconociera lo vulnerable que era ante él—. ¿O tienes intención de forzarme?

La sonrisa murió en sus labios y la soltó de golpe. Regan trastabilló hacia atrás y a punto estuvo de caer. Sabía que jugaba con fuego y que era injusta. No temía a Cole, nunca le había tenido miedo. Al menos no físicamente.

—No te preocupes, princesa, ya puedes irte a la cama sin temer que vuelva a importunarte —espetó con una mueca—. Te doy mi palabra de que no te tocaré —dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta.

—Cole, espera. No pretendía...

La puerta se cerró con fuerza. Cuando al fin consiguió abrirla, corrió tras él para disculparse por el comentario improcedente. Pero Cole ya se había alejado, era una figura solitaria que marchaba con celeridad por la playa nocturna.

Cole avanzó por la arena sin importarle que la espuma del mar le manchara la ropa. No notó cuando la lluvia comenzó a caer, ni cuando un torrente helado chorreó por su cara y su cuerpo. Ni siquiera cuando los rayos hendieron el cielo ni el oleaje impulsado por el viento rompió contra sus tobillos. Sencillamente siguió adelante, intentando escapar del recuerdo de Regan, de esa expresión de miedo que había visto en sus ojos. Pero por encima de todo necesitaba huir de la acusación que le había arrojado... porque había estado muy próxima a la verdad. Había querido seducirla. La

deseaba hasta el punto del dolor.

Maldición, cada vez que la veía, o incluso cuando oía su voz, la anhelaba. Tiraba de su interior, hacía que quisiera sentir, creer en algo que había tenido la certeza de que estaba muerto. Y a pesar de todas sus negaciones, Regan lo deseaba tanto como él a ella. Qué Dios lo ayudara, porque esa noche, durante un momento, se había sentido tentado a emplear ese deseo contra ella, a soslayar sus protestas y hacerle el amor hasta que ambos hubieran quedado extenuados y saciados.

Incluso en ese momento quería regresar a la cabaña y entregarse a la química que había crepitado entre los dos durante semanas. Por eso continuó andando, agradeciendo la lluvia y el viento en la cara.

El tiempo y la distancia se tornaron borrosos. No supo cuánto llevaba andando ni lo mucho que se había alejado. Sencillamente, prosiguió la marcha. Se detuvo al llegar a unas rocas resbaladizas e imposibles de cruzar. Y entonces se dio cuenta de que las estrellas que brillaban en el cielo cuando llevó a Regan del coche a la cabaña se habían desvanecido, tragadas por la oscuridad. Los rayos surcaron el cielo, seguidos de truenos. La lluvia cayó como si hubieran abierto una presa. Se agachó, decidido a cobijarse contra un saliente rocoso. Clavó la vista en el agua y en las olas que rompían con violencia sobre la playa.

—Vaya noche de bodas —musitó. Pensar en la cama donde había planeado pasar la noche invocó imágenes de Regan. No quería pensar en ella. No quería imaginarla acurrucada en la cama, ni pensar en qué llevaba puesto ni recordar el aroma a madreselva de su piel suave. Disgustado, se quitó la chaqueta del esmoquin. Demasiado cansado par sentirse desdichado, cerró los ojos. Pero aún cuando el agotamiento lo reclamó, fue el rostro de Regan el que llenó sus sueños, sus ojos verdes los que lo miraron, su voz la que lo llamó.

Salió del sueño al oírla pronunciar su nombre.

— ¿Cole? ¿Cole, estás bien?

Abrió un ojo y lo cerró con rapidez debido al resplandor del sol. Con los párpados entornados, ladeó la cabeza para verla inclinada sobre él con expresión ansiosa. El pelo suelto, que enmarcaba su cara y caía por sus hombros más allá de los pechos, lo hizo pensar en seda dorada. Tragó saliva. Llevaba la camisa amarilla y azul con motivos florales anudada bajo los senos, revelando varios centímetros de piel suave entre la camisa y unos pantalones cortos

de un amarillo limón.

— ¿Estás bien?

Alzó la vista de los muslos para clavarla en su rostro. Tenía las cejas claras fruncidas y los ojos llenos de preocupación.

—Sí, estoy bien —musitó con la boca reseca. Al intentar erguirse, gimió al sentir que algo se le clavaba en la espalda.

— ¿Qué pasa? ¿Estás herido?

—No. Solo entumecido y rígido —giró los hombros y el cuello. Quiso pasarse una mano por la cara, pero al verla llena de arena decidió limpiárselas sobre los pantalones.

— ¿Seguro que estás bien?

—Aparte del hecho de que mataría por darme una ducha, cambiarme de ropa y comer algo, me encuentro bien —afirmó al incorporarse. Al menos todo lo bien que podía estarlo un hombre que había pasado su primera noche casado durmiendo en la playa... solo. Por otro lado, a Regan se la veía fresca como una rosa y demasiado tentadora para su serenidad mental—. ¿Qué haces aquí?

—Vine a buscarte.

Recogió la chaqueta del esmoquin y salió del refugio rocoso a la luz del sol. A pesar de la ligera brisa, sintió el pleno impacto del calor. También fue consciente de Regan a su espalda. Decidiendo que necesitaba un poco de distancia, recogió los zapatos y los calcetines que al parecer había arrojado sobre la arena durante la noche.

—Me preocupó que anoche no volvieras… en especial después de esa terrible tormenta. Llamé a la oficina del sheriff...

— ¿Qué? —giró en redondo.

—Llamé al sheriff. Intenté que enviara un equipo de búsqueda, pero como no habías salido en barco y el coche aún seguía en la cabaña, se negó.

—Menos mal. No tenías que preocuparte de que fuera a dejarte aquí. Habría vuelto a buscarte.

—No estaba preocupada por mí, sino por ti. Llevo buscándote desde el amanecer y he podido encontrarte gracias a que vi tus zapatos. Temía que te hubiera sucedido algo terrible.

Parecía tan sincera que casi le creyó. Diablos, quería creerla. Igual que quería creer que el hecho de haber guardado el anillo de boda significaba que lo amaba. Pero sabía que no era así. Eso solo aumentó su ira.

— ¿Lo temías, princesa? ¿O lo esperabas? —al ver su consternación maldijo—. Lo siento.

—Está bien. Supongo que me lo merecía después de mi conducta

de anoche.

—No, no es así —soltó, furioso consigo mismo por haberla herido. Tuvo ganas de tocarla, pero se contuvo. Se frotó la nuca—. El que esté de mal humor no justifica que me desahogue contigo. Fui cruel y no te lo merecías. Lo siento —al ir a darse la vuelta, ella le tocó el brazo.

—Yo también lo siento, Cole. Por lo que dije anoche. No hablaba en serio. Sé que jamás me forzarías a hacer algo que yo no quisiera.

—No estés tan segura, princesa —repuso con una mueca—. Hemos soltado chispas sexuales desde el momento en que entré en tu joyería. Anoche te deseaba mucho, y sabía que tú a mí también. Tanto como para que durante un momento pensara en ofrecernos a ambos lo que deseábamos.

—Durante un momento yo también te deseé —reconoció ella, apartando la mano—. Me crispé porque temía terminar haciendo el amor contigo.

— ¿Habría sido tan malo?

—Para mí, sí. No me tomo el sexo de forma casual, Cole.

—A pesar de lo que obviamente piensas, yo tampoco —replicó.

—No te juzgaba. Solo exponía que para mí el sexo debe ser algo más que un acto físico. También ha de tener su faceta emocional. De lo contrario, jamás podría mirarme al espejo.

— ¿Qué quieres dar a entender? ¿Que si maquillo las cosas y te digo que te amo, entonces no pasa nada si hacemos el amor? —sabía que era injusto, pero le molestaba querer ofrecerle esas palabras y temía que fueran en serio—. ¿Eso es lo que buscas? ¿Qué te diga que te amo para justificar el hecho de que nos deseamos?

—Lo que deseo es que superemos los próximos seis meses sin que ninguno haga algo que llegue a lamentar —afirmó con mirada fría y el mentón levantado.

—Me temo que se te ha agotado la suerte, princesa, porque ya es demasiado tarde para eso. Pero la buena noticia es que podrás volver a mirarte en el espejo, porque pretendo mantener la promesa que realicé anoche. Sin importar lo mucho que lo anhele, no va a suceder nada. Así que no te preocupes. Conmigo estás a salvo.

Capítulo Ocho

Aquella tarde, mientras Cole abandonaba la interestatal en Nueva Orleans para conducir el Mercedes por la Avenida St. Charles, Regan decidió que no necesariamente le gustaba sentirse a salvo. Por desgracia, él había tenido razón al afirmar que ya era demasiado tarde para lamentaciones. A pesar de llevar solo un día casada, ya albergaba muchos pesares, empezando por el modo en que había llevado las cosas la noche anterior y aquella mañana. También lamentaba dejar que sus inseguridades y sentimientos heridos la pusieran a la defensiva con Cole. Pero, por encima de todo, lamentaba no haberle dicho la verdad, que lo amaba. Que quería que su matrimonio fuera verdadero.

Y desde ese momento habían pasado el día juntos discutiendo sobre las docenas de cosas que incluían la unión de sus vidas hasta que naciera el bebé. Bien podrían haber estado separados por el mismo Golfo de México. Cole se había mantenido fiel a su palabra. No la tocó, ni siquiera de manera casual, mientras estipulaban cómo vivirían y dormirían. Desde el momento en que regresaron a la cabaña para que él se duchara y cambiara de ropa, no podía reprocharle nada. De hecho, se había mostrado amable, cortés y atento. Un perfecto caballero en todos los sentidos.

Y ella se había sentido absolutamente desdichada.

— ¿Seguro que no prefieres esperar hasta mañana para ver la casa? Si estás cansada, podemos esperar.

La pregunta de Cole la sacó de sus tristes pensamientos. Aún no podía creer que Cole fuera a vivir en Nueva Orleans. Saber que había comprado una casa allí hacía que, de algún modo, todo fuera más real y permanente.

—No me siento cansada y tengo ganas de verla.

Él giró por una calle lateral.

—No esperes demasiado. No se parece en nada a tu casa. Me refiero a que no es un museo. De hecho, todo lo contrario. Supongo que en comparación es más bien pequeña y corriente.

— ¿A ti te gusta?

—Sí.

Y comprendió por qué cuando él se detuvo delante de una casa maravillosa de tono azul claro con persianas blancas. Un porche de madera recorría la parte frontal, donde había unas mecedoras y muchas macetas con plantas. A ambos lados de la escalera había un jardín que parecía una alfombra verde moteada con flores de

colores. La valla blanca que rodeaba la propiedad se sumaba al encanto general. Cole tenía razón. El lugar no era grande como su mansión pero antes de entrar lo adoró. Y lo que era importante, reconoció la casa.

—Aparcaste justo en la acera de enfrente la noche que me pediste que me casara contigo —y entonces le prometió que algún día le iba a comprar un hogar como ese, donde podrían vivir con sus hijos.

— ¿Sí?

A Regan no le engañó su actitud indiferente. Cole lo recordaba igual que ella. La casa era importante para él, especial por algún motivo. El hecho de que hubiera comprado esa casa en particular y le pidiera que viviera allí con él, le llenó el corazón de esperanza.

—Créeme, Cole. Cuando un hombre pide en matrimonio a una mujer, ella no suele olvidar dónde tuvo lugar. ¿Por eso compraste esta casa... porque sabías que nos íbamos a casar otra vez y querías que viviéramos aquí?

—En realidad, la compré hace un año como inversión, cuando salió al mercado. Nunca antes se me presentó la oportunidad de pensar qué podía hacer con ella —repuso—. ¿Lista para entrar?

—Antes de que entremos —apoyó la mano en su brazo y sintió que se ponía tenso—, ¿quieres decirme por qué compraste esta en particular?

Él guardó silencio tanto rato, que Regan se resignó a no conocer la causa. Lo cual no era una sorpresa, ya que Cole se reservaba muchas cosas. Con la excepción de su pasión, poco había compartido con ella sobre sus sentimientos. Eso la entristeció.

—Mi madre solía trabajar aquí cuando yo era niño. Era una de las casas que limpiaba cada semana. Por ese entonces yo tendría unos cuatro o cinco años, pero recuerdo estar sentado en ese porche para esperarla a veces —explicó—. Pensaba que era la casa más bonita del mundo y me prometí que algún día, cuando creciera, sería dueño de un lugar igual. Y que tendría una familia como la que vivía en ella.

—Háblame de la familia que vivía aquí. ¿Cómo era?

—Feliz. Siempre reían, se abrazaban y se divertían juntos. Imagino que se parecía a las familias sobre las que lees en los cuentos. Solía disfrutar mirándola.

—Cuéntame algunas de las cosas que recuerdas.

—Recuerdo una tarde que esperaba a mi madre sentado en el porche. Era invierno, más o menos una semana antes de navidad, y me sentía muy contento porque ella me había prometido que

iríamos a ver a Papá NoeI cuando terminara de trabajar. Entre la excitación y el frío, me resultaba imposible quedarme quieto. Así que pegué la cara a la ventana para mirar dentro. Aquel día ardía un fuego en la chimenea, y para mantenerme templado fingí que podía sentir el calor del fuego.

— ¿Funcionó?

—No lo sé. Me olvidé del frío en cuanto vi el árbol de navidad que estaban decorando. Era el más grande y hermoso que jamás había visto.

—Descríbemelo —pidió despacio, deseando entender más al hombre complejo al que amaba.

—Era enorme. Creo que un abeto. Alto de verdad, casi hasta el techo. Y muy ancho, con ramas gruesas y verdes. Me parecía que tenía mil luces, y más adornos de los que podía contar.

— ¿Tenía un ángel en la parte más alta?

—No. Una estrella —sonrió—. Una estrella grande y brillante de plata. El hombre que vivía aquí tenía un hijo que rondaría aproximadamente mi edad. Lo alzó en brazos y dejó que pusiera la estrella en lo más alto. Recuerdo observarlos y desear ser aquel niño.

Regan sintió que en aquel momento se le partía el corazón. Sintió una gran tristeza por el niño solitario que había sido, y por el hombre solitario que era. Anheló decirle que ya no estaba solo, que la tenía a su lado. Pero guardó silencio.

—Muy sentimental, ¿verdad? —bromeó él, como avergonzado por lo que había revelado—. Pero imagino que con cinco años me impresionó el lugar y toda la escena navideña. Incluso aquel año le pedí a Papá Noel que me trajera un papá y una casa como esa —rió, pero en el sonido no había nada de júbilo—. Claro está que cuando el bueno de Papá NoeI no apareció, me enfadé hasta que mi madre me sentó a su lado y me explicó cómo funcionaba todo. Que Papá Noel no existía, que solo era un mito.

Regan contuvo un sollozo mientras las lágrimas corrían por sus mejillas. Hasta ese momento no había imaginado que no era el estigma de la ilegitimidad lo que acosaba a Cole, sino la soledad y la sensación de no pertenecer a ninguna parte, siempre sintiéndose un extraño. ¿Por qué no lo había visto antes? Incluso durante la recepción la tía Liz le había contado que la madre y el padrastro de Cole habían llamado para disculparse de no poder asistir por tener otro compromiso con sus hijos. Una vez más, era él quien resultaba descartado.

Y también se preguntó qué había hecho ella. Todos aquellos

años atrás cuando puso fin a su matrimonio y le mintió, diciéndole que no lo amaba con el fin de protegerlo, solo había reforzado el mensaje de que no pertenecía a ningún lugar. Se sintió culpable por su falta de perspicacia. Las lágrimas cayeron con absoluta libertad. No podía dar marcha atrás y deshacer los errores cometidos, pero quizá no fuera demasiado tarde para compensarlos. Ese matrimonio y el bebé que esperaban podían representar una segunda oportunidad para demostrarle que no estaba solo. Que lo amaba, que el bebé y ella eran en ese momento su familia.

—Basta de historia pasada —Cole meneó la cabeza como si desterrara las imágenes—. Si estás lista, lo mejor será que entremos... —la miró alarmado—. Princesa, ¿qué sucede?

—Nada —se limpió las lágrimas de la cara.

—Entonces, ¿por qué lloras?

Regan aceptó el pañuelo que le ofreció y se secó los ojos.

—Deben ser mis hormonas. Te lo advertí. Estos días lloro por las cosas más tontas.

La observó con escepticismo, como si no estuviera seguro de si tenía que creerla.

—Te llevaré a casa. Podemos echarle un vistazo a la casa mañana. Sabía que esto era demasiado para ti. Necesitas descansar.

—No estoy cansada, Cole —le detuvo la mano cuando fue a arrancar el coche—. Te lo juro. Son solo mis hormonas. Es uno de los inconvenientes de estar embarazada. Y ahora, vamos, muéstrame la casa, como prometiste. Por favor —susurró al verlo titubear—. Parece tan hermosa desde fuera.

—De acuerdo. Supongo que podemos hacer un recorrido rápido.

Tardaron poco, ya que la casa no era enorme, aunque sí bastante grande para una familia. Tenía dos plantas y cuatro dormitorios amplios, una cocina espaciosa, comedor, salón, sala de estar, estudio, biblioteca y tres cuartos de baño, e irradiaba un aire acogedor.

— ¿Qué te parece? —preguntó él cuando bajaron a la sala de estar.

—Creo que es preciosa —con unos toques personales, podrían convertirla en un hogar cálido—. Es perfecta para una familia, Cole. Comprendo por qué la compraste.

—Ya te lo dije, la compré como inversión.

—Hmm —sabía que la había adquirido porque anhelaba un hogar. Ese conocimiento le brindó la esperanza que necesitaba para hacerle creer que tenían una oportunidad, que podían conseguir que su matrimonio funcionara, que sería capaz de ganarse la confianza

de Cole, quizá incluso su amor—. ¿Cuándo nos trasladamos aquí?

— ¿Seguro que no te importará vivir aquí? Sé que sería mucho más lógico que yo me fuera a tu casa, pero esa idea no me produce comodidad... aunque solo sea por seis meses.

Regan sintió un nudo en el estómago cuando le recordó el poco tiempo de que disponían para conseguir que las cosas salieran bien entre ellos.

—Te he dicho que lo entiendo, y no representa ningún problema trasladarme aquí.

—Lo sé, y te lo agradezco —una vez más miró en torno a la habitación.

— ¿Pero?

—Pero supongo que me siento culpable por pedírtelo. Después de todo, no es exactamente el tipo de casa a la que estás acostumbrada.

— ¿Y eso qué se supone que significa?

—Quiero decir que este lugar no está a la altura de la mansión en la que vives.

— ¿Se te ha ocurrido alguna vez que quizá me gustaría vivir en una casa normal, para variar?

—En realidad, no —admitió Cole.

—Imagino que no me conoces tan bien como crees.

—Puede que no —esbozó una leve sonrisa—. Además, no vas a abandonar tu casa de forma permanente.

—Cierto —convino, pero en el fondo de su corazón esperaba que sí. Quería un hogar nuevo, una vida nueva con Cole y su bebé.

—De acuerdo. Pero lo único que tienes que hacer es decirme si hay algo que no te gusta, y lo cambiaré. Para mí es importante que te sientas cómoda aquí. Y también el bebé. Me refiero más adelante. Ya sabes, siempre que él o ella venga aquí, quiero que se sienta como en casa.

—No te preocupes, tu bebé y yo estaremos a gusto.

— ¿Cómo puedes estar tan segura? —preguntó, sorprendido por su respuesta—. Si no hay prácticamente ningún mueble, y ni siquiera llevas aquí veinte minutos.

—Pero estoy segura. No es la casa ni los muebles lo que la convierten en un hogar, Cole. Es la gente que vive en ella. Tu bebé será feliz y se sentirá en casa porque es aquí donde estarás tú —«y yo», añadió en silencio.

—Haces que parezca tan sencillo.

—Porque lo es.

Tres semanas más tarde, Cole llegó a la conclusión de que no había nada sencillo en la idea de compartir una casa con Regan. De hecho, parecía tornarse más complicado por momentos. Las noches que había pasado en la mansión de ella no habían sido fáciles, pero estaba decidido a que nadie supiera que su matrimonio no era real, por el bien de ellos y del bebé. Había sido demasiado consciente de que Regan dormía bajo el mismo techo como para poder descansar. Y como los muebles que había elegido ya habían sido entregados, no podía evitar especular con la dificultad que representaría vivir en una casa más pequeña con ella.

Peor que la tentación de tenerla tan cerca era darse cuenta de que cada vez la llevaba más dentro. No solo sexualmente. Regan le hacía sentir y querer cosas. Se ocupó de los muebles de la casa con tanto entusiasmo que estuvo a punto de creer que eran una pareja normal que preparaba su casa para emprender una vida juntos.

Con una caja al hombro, empujó las puertas de la cocina.., y estuvo a punto de darle un ataque al ver a Regan de pie sobre la banqueta que había en el centro de la habitación, tratando de colgar una olla en el colgador superior. Dejó caer la caja al suelo.

— ¿Qué diablos crees que estás haciendo? —ella se sobresaltó y comenzó a tambalearse. Cole corrió a su lado para sujetarla—. Ya te tengo —dijo, dominado por el pánico al cerrar los brazos en torno a sus piernas y bajarla al suelo.

—Cole, estoy bien.

No la soltó y esperó hasta que la sangre dejó de atronarle en los oídos, que el corazón dejara de martillearle. Al final se relajó un poco y se apartó para verle la cara.

—Pensé que te ibas a caer —confesó.

—Lamento haberte asustado. Pero solo colgaba los utensilios de cobre sobre la cocina. Y tenía cuidado, de verdad. Te juro que jamás haría algo que pusiera en peligro al bebé.

«¿El bebé?» Ni siquiera había pensado en el bebé. Su preocupación se centró en Regan; le había aterrado que pudiera caerse y romperse el cuello.

—Pero gracias por rescatarme —apoyó la palma de la mano en su mejilla.

Una vez que se calmó su corazón, fue consciente del contacto de los dedos en su piel, del olor a madreselva de su cabello, de la sensación del cuerpo de Regan pegado al suyo. Y el pulso volvió a acelerársele por el deseo.

Como si ella percibiera el cambio, alzó la vista para mirarlo. Se

le nublaron los ojos y arqueó el cuello hasta dejar la boca bajo la de Cole. Él quiso besarla, probarla, saborear su dulzura, perderse en su fuego. Y por eso mismo se obligó a soltarla. Dio un paso atrás y respiró hondo.

—Creo que sería una buena idea que no volvieras a subirte a ninguna superficie. Si quieres colgar algo, házmelo saber —ella asintió—. Creo que será mejor que termine de descargar el resto de las cajas. Luego quizá deberíamos duchamos e irnos a cenar.

— ¿No podríamos comer aquí?

Lo último que necesitaba Cole era pasar el resto de la velada a solas con ella. Al menos en un restaurante habría otras personas para distraerlo.

— ¿No quieres salir?

—No. Preferiría preparar algo aquí. Si estás dispuesto a arriesgarte con mis habilidades culinarias.

—Te diré lo que haremos, cenaremos aquí, pero yo cocinaré.

Preparó un pollo al horno, con patatas y espinacas frescas. De postre tomaron helado de chocolate en la sala de estar.

«Asombroso», pensó Cole, reclinándose en el sofá para mirar alrededor. Ya había una atmósfera de calidez. Observó a Regan... parecía satisfecha, feliz.

—Oh —gimió ella—. Creo que esa última ración de helado ha sido demasiado.

—Princesa, te has comido un bote entero de helado. No me quejo, desde luego, ya que prácticamente no pesas nada.

—Como por dos —le recordó con una risita—. Y para que sepas, he engordado tres kilos desde que me quedé embarazada.

— ¿Dónde? Estás de cuatro meses y aún no se te nota nada.

—Eso es lo que tú crees. Mira —alzó el bajo de la camisa y señaló la leve protuberancia que tenía en el vientre.

Pero Cole no clavó la vista ahí, sino justo encima de la cintura de los pantalones desabrochados. La piel era tan pálida, cremosa y suave que le costó mantener a raya sus propias hormonas.

—Como puedes ver —continuó Regan, después de bajarse otra vez la camisa—, ni siquiera puedo abotonarme los pantalones ni las faldas estos días. Dentro de poco seré como una vaca.

—Pero una vaca hermosa —murmuró él, más para sí mismo.

—Gracias —le sonrió y el estómago de Cole se contrajo—. Lo recordaré cuando apenas pueda caminar —suspiró—. Y hablando de pesadez, estoy tan llena, que quizá tengas que llevarme a la cama.

En cuanto ella pronunció esas palabras, Cole sintió que el cuerpo respondía a la sugerencia. Por el rubor que invadió las mejillas de

Regan, ella también se dio cuenta de lo que acababa de decir. La tentación de alzarla en brazos y llevarla arriba para hacerle el amor fue tan fuerte, que prefirió recoger los cuencos de los helados para no ceder.

—Hablando de la cama, trasladé tus cosas al dormitorio principal —informó él.

—Oh —se levantó—. ¿Y dónde… dónde vas a dormir tú?

—He elegido el dormitorio del otro extremo del pasillo. Pensé que la habitación adyacente a la tuya sería ideal para un cuarto de juegos.

—Tienes razón. Puedo ayudarte a decorarla —se puso a recoger las servilletas.

—Déjalo, yo me encargaré de todo —indicó Cole—. ¿Por qué no subes y te arreglas para ir a dormir?

—Pero tú has cocinado. Al menos debería ayudarte con los platos.

—Solo tardaré unos minutos. Además, el lavavajillas se ocupa de casi todo. Ve. Necesitas descansar.

—De acuerdo —vaciló un momento, luego se acercó y le dio un beso fugaz en los labios—. Gracias otra vez por la cena. Estaba deliciosa. Buenas noches.

—Buenas noches —respondió mientras la miraba ir hacia las escaleras. Se pasó la lengua por los labios, probó chocolate y experimentó otro hormigueo en la parte inferior del cuerpo. Suspiró y se dirigió a la cocina, resignado al hecho de que iba a ser otra noche larga.

Mientras se recogía el pelo con una cinta azul y blanca, Regan reconoció que había sido otra noche larga. Después de más de un mes de no parar de moverse en la cama grande mientras Cole estaba en la habitación del extremo del pasillo, empezaba a llegar a su límite.

Solo le quedaba una opción... seducirlo. Se miró en el espejo. Los pantalones blancos que lucía aún revelaban unas piernas rectas y largas. La blusa de color azul tapaba el vientre bajo el cual el bebé parecía crecer con cada día que pasaba. Decidió que no era exactamente una mujer fatal, pero con un poco de maquillaje, unos zapatos un poco más altos y la ayuda de luces tenues, podría bastar.

«Tiene que bastar», se dijo diez minutos más tarde mientras bajaba a la cocina para desayunar con Cole.

—Buenos días —saludó, acercándose por detrás a su silla y

rodeándole el cuello con los brazos. Sintió que se ponía tenso antes de girar la cabeza.

—Buenos días.

Decidida a aprovecharse de la situación y a poner en práctica su habilidad para seducir, le dio un beso en la boca. Él titubeó unos segundos, luego relajó los labios y le devolvió la presión antes de apartarse. Pero en ese breve beso, Regan no solo había probado el sabor de café que permanecía en sus labios, sino algo más oscuro y hambriento que emanaba de su interior. Era el ánimo que necesitaba para seguir con su plan.

— ¿Qué te espera para hoy? —preguntó, sentándose junto a él.

Cole dejó el periódico y la observó con cautela.

—Un día bastante completo. Tengo que repasar algunos contratos y unos informes financieros sobre un hotel que quiero comprar en Texas. También tengo una reunión con mi agente de bolsa y dos banqueros. ¿Por qué? ¿Hay algo que necesites que haga?

—No, en realidad, no. Pero me dijiste que te avisara cuando tuviera la siguiente cita con el médico. Es hoy a las cuatro de la tarde. No sabía si aún querías acompañarme.

—Desde luego —repuso con expresión seria—. Tendré que cambiar algunas citas. ¿Te recojo aquí o estarás en la joyería?

Francamente, no necesitaba que la recogiera, ya que los mareos habían pasado después del primer trimestre. Sin embargo, quería la oportunidad de estar con él. Por eso había solicitado hora adrede por la tarde, para que Cole no tuviera que regresar a su despacho a trabajar hasta la hora de la cena, evitándola como había hecho durante la última semana.

— ¿Por qué no pasas a buscarme aquí? Luego quizá podríamos pasar por ese restaurante chino para traer la cena.

—De acuerdo.

Pero Regan no había contado con que vomitaría cuando trazó los planes para seducir a su marido. Gimió y Cole volvió a refrescarle la frente con un trapo frío y mojado.

—He puesto a hacer un poco de té. ¿Seguro que no quieres que llame a la doctora Lily o a la tía Liz?

—Sí. Sabía que no tendría que haber comido esa última galletita de la fortuna.

—Si tú lo dices —murmuró con una sonrisa. Le acarició la mejilla con los nudillos. La ternura en sus ojos, en su contacto al

sentarse en el sofá junto al cuerpo tendido de Regan, hizo que a ella se le inflamara el corazón—. ¿Te sientes mejor?

—Sí —susurró, reacia a que dejara de acariciarla—. ¿De verdad que no te importó que hoy no averiguáramos el sexo del bebé?

—No —le apartó un mechón de pelo—. En absoluto.

—Me alegro. Creo que me gusta la idea de no saberlo hasta que llegue el momento.

—Tenga el sexo que tenga, va a ser tan hermoso como su madre. Lo lleva en los genes.

—Gracias —replicó llena de ternura por sus palabras.

—No hace falta que me lo agradezcas. Es la verdad. Eres hermosa, princesa, incluso más ahora que estás embarazada.

De pronto fue como si un viento fuerte hubiera irrumpido en la habitación. La atmósfera ligera y bromista se desvaneció, sustituida por un torbellino de calor que hirvió entre ambos. Regan pasó las manos por los hombros de Cole. Él se puso tenso, pero guardó silencio mientras sus ojos se clavaban en los de ella. Ansiosa por sentir su boca, el peso de su cuerpo contra el suyo, Regan cedió al palpitante deseo y alzó los dedos para pasarlos por su pelo. Lo acercó.

Cole se resistió durante un segundo, luego emitió una especie de gemido y protesta, se inclinó y le tomó la boca. No hubo nada gentil, relajado o dulce en el beso. Fue ardiente, duro y exigente... corno él mismo.

Regan supo que ya era demasiado tarde para dar marcha atrás, aunque lo hubiera deseado. Cole era su dueño, en corazón, cuerpo y alma. Y si no podía reclamar su corazón, al menos por esa noche se conformaría con su pasión. Le acarició los hombros, la espalda, los glúteos. Alzó las caderas para pegarlas contra su erección.

—Regan —jadeó, separando la boca.

Cuando ella se ocupó de la hebilla de su cinturón, le aferró las muñecas, las alzó por encima de su cabeza con una mano y empleó la otra para realizar alguna exploración. Y cómo exploró.

Al deslizar la palma por su caja torácica, Regan contuvo el aliento y soltó un gemido en el momento en que subió la mano y la cerró sobre un pecho. Soltó el cierre frontal del sujetador con la velocidad de un hombre que dominaba la lencería de las mujeres. Ella se dedicó a sentir mientras la modelaba y la acariciaba. En el momento en que capturó un pezón entre los dientes, la oleada de calor se concentró en su vientre.

—Cole —gritó su nombre y arqueó la espalda.

Pero la boca de él ya había pasado al otro pecho para someterlo

a la tortura exquisita de mordisquear la cumbre sensible y lamerla con la lengua. Justo cuando Regan creía que iba a morir de placer, él bajó los dedos por su vientre. Le soltó los pantalones y se posó en su núcleo más secreto. Regan alzó las caderas, se pegó contra el canto de su mano y cuando él introdujo los dedos, sintió que se fragmentaba.

Capítulo Nueve

— ¡Cole!

—Está bien, cariño —murmuró mientras la acariciaba, la animaba, la llevaba a una cumbre y luego a otra. Las uñas de ella se clavaron en sus hombros y supo que le había hecho sangre. De algún modo la idea de que Regan lo marcara con su pasión aumentó su deseo.

—Oh, Cole, yo... yo...

Algo completamente primario e inherentemente masculino disfrutó al oírla sollozar su nombre mientras temblaba y alcanzaba el clímax en sus brazos. El triunfo penetró en él al saber que era su nombre el que gritaba, que eran sus manos y su boca las que le daban placer, su semilla la que crecía en su vientre. Había sido suya desde la primera noche en que le ofreció su inocencia, y en ese momento volvía a serlo. Anhelaba reclamarla tal como la había reclamado la primera vez que penetró en su dulce calor. Pero se contuvo, temeroso de ceder a esa necesidad y de lastimarla a ella o al bebé.

— ¡Regan, no!

Los dedos de ella le desabrocharon el cinturón y se debatieron con la cremallera de los pantalones.

—Sí —insistió mientras lo liberaba. Despacio acarició su dura extensión, hasta que él creyó que iba a enloquecer.

—No es una buena idea.

—No me importa —afirmó mientras cerraba la mano en torno a su excitación.

Cole gimió y de pronto fue él quien temblaba. Era él quien estaba a punto de deshacerse.

—Regan, espera —jadeó al sentir cómo ella lo acercaba al punto de no retorno.

—No quiero esperar. Te deseo.

Le aferró la muñeca e inmovilizó sus dedos impacientes antes de que lo empujara al precipicio donde ya no mantenía el control sobre su mente o su cuerpo. Tembló por el esfuerzo que necesitó para controlar sus instintos de poseerla tal como exigía su ser. Se quedó sin aire en los pulmones y se afanó por respirar.

—Princesa —suplicó cuando ella intentó tornarlo otra vez—. Debes darme un minuto. Te deseo demasiado locamente ahora. Seré demasiado brusco, te tomaré con demasiada fuerza y rapidez. Podría lastimarte... o al bebé.

—No me lastimarás, Cole, y el bebé estará bien —entonces le sonrió con expresión de pura feminidad— Además, quizá quiera que seas brusco —ronroneó con voz ronca. Se soltó la mano y le abrió la camisa de golpe. Sin perder esa sonrisa de sirena, lo miró con ojos que irradiaban pecado y plantó las palmas de las manos en su torso desnudo—. Y quizá te quiera duro y rápido.

Algo depredador en él cobró vida. Con el pulgar le quitó los pantalones y las braguitas, dejándola expuesta a su escrutinio. Aunque intentó controlarse, el animal que había en él tomó el poder. Se apoderó de su boca y rugió cuando ella ofreció su propia exigencia primitiva. El sabor de su propia sangre encendió sus venas. Liberó la boca y, jadeando, metió la rodilla entre sus muslos, sintió su humedad, el calor que palpitaba contra su pierna.

—No quiero lastimarte —gruñó en advertencia.

—No lo harás. Te deseo, Cole. Rápido y duro. Lento y dulce. De cualquier manera, como pueda tenerte.

El deseo lo desgarró a una velocidad asombrosa al oír sus palabras; intentó frenar su fiera necesidad.

—Quiero tomarte despacio, con dulzura. Pero no sé si podré, princesa. Ni siquiera sé si soy capaz de ello.

—Entonces te ayudaré —prometió ella, dándole besos tiernos en la boca, la barbilla, el pecho—. Yo te enseñaré —susurró al bajar la mano al vientre y cerrar los dedos en torno a él. Se abrió a Cole y lo guió hacia su húmedo calor. Alzó las caderas para que la penetrara más.

Regan mantuvo su promesa. Le mostró cómo ir despacio y ser dulce. Hasta que cada beso, cada movimiento de su lengua, cada caricia de sus dedos lo acercaron más y más al abismo. Cuando él ya no pudo esperar, entró con toda su extensión y comenzó a moverse dentro de ella despacio y con suavidad, luego con rapidez y dureza. Le aferró las nalgas y luchó por controlarse. Luego Regan le rodeó la cintura con los muslos y arqueó la espalda.

Apresó un pezón con los dientes. El jadeo de placer que emitió ella aumentó el fuego de Cole. Regan cerró los dedos en su pelo y arrastró la boca a su otro pecho. Cuando él la oyó gritar su nombre una vez más, cuando sintió sus músculos femeninos contraerse en torno a su virilidad con la fuerza de su liberación, Cole no fue capaz de esperar más. La penetró una última vez y la siguió con su propia explosión.

Fue la explosión de sonido de la tetera lo que al final penetró en

la conciencia de Cole. Con los cuerpos aún unidos, era reacio a moverse. Pero ante la persistencia del pitido, se apartó de Regan. Ella murmuró una protesta y él le tomó el dedo y lo besó con suavidad.

—Vuelvo en seguida.

— ¿Lo prometes? —preguntó somnolienta.

—Lo prometo

Verla allí desnuda lo excitó otra vez. La tapó con la manta de seda que recubría el respaldo del sofá. Después de darle un beso en la frente, recogió los pantalones y se dirigió a ocuparse de la tetera.

Momentos más tarde, en la cocina silenciosa, reaccionó ante lo que acababa de suceder entre ellos y comenzó a asimilar las consecuencias. Mientras vertía agua caliente en la taza con la bolsita de té, la mano le tembló. Estaba preocupado. Hacer el amor con Regan había sacudido el firme control con el que siempre había conseguido mantener sus emociones.

Había creído que podría resistirse a ella, que podría darle placer y no tomarlo. Pero la respuesta apasionada de Regan lo había desconcertado, había abierto las otras puertas que durante años mantuvo cerradas. Se pasó una mano por la cara y se recriminó su estupidez. Tendría que haberlo imaginado, haber reconocido su propia vulnerabilidad con ella. ¿Cómo pudo ser tan ciego?

Ni siquiera después de la desastrosa noche de bodas, cuando descubrió que no podría involucrarse físicamente con Regan sin arriesgarse a caer emocionalmente, había reconocido el juego peligroso que había puesto en marcha. A pesar de su decisión de no buscar una relación sexual, no había dejado de desearla. Se había dicho que podría vivir con ella hasta que llegara el bebé y se divorciaran. Pero eso fue antes de esa noche, antes de que sus planes se vinieran abajo.

Apoyó las manos en la encimera y se preguntó por qué no se había dado cuenta de que no solo deseaba a Regan, sino que la necesitaba.

No quería necesitarla. No quería anhelar su calidez, su suavidad, su pasión. Pero la necesitaba. Y no quería dejarla marchar. Sin embargo, ¿qué elección le quedaba? Ella nunca había sido suya.

Además, la había obligado a un matrimonio que ella no quería, del que había prometido liberarla en cuanto naciera el bebé. El honor exigía que cumpliera la promesa sin importar cuál pudiera ser su deseo personal.

Mientras regresaba a la sala de estar con el té, llegó a la conclusión de que a veces el honor apestaba. Dejó la taza en la

mesita y se acercó al sofá donde ella dormía. La manta en ese momento solo cubría una parte de su cuerpo, dejando los pechos, una cadera y una pierna larga al descubierto. Le recordó a una diosa pagana. Tenía los ojos cerrados y las pestañas reposaban como sombras alargadas sobre su piel pálida. Clavó la vista en los pechos. Eran de una blancura lechosa, la piel tan delicada que podía ver tenues venas azules debajo de su superficie.

Contuvo el aliento y se acercó a la ventana para contemplar la noche. Insistió en que tendría que haber controlado su pasión, haber tenido más cuidado.

Se frotó los ojos. No cabía duda de que ser amantes otra vez complicaría más las cosas y haría que su separación fuera más dura. Pero ya no había marcha atrás. Ni tampoco podían avanzar, porque no tenían ningún futuro.

— ¿Cole?

Se volvió al oír su voz y el cuerpo reaccionó en el acto al verla sostener la manta de seda contra los pechos, con las mejillas acaloradas, el pelo revuelto.

—Estoy aquí —musitó.

—Debí quedarme dormida.

—Sí —bromeó, empapándose con su imagen, deseándola otra vez.

—Ahora estoy despierta. Y no tengo sueño —susurró con una voz ronca que hizo que Cole volviera a ponerse duro.

—Te he hecho un té —indicó, decidido a no sucumbir a sus necesidades egoístas. Se acercó a ella—. Si tienes hambre, puedo prepararte algo.

—En realidad, estoy hambrienta —esbozó esa sonrisa de sirena —, pero no de comida.

— ¿De verdad? —el pulso se le aceleró y las buenas intenciones se fueron al garete.

—De verdad.

—Entonces tendré que ver qué puedo hacer para satisfacer ese apetito —la tomó en brazos y fue al dormitorio.

«De momento, basta con que Cole me desee», se recordó Regan, repitiendo la letanía empleada durante los dos últimos meses.., desde la noche en que se convirtieron en amantes. Escuchó el sonido de la ducha en el cuarto de baño, lo imaginó desnudo y mojado. Después de pasar casi una semana fuera de la ciudad, Cole había estado tan hambriento de ella como ella de él. De pronto

frunció el ceño, porque así como no había duda de que Cole la había echado en falta en su cama, no había mencionado nada sobre echarla de menos a ella.

Pero ella tampoco. Sin embargo, la noche anterior había tenido que contenerse para no manifestarle que lo amaba. Y cada día que pasaba se hacía más difícil reservárselo. O creer que él no tardaría en darse cuenta de que también la amaba.

Pensó en lo mucho que Cole había cambiado desde la noche que hicieron el amor en el sofá. Ya no trabajaba casi nunca hasta tarde y a menudo la sorprendía apareciendo en la joyería para un almuerzo improvisado, o secuestrarla para ir de picnic o llevarla a una excursión a alguna tienda nueva para niños. Incluso en las cosas habituales que hacían juntos, como cocinar, ver una película o pelearse por el nombre que le pondrían al bebé, él parecía diferente. Conseguía que se sintiera especial. Y por la noche.., por la noche le hacía el amor con una habilidad y generosidad que la abrumaban. Sencillamente la hacía sentirse completa y feliz.

Y habría jurado que también ella lo hacía sentirse feliz. Reía más, parecía más relajado y jamás le dejaba dudas de que la deseaba y la encontraba atractiva.., a pesar de las redondeces de su cuerpo. A veces, cuando yacía por la noche en sus brazos, con el cuerpo ahíto de hacer el amor y rodeada por su fragancia, casi era capaz de creer que formaban una pareja casada normal, enamorada y ansiosa por que naciera su primogénito.

Pero otras veces se veía obligada a reconocer que no eran como otras parejas. Oyó que la ducha se cerraba y sintió una patadita del bebé. Apoyó una mano en el vientre. Otras parejas no contaban con un reloj sobre su matrimonio, que se agotaría en tres meses.

La puerta del cuarto de baño se abrió los pensamientos deprimentes que experimentaba se desvanecieron al mirar a Cole. Estaba desnudo, salvo por la toalla en torno a la cintura. Cielos, era un hombre hermoso. Como si percibiera que ella lo observaba, giró la cabeza en su dirección.

—No quería despertarte —musitó con voz amable.

—No lo has hecho —aseveró—. Solo disfrutaba del paisaje.

— ¿Sí?

—Hmm.

—Entonces quizá prefieras una vista mejor —se quitó la toalla y la dejó caer al suelo, yendo hacia la cama.

A Regan se le resecó la boca al verlo aproximarse, todo músculo y fibra. Y excitación varonil. El deseo le atravesó el vientre al percibir su sonrisa y el brillo hambriento que iluminó sus ojos.

—Impresionante —susurró, decidida a no retirarse del juego sensual que practicaban.

—Me alegro que te lo parezca.

Tomó la sábana que la cubría y despacio, muy despacio, como si desenvolviera un regalo, se la quitó hasta dejarla desnuda. A pesar de lo feliz que se sentía de estar embarazada, en ese momento un destello de vanidad femenina hizo que deseara ser hermosa, esbelta y sexy para Cole. Consciente de su vientre prominente y del ensanchamiento de la cintura, empleó las manos para ocultar a sus ojos su figura hinchada.

—No —pidió con voz ronca—. Me gusta mirarte.

—Me parezco a una ballena encallada.

—Se te ve hermosa... sexy... y muy apetecible. Por favor, no te escondas de mí. Deja que te mire.

Regan titubeó un momento, luego bajó las manos. Aunque la habitación estaba fresca, de pronto se sintió acalorada, ardiente. La piel le hormigueó allí donde él posó la vista. Cuando Cole se puso a horcajadas sobre sus caderas, el deseo le abrasó las venas.

Con el sexo duro y encendido apoyado contra su vientre, apretó la piel sensible en torno a un pezón que aún llevaba la marca de sus dientes de cuando hicieron el amor la noche anterior. La expresión de Cole cambió, se puso rígida.

—No me había dado cuenta de que te había lastimado.

—No lo hiciste.

—Sí —corrigió con reproche en la voz—. Igual que la primera vez —al amagar con apartarse, Regan le tomó las muñecas.

—No. No me lastimaste. Solo tengo la piel sensible.

—Te marqué —espetó—. Volví a perder el control.

—Y me alegro de ello. Quería que lo hicieras. Quería que me desearas tanto que no fueras capaz de pensar, de respirar. Porque así es como me haces sentir tú —sintiéndose atrevida, pasó las manos por los músculos tensos de sus hombros. Lo miró a los ojos —. Así es como te deseo yo.

—Prometo que seré suave esta vez —afirmó con ternura.

Y lo fue mientras le besaba la boca, la barbilla, el cuello. Plantó besos en sus pechos que avivaron el fuego que ardía en el interior de ella. Regan lo tomó por el pelo y le levantó la cabeza para ofrecerle su boca. Él ladeó la cara y pegó los labios a los suyos. Lo que no había esperado encontrar en su beso era la soledad, el anhelo que le atenazaba el corazón. No supo cómo, pero en ese instante de percepción supo que ese hombre al que amaba solo la tenía a ella. Puede que no la amara, quizá jamás la amara como ella

lo amaba a él, pero supo que Cole la necesitaba como nadie la había necesitado nunca. Ni su padre. Ni su tía. Ni sus amigos. Y aunque no le diera nada más, con eso bastaría. Ella haría que bastara.

El amor fluyó por todo su ser. Temiendo que no le agradara la verdad, intentó decirle lo que sentía con la boca y con las manos, que nunca estaría solo porque ella se encontraba allí para él, siempre.

El sexo de Cole se pegó duro y ardiente contra su vientre; Regan arqueó la espalda para notar sus labios, su piel, su sabor, y demostrarle cuánto le importaba.

—Cole, quiero...

Las palabras murieron a medida que la boca de él descendió. Experimentó un hormigueo cuando la lengua le tocó el ombligo, el vientre, hasta bajar más y hacerse un sitio entre sus muslos y abrirla con suavidad. Regan expulsó el aire de los pulmones cuando le besó el centro de su feminidad. Sin dejar que rompiera el contacto, la acarició con la lengua. Ella jadeó ante las sensaciones increíbles y, sin pudor, alzó las caderas en busca de más.

Retorció el cuerpo y tembló bajo las acometidas de la boca de Cole. Sintió la presión que se incrementaba en su interior con cada mordisqueo suave en su carne sensible.

—Cole, por favor, yo...

La sacudió un espasmo tras otro. Pero él no cejó en su empeño de empujarla hacia las cimas de la liberación, a una cumbre enjoyada que centelleaba bajo el sol como un extraño diamante. Cuando Regan consideró que ya no sería capaz de soportar más tanto placer, Cole volvió a introducir la lengua dentro de ella.

—Te amo —le dijo justo antes de que la montaña estallara a su alrededor en una lluvia de brillantes piedras preciosas.

Interminables momentos después, el último de sus escalofríos remitió. Y el resplandor menguó. Su visión y su mente comenzaron a despejarse del poderoso clímax. Sin embargo, el corazón, que ya palpitaba de forma normal, se le desbocó otra vez. ¿Había pronunciado esas palabras en voz alta y no en su mente?

Un vistazo a la cara de Cole se lo confirmó. Y también que no la creía. Que no le había gustado escuchar las palabras. Como era demasiado tarde para retirarlas, afirmó:

—Es verdad, Cole. Te amo.

Durante un momento las palabras flotaron entre ellos como un latido compartido y Regan rezó para que él le dijera que también la amaba. Un brillo fiero emanó de los ojos de Cole, le acarició la cadera y se instaló entre sus muslos.

—La verdad es que me deseas, princesa. Y yo te deseo a ti.

Luego le tomó la boca con sus labios, alimentándose con ansia y codicia, como si fuera su última comida. Su última esperanza. Regan se entregó a él, intentó saciar la necesidad urgente que percibía en el contacto de Cole.

Lo empujó por los hombros y lo situó de espaldas. Despacio, se colocó encima. Regocijándose en la sensación de tenerlo dentro, comenzó a moverse. Cole levantó las piernas para sostenerle la espalda mientras con las manos le coronaba los pechos. Ella respiraba de forma entrecortada. Aceleró el ritmo, acercándolos hasta el borde de esa montaña enjoyada a la que él la había trasladado antes.

Con un gemido salvaje, Cole la colocó debajo de él y la penetró. Ancló las caderas de Regan con sus poderosas manos y la llenó y se retiró, así una y otra vez, mientras cada embestida los aproximaba a la cumbre. Ella se aferró a su cuello y lo pegó a su cuerpo tal como ya lo había pegado a su corazón.

Cuando llegó el clímax, astillando el mundo alrededor de Regan, Cole la aplastó contra sí y gritó su nombre. Y durante ese instante, con los cuerpos unidos y el mundo explotando en un millón de luces diamantinas, fueron realmente una persona, marido y mujer, tal como estaban destinados a ser. Regan se prometió que, de algún modo, encontraría el camino de vuelta al corazón de Cole antes de que se agotara el tiempo.

Capítulo Diez

Unos días más tarde, sentado en su despacho, Cole reconocía que había cometido muchos errores en su vida. Y la noche anterior, tendido en la cama con Regan en los brazos, había estado a punto de cometer otro. Justo a tiempo había contenido el impulso de decirle que la amaba.

Maldición, no la amaba. No se permitiría amarla. De lo contrario, la necesitaría, y no deseaba eso. Aunque llevaban viviendo juntos apenas unos meses, la idea de vivir sin ella ya lo dejaba muerto por dentro. Además, habría sido otro error creerle cuando decía que lo amaba.

Pero quería creerle. Tanto que había sentido palpitaciones la primera vez que Regan le susurró que lo amaba. Y aún anhelaba escuchárselo otra vez. Sin embargo, lo aterraba la idea de que cuando llegara el momento y ella dispusiera de una elección, comprendiera, igual que años atrás, que no lo amaba, después de todo.

Abrió los ojos y aferró con fuerza los apoyabrazos del sillón a medida que los recuerdos de su acto de amor lo invadían. Cada vez que entraba en ella sentía que estaba en casa, que al final había encontrado ese lugar huidizo que tanto añoraba, que había buscado toda la vida. El lugar al que pertenecía.

El sonido del intercomunicador que le anunció que Regan había ido a verlo lo arrancó de sus pensamientos. Se levantó del sillón y abrió la puerta del despacho antes de que ella hubiera dado dos pasos.

—Hola —saludó con una ligereza que distaba mucho de sentir.

—Hola —respondió ella con suavidad—. Sé que estás ocupado, y lamento molestarte...

—No te preocupes —le dio un beso fugaz en los labios y la condujo al despacho, cerrando la puerta. Un vistazo a su cara le indicó que algo iba mal. Preparado para lo peor, le indicó el sofá—. ¿Qué pasa?

—Necesitaba hablar contigo. Sé que probablemente tendría que haber esperado a que llegaras esta noche a casa —jugó con la correa del bolso—. Pero no quería esperar tanto para decírtelo.

— ¿Decirme qué? —preguntó con gran ansiedad. Las lágrimas llenaron los ojos de Regan.

— Yo...

—Princesa, sea lo que sea, me lo puedes contar —se sentó a su

lado y le tomó las manos.

—Yo… tú… ya no podemos hacer más el amor —soltó para prorrumpir en sollozos y arrojarse a sus brazos.

Él no había esperado eso. Sintiéndose impotente y odiando verla tan perturbada, le palmeó la espalda en un intento por consolarla, sin saber muy bien qué decir o hacer. Cuando lo peor del llanto hubo pasado y ella alzó la cabeza, le secó las mejillas con el pañuelo.

—De acuerdo, ¿quieres contarme ahora qué te ha puesto así? —ella se apartó un poco y lo miró a los ojos.

— ¿No has oído lo que te he dicho?

—Hmm. Sí. Que ya no podríamos hacer más el amor.

Lo observó con incredulidad y furia en los ojos verdes.

— ¿Y eso no te molesta?

—Bueno —se frotó la mandíbula, sin estar muy seguro de lo que debía responder—, no sé si esa palabra describe lo que siento.

— ¿Y qué es lo que sientes? –exigió saber ella.

—Decepción —contestó con sinceridad. «Y desolación», añadió para sus adentros—. Princesa, eres una mujer hermosa, sexy y deseable, además de una amante increíble. Me basta con mirarte para desearte. Pero el sexo no formaba parte de nuestro acuerdo, y bajo ningún concepto espero que duermas conmigo si no es lo que tú quieres.

—No es que yo lo desee o no —se levantó, cruzó el despacho y se mantuvo muy erguida—. Creo que eso lo he dejado bastante claro. Pero mi médico cree que mientras tenga estas manchas no deberíamos…

El corazón de Cole dejó de latir. Sintió que palidecía. En un abrir y cerrar de ojos se plantó a su lado.

— ¿Qué manchas? En ningún momento mencionaste nada de manchas.

—Aparecieron ayer por la mañana —repuso con cierta culpabilidad.

— ¿Ayer? ¿Y me lo cuentas ahora?

—Llamé a la doctora Lily y fui a verla en cuanto comenzaron. Me dijo que unas manchas esporádicas eran habituales durante el embarazo y que debería tomármelo con calma… lo que hice.

Eso explicaba que la noche anterior Regan adujera cansancio cuando se le acercó en la cama.

—Tendrías que habérmelo contado —afirmó con miedo en la voz—. Soy tu marido y en tu interior llevas a mi bebé. Tenía derecho a saberlo.

—Lo sé —reconoció con un susurro y expresión triste—. Pero no quería preocuparte innecesariamente.., no después… de lo que pasó la última vez.

De pronto Cole sintió que toda la furia lo abandonaba al pensar en el aborto. La abrazó con fuerza.

—Eres mi mujer, Regan. Es mi derecho preocuparme por ti. ¿De acuerdo? —ella asintió—. ¿La doctora Lily quiere ingresarte en el hospital?

—No. No es tan grave. Me ha dado algo para detener las manchas. Y el bebé no corre ningún peligro. He de tomarme las cosas con calma un tiempo y tendremos que frenar el sexo —explicó con ojos llorosos una vez más.

—Sabía que trabajabas demasiado en la joyería. No me importa lo que digas, pero voy a contratar a alguien para que te ayude.

—Cole, no necesito más ayuda —insistió—. Exclusives prácticamente marcha sola desde que me convenciste de contratar a Sally para la tienda y a Jenny para que echara una mano con los diseños. No tener que preocuparme por la joyería ha sido un alivio. La verdad es que ya me siento culpable por dedicar mi tiempo a hacer lo que me encanta, los diseños. Y dispondré de suficientes ratos libres para pasar con el bebé cuando llegue.

—Entonces, ¿por qué estás tan inquieta? —Regan lo miró con ojos centelleantes a través de las lágrimas.

—Porque, hombre estúpido —espetó—, me había acostumbrado a nuestra intimidad. Por eso. Y ahora tendré que acostumbrarme a volver a dormir sola.

—A ver si lo he entendido —Cole entrecerró los ojos—. Porque no podemos tener sexo crees que no querré compartir tu cama, ¿es eso? —no aguardó su respuesta—. A pesar de lo que obviamente piensas de mí, no soy un animal. Y el único modo en que no duerma contigo en tu cama es que tú no lo desees —ella volvió a ponerse a llorar y Cole tuvo ganas de pegarse por haber perdido los nervios—. Lo siento. No quería gritarte —la abrazó de nuevo.

—No, soy yo quien lo siente —lo rodeó con los brazos de la mejor manera que pudo debido al vientre—. Pensé que no querrías estar conmigo si no… si no podíamos…

La apartó unos centímetros y le enmarcó el rostro lloroso con las manos.

—Quiero hacer el amor contigo. Eso no va a cambiar. Pero si no puede ser, entonces lo mejor después de eso es abrazarte.

— ¿De verdad? ¿No lo dices porque estoy triste y…?

—Intenta metértelo en esa bonita cabeza, princesa. Yo… —tragó

saliva y justo a tiempo se dio cuenta de lo cerca que había estado de decirle que la amaba. No, se negaba a amarla. No podía volver a correr ese riesgo.

— ¿Tú qué, Cole?

—Yo... te quiero, me preocupas.

«Te quiero, me preocupas».

Tumbada a su lado, Regan recordó las palabras de Cole. ¿Cuántas veces las había rememorado en el último mes? ¿Una docena? ¿Cincuenta? ¿Cien? Demasiadas para llevar la cuenta. Y cada vez notaba algo erróneo en ellas, porque los actos de Cole, sus caricias, decían que la amaba.

Entonces, ¿por qué no se lo decía? ¿Y por qué no le había confirmado que deseaba que su matrimonio fuera permanente? Le había brindado varias oportunidades, pero no le había dicho nada de que quisiera que se quedara con él. Y al reloj de su matrimonio apenas le quedaban cuatro semanas. ¿Qué iba a hacer cuando llegara el bebé y él siguiera sin pedirle que se quedara?

Diez minutos más tarde, al ver que no iba a poder dormir, se levantó de la cama. Bajó a la cocina para tomar un vaso de leche templada, con la esperanza de que la ayudara a conciliar el sueño. Después de poner a calentar leche, se frotó la zona lumbar, que últimamente le dolía más.

— ¿Aún te duele la espalda?

Alzó la vista y lo vio de pie en la puerta. Con el pelo revuelto, el pecho desnudo y los pies descalzos, llevaba los vaqueros desabrochados en la cintura. Estaba tan sexy que despertó todas las células femeninas de su cuerpo. Sintió añoranza al recordar que llevaban dos meses sin hacer el amor.

Cuando él quitó la leche del fuego, llegó a la conclusión de que estaba loca. Era tan grande como una casa y le faltaba menos de un mes para dar a luz y solo pensaba en que deseaba a su marido.

— ¿Qué te hace gracia? —preguntó él al entregarle la taza con leche templada.

—Pensaba que... —jadeó y cerró los dedos en torno a la taza al sentir un dolor que la atravesó como una cuchillada.

—Regan, ¿qué sucede? —preguntó Cole alarmado.

Ella contuvo el aire y cuando pasó lo peor, musitó:

—El pequeño vuelve a practicar sus golpes de karate. Este ha sido fuerte.

— ¿Te encuentras bien? —frunció el ceño mientras la conducía a una silla.

—Sí —pero se mordió el labio inferior, preguntándose si era una falsa alarma o los verdaderos dolores del parto.

— ¿Por qué no te bebes la leche y luego te doy un masaje en la espalda?

—Suena fantástico —iba a ponerse de pie cuando otra punzada aguda de dolor la atravesó.

—Claro que sí, después de todo yo... Maldita sea. ¿Qué pasa?

Regan tardó un minuto en recuperar el aire para poder responder.

—Pensándolo mejor, quizá debamos olvidarnos del masaje y vestirnos. Creo que el bebé ha decidido llegar antes de tiempo.

Cole se puso pálido y adoptó una expresión frenética.

—Pero no puede... no puedes dar a luz ahora. Aún faltan tres semanas y media —gritó.

—Díselo a tu hijo.

—Tranquila —sus ojos pasaron de la cara de Regan a su vientre, y otra vez a la cara—. Que no te domine el pánico. Quédate aquí, que yo me encargaré de todo —afirmó mientras alzaba el auricular del teléfono y solicitaba una ambulancia. La dejó en la cocina y subió a la carrera al dormitorio. Regresó momentos después con la camisa mal abrochada, sin zapatos y con el maletín de emergencia que habían preparado para llevar al hospital—. Lo tengo todo bajo control. No debes preocuparte.

—No estoy preocupada.

Y era verdad… ni siquiera cuando rompió aguas y Cole estuvo a punto de desmayarse. Ni siquiera cuando dedicó las siguientes seis horas al parto con él sujetándole la mano y diciéndole que respirara. Tampoco se preocupó cuando el bebé realizó una entrada anticipada de tres semanas y media y resultó ser una niña sana de tres kilos de peso. Tampoco se preocupó cuando Cole le dio un beso largo y le agradeció que le hubiera regalado la hija más hermosa del mundo ni cuando inundó la habitación del hospital con rosas blancas y un enorme oso de peluche de color rosa. Ni cuando decidieron llamar a la pequeña Elizabeth Mary en honor de la tía Liz y de la madre de Cole.

Regan no se preocupó hasta que su doctora le dijo que Elizabeth y ella podían irse a casa. En ese momento comprendió que el acuerdo matrimonial había llegado a su fin y que Cole en ningún momento le había manifestado que quería que se quedara.

—No hay motivo alguno para que regreses de inmediato a tu casa —arguyó él ante la sugerencia de Regan después de dejar a Elizabeth en su habitación.

—Pero acordamos que después de que naciera el bebé yo me iba a trasladar a mi casa y tú iniciarías los trámites del divorcio.

—Sé lo que acordamos —explotó, sintiendo como si le hubieran quitado la alfombra mágica en la que había estado flotando desde el nacimiento de su hija. Sabía muy bien lo que había acordado, pero eso había sido antes de... Se negó a concluir el pensamiento. Necesitaba más tiempo... para demostrar que los dos eran compatibles, que podían hacer que el matrimonio funcionara. Se mesó el pelo y contempló el rostro serio de la mujer sentada a su lado en el sofá—. El contrato no está grabado en piedra. No hay motivo para que no seamos flexibles. Te encuentras cómoda aquí, ¿no?

—Mucho —respondió.

—Y nos llevamos bastante bien, ¿verdad?

—Muy bien.

—Entonces lo más sensato sería que te quedaras una temporada. Acabas de dar a luz y necesitas tiempo para recuperar las fuerzas, para que tu cuerpo se regenere. ¿Cómo vas a conseguirlo si regresas a tu casa? Es un museo y no tienes ni familia ni personal que te ayude. Si te quedas aquí al menos yo podría hacerlo. Podría ocuparme de alimentar a la pequeña por la noche para que tú durmieras...

—La estoy amamantando —le recordó con un brillo divertido en los ojos.

—Yo puedo hacer otras cosas... como bañar a Elizabeth y cambiarle los pañales.

— ¿Me das eso por escrito? —sonrió y ladeó la cabeza.

—Hablo en serio, Regan —Cole frunció el ceño—. No es una buena idea que regreses tan pronto a tu casa.

—Entonces, ¿quieres que me quede contigo?

— ¿No es lo que acabo de decirte?

—No exactamente. Has dicho que debía recuperar fuerzas.

—Bueno, y es verdad. Y viviendo aquí, podría ocuparme de que comieras bien, que durmieras bien y que no te excedieras. Necesitas a alguien que cuide de ti.

— ¿Y tú te ofreces voluntario?

—No es esa la cuestión. Eres mi esposa —afirmó, aunque no supo cuánto tiempo le quedaba para poder decirlo. Había pasado

mucho tiempo desde aquella noche en que ella le reveló que lo amaba. Y no sabía si el motivo por el que no lo había repetido era que había comprendido que no lo amaba—. Eres responsabilidad mía, Regan.

— ¿Es lo único que soy para ti, Cole? ¿Una responsabilidad?

Algo en su tono de voz le indicó que avanzaba hacia un pantano lleno de cocodrilos, de modo que escogió con cuidado sus palabras.

—Princesa, eres un milagro. Mi milagro —corrigió y apoyó la mano en su mejilla—. Me has dado el regalo más preciado que una mujer puede ofrecerle a un hombre.., un hijo. Sin importar lo que pase, siempre tendrás una parte de mi corazón por haberme dado a Elizabeth.

—Funciona en ambos sentidos —musitó y apoyó los dedos en su mano, aunque había perdido parte del brillo de sus ojos—. No tendría a Elizabeth sin ti.

—Entonces, ¿estamos de acuerdo? Por el momento, ¿Elizabeth y tú os quedaréis?

—Por el momento, nos quedaremos.

Se quedaron, y cuando el estado de la pequeña fue declarado perfecto en la revisión de las seis semanas, Cole sintió que también su vida era perfecta. O casi perfecta. Así como Regan no había vuelto a mencionar la idea de marcharse, como una nube oscura aún seguía presente la posibilidad de que quisiera ponerle fin al matrimonio.

Con sigilo, por si Regan ya se hubiera ido a dormir, abrió la puerta de entrada y la cerró a su espalda. Escuchó un momento en el silencio antes de dirigirse a la primera planta en busca de sus dos mujeres favoritas. Las encontró en la habitación de la pequeña. Al ver a Regan con el bebé mamando de su pecho, el corazón se le paró. Todavía no podía creer que esa fuera su familia, que su sitio estuviera con ellas. ¿Cómo había logrado sobrevivir tantos años sin las dos?

Mientras Regan la alimentaba, clavó la vista en el pecho desnudo. Estaban más plenos con la leche materna y las puntas se veían rosadas y húmedas de haber sido succionadas. El deseo le atenazó las entrañas. La anhelaba con una desesperación que bordeaba el dolor. Conocía su cuerpo casi tan bien como el suyo propio. Y en los últimos tres meses no había pasado ninguna noche en que no se hubiera acostado a su lado, incapaz de dormir por el deseo. Comprendía la necesidad de contenerse, pero eso no

desvanecía el ansia que lo dominaba cada vez que la veía.

Como si sintiera su presencia, ella alzó la vista y sus miradas se encontraron. El calor inflamó las mejillas de Regan y Cole vio que los pezones se le endurecían. Respiró hondo para que el corazón se le tranquilizara.

—Hola —susurró ella mientras depositaba a la dormida Elizabeth en su cuna—. Jack y tú habéis terminado pronto la reunión que teníais programada.

— Él tenía prisa. Resulta que había quedado con Maggie.

—Es una sorpresa —Regan enarcó las cejas—. Sé que dijo que se había sentido atraído por ella cuando la conoció en nuestra boda, pero en ningún momento habría creído que era su tipo.

—Jack no tiene ningún tipo —rió entre dientes mientras iba con ella a su dormitorio—. Le gustan las mujeres, punto.

—Entonces espero que sepa lo que está haciendo. Maggie no es una mujer que se deje llevar con facilidad por una cara atractiva y encanto. Me sorprende que aceptara salir con él.

—Jack y su familia están forrados —colgó la chaqueta y la corbata.

—Y también Maggie. Su familia lleva años intentando emparejarla con alguien, aunque hasta el momento ha conseguido esquivarlos a todos.

—Entonces creo que lo mejor es que dejemos que Jack y Maggie se ocupen de su propia vida amorosa —sugirió mientras veía a Regan quitarse la bata. Estuvo a punto de atragantarse al descubrir la transparencia de su camisón. A la luz tenue de la lámpara de la mesita de noche podía ver perfilado su cuerpo. A excepción de los pechos y de una ligera redondez en las caderas, jamás habría sospechado que acababa de tener un bebé. Necesitó de todas sus fuerzas para resistir el impulso de ir a su lado, tomarle los pechos con las manos y pegarla a su cuerpo. Se dio la vuelta y respiró hondo. Se había prometido que esperaría. Por lo que él sabía, Regan no había recibido aún el visto bueno de su médico.

Y aunque lo tuviera, cuando volviera a hacer el amor con ella sería sin ninguna barrera que se interpusiera entre ambos. Estaba cansado de preguntarse si se hallaba con él porque la había chantajeado para casarse, de preguntarse si de verdad lo amaba, de preocuparse de que pudiera dejarlo otra vez.

Sintió los brazos de Regan en torno a la cintura. Cuando ella le dio un beso en la espalda, el calor de sus labios lo quemó a través de la camisa.

— ¿No vas a desvestirte y a meterte en la cama? —preguntó.

—Dentro de un minuto. Pero primero tengo algo para ti —se dirigió a buscar la chaqueta, sacó la hipoteca cancelada de Exclusives y se volvió para mirarla. La expectación que había mostrado ella se desvaneció cuando le alargó el sobre.

— ¿Qué es?

—Es la hipoteca. Tendría que habértela dado hace semanas, cuando nació Elizabeth, tal como acordamos. Lo que pasa... es que en ningún momento se presentó la oportunidad.

—Comprendo —susurró mientras aceptaba el sobre. Abrió el documento, lo miró, luego lo dobló y se lo llevó al pecho—. Supongo que esto significa que ya soy libre para irme.

Cole sintió como si le hubiera clavado un cuchillo.

—Supongo que sí —corroboró. La idea de que lo dejara lo mareó. No quería que se fuera, pero no sabía cómo pedirle que se quedara—. He de terminar algo de papeleo para una reunión por la mañana. Acuéstate. Subiré más tarde.

—Cole, creo que deberíamos hablar...

—Tendrá que esperar. He de terminar de revisar esos papeles —se dio cuenta de que si no se iba pronto, corría el peligro de postrarse de rodillas y suplicarle que no lo dejara. Sin embargo, lo peor era que sospechaba que eso no bastaría para que no lo abandonara.

Capítulo Once

Al ver cómo Cole salía de la habitación, se dejó caer en la cama y cruzó lo brazos. Reconoció que no podía continuar de esa manera. « ¿Dónde están tus agallas, St. Claire?» Casi pudo oír la provocación cínica de su amiga Maggie. Maldición, no pensaba perder a Cole... al menos no sin luchar. Lo deseaba y quería que el matrimonio funcionara. Se secó las lágrimas. Un vistazo al reloj le indicó que era tarde para llamar a Maggie, aparte de que ya sabía que su amiga había salido con Jack. «Pero para algo están los contestadores automáticos», pensó alargando la mano hacia el teléfono.

—Hola, Maggie. Soy Regan —dijo cuando se activó el aparato—. Sé que esta noche has salido con Jack, así que puedes llamarme por la mañana. Pero necesito que me hagas un gran favor.., que te quedes con Elizabeth una noche. Pretendo sorprender a Cole con una cena muy especial.

Y su intención era figurar en el menú. Colgó y comenzó a trazar planes para seducir a su marido.

«Si no soy capaz de seducirlo con esto», decidió a la noche siguiente mientras miraba en el espejo el pequeño vestido negro que se había puesto, «entonces el título de mujer se ha desperdiciado conmigo». El sencillo vestido le había costado una fortuna, pero favorecía al máximo su figura un poco más llena. Le ceñía los pechos, la cintura y las caderas y terminaba a varios centímetros por encima de la rodilla. Los zapatos negros de tacón, con tiras finas y medias de seda a juego, hacían que sus piernas parecieran kilométricas. Llevaba el pelo suelto y solo los pendientes de brillantes y los anillos. Satisfecha con su aspecto, comprobó el dormitorio una vez más.

Era un escenario para la seducción. La cubitera de plata se alzaba cerca del pie de la cama blanca de hierro forjado, con una botella de champán enfriándose en su interior. Había abierto el edredón de damasco y sobre las sábanas había diseminado unos pétalos de rosas blancas que llenaban la estancia con su delicado aroma, ayudadas por el ventilador del techo. En cada almohada había una rosa. Un vistazo al reloj le indicó que Cole iba a llegar en cualquier momento, de modo que encendió las velas que había distribuido por toda la habitación. Antes de bajar a sacar la carne

asada del horno y a abrir la botella de vino, lo comprobó todo otra vez. Cerró los ojos y rezó una oración para que esa noche todo saliera tal como lo había planeado.

Pero dos horas más tarde, cuando al fin oyó la llave en la cerradura, el asado se había secado y las patatas estaban frías. El destello de alarma e irritación que pasó por el rostro de Cole al ver la mesa del comedor preparada para dos le dolió con la fuerza de un golpe.

—Lamento llegar tarde. Surgió un problema de última hora.

— ¿Tan importante para no haber podido llamar? ¿Tan importante para no poder llegar a casa después de prometerme que no tardarías?

—He dicho que lo siento —espetó, aflojándose la corbata—. Tendrías que haber cenado sin mí. Hay un problema en mi oficina de la costa oeste y tengo que tratar directamente con el cliente. He reservado un billete en un avión que sale dentro de una hora. Apenas tengo tiempo para guardar algo de ropa y despedirme de Elizabeth.

—Elizabeth no está aquí. Va a pasar la noche en la casa de Maggie —explicó, obligándose a enfrentarse a la dura y fría realidad. No es que Cole no la amara. No pensaba permitirse amarla. Contuvo el aliento ante su propia estupidez.

— ¿Por qué? —exigió, deteniéndose en mitad de la escalera.

—Porque pensé que ya era hora de que tú y yo habláramos.

—Ahora no tengo tiempo para hablar —le clavó la vista—. Te dije que he de ir al aeropuerto. Dejaré un número de teléfono con mi secretaria por si surge alguna emergencia. No sé cuándo volveré. Probablemente en un par de días.

Regan lo siguió al dormitorio en el que Cole había dormido durante las primeras semanas de su matrimonio y lo observó sacar ropa del armario para meterla en una bolsa de viaje. De pronto se le cayeron las anteojeras que había llevado puestas y por primera vez vio la situación con claridad. A pesar del hecho de que él había compartido su cama los últimos meses, jamás se había molestado en llevar las cosas a su cuarto. Le había dicho que no quería atosigarla, forzarla a mover ninguna de sus cosas para hacerle sitio. Pero en ese momento comprendía que había sido una forma más de reservar una parte de sí mismo. Había confiado en él con cuerpo y alma, pero Cole no había confiado en ella. No pudo evitar sentirse traicionada. Y enfadada.

—Esto no puede esperar un par de días, Cole. Reserva un vuelo posterior. Debemos hablar ahora.

— ¿Qué es tan importante que no puede esperar? —abrió un cajón de la cómoda y sacó algunos pañuelos.

—Nuestro matrimonio. El contrato expiró hace seis semanas. Creo que ya es hora de que decidamos qué vamos a hacer —hizo una pausa y respiró hondo—. Quiero saber si piensas solicitar el divorcio.

Cole de pronto se quedó quieto.

— ¿Qué sucede, Regan? —preguntó con voz furiosa—. Pensé que habías dicho que eras feliz viviendo aquí. ¿Ahora me dices que deseas el divorcio?

—Te amo, Cole.

—Es lo mismo que dijiste la primera vez que nos casamos. Y los dos sabemos cuánto duró ese amor, ¿no? Tendrás que perdonarme si no creo ciegamente en tu declaración ahora.

—Te amo —repitió a pesar de lo mucho que le dolió su respuesta—. Nunca dejé de amarte. ¿Por qué crees que acepté casarme de nuevo contigo?

—Porque te arrinconé. Primero al amenazarte con pelear por la custodia de Elizabeth y luego al adquirir la hipoteca sobre Exclusives. El amor no tuvo nada que ver con ello.

—Ahí es donde te equivocas. Me casé contigo por un motivo, y solo por uno. Te amo, Cole. Pero tú no quieres creerlo. Del mismo modo que no te permites amarme.

—Dejé de creer en el amor la primera vez que me dejaste, princesa. No soy tan tonto como para ir por ese camino otra vez. Ya es suficientemente malo que todavía te desee. Que me preocupe por ti —soltó como si escupiera las palabras.

—Desear y preocuparse no basta. Soy tu esposa y la madre de tu hija. Merezco más, merezco tu amor y tu confianza, Y no pienso conformarme con menos.

Él la tomó por los brazos y la pegó a su cuerpo. Regan pudo sentir la presión de su sexo contra su vientre.

—Te deseo —le tomó la boca en un beso rudo. Y cuando alzó la cabeza, su voz sonó tan tensa como su expresión—. No quiero que te vayas.

—Entonces dame una causa para quedarme —contuvo el aliento y esperó, rezó para que pronunciara esas palabras. Por primera vez en su vida Regan vio temor en sus ojos. Cole temía amarla. Siempre le había parecido tan fuerte, tan indestructible, pero en ese momento se dio cuenta de que era un hombre vulnerable porque

necesitaba y anhelaba ser amado. Y esa necesidad lo aterraba.

Él la soltó y dio un paso atrás.

—No puedo darte más de lo que tengo para dar —informó con tono vacío—. He de irme. ¿Estarás aquí cuando vuelva?

— ¿Importa?

—Importa en lo que atañe a Elizabeth —musitó después de cerrar la bolsa de viaje y pasársela al hombro—. También es mi hija. Y este es su hogar. Quiero que crezca aquí. Conmigo. Que tú te quedes o no depende de ti.

Al pasar a su lado para salir de la habitación, su expresión era tan brutal y fría como lo habían sido sus palabras. Al oír la puerta de la calle al cerrase, también se cerraron las puertas de la esperanza que ella había creído que podrían atravesar los muros de Cole.

Cegada por las lágrimas, se tambaleó hasta llegar a su dormitorio. Ver el champán, las velas y los pétalos de rosa le provocó un sollozo. Enfadada y dolida, con el brazo apartó los pétalos de la cama, se dejó caer de rodillas en el suelo y se puso a llorar. Por Cole y por lo que podría haber sido. Pero en su ataque de furia no se dio cuenta de que había tirado una de las velas de la mesita de noche y que la llama ya se acercaba al borde de la cortina de encaje que se agitaba ante la ventana.

Cole contempló la ventana del dormitorio de Regan sentado en el coche. Con las manos cerradas en torno al volante, apoyó la cabeza en su dura superficie y luchó contra el dolor en su pecho, contra la abrumadora sensación de pérdida.

«Dame una causa para quedarme».

Sus palabras lo desgarraron. Alzó la cabeza y durante un instante pensó en volver. Quería volver, prometerle lo que deseara para que se quedara. Arrancó el vehículo, dio marcha atrás y puso rumbo al aeropuerto.

«Me casé contigo por un motivo, y solo por uno. Te amo, Cole. Pero tú no quieres creerlo. Del mismo modo que no te permites amarme».

Las palabras lo acosaron mientras conducía por la carretera. ¿Tendría razón Regan? ¿Se habría negado a creerla por miedo y un tonto orgullo?

Jamás se había considerado cobarde, pero supo que en ese momento lo estaba siendo. Porque la amaba. Pero tenía miedo de que le echara ese amor a la cara, tal como había hecho una vez,

miedo a lo que su rechazo le haría a su corazón y a su orgullo.

Con la cabeza llena de preguntas aparcó y se dirigió al mostrador de la línea aérea. De pie en la cola, pensó en los días, meses y años que se extendían ante él. Tiempo que pasaría sin Regan. ¿Para qué le servían el orgullo y el corazón si no tenía a Regan a su lado para reír, jugar y amar con él? Nada importaba sin ella.

—Señor. Necesito su billete.

— ¿Perdón? —miró a la azafata de ojos castaños.

—Su billete, señor. Si tiene reserva para el vuelo a Los Angeles, necesito su billete y tarjeta de embarque ahora.

—Gracias —sonrió—, pero acabo de recordar que olvidé decirle a mi mujer lo mucho que la adoro y que no puedo vivir sin ella.

—Entonces le sugiero que vuelva a casa y se lo diga —aconsejó la mujer con una sonrisa.

—Creo que tiene razón.

Y eso pensaba hacer. Sacó el coche del aparcamiento y se dirigió a casa... junto a Regan. Su corazón. Su amor. Su vida. Repasó la disculpa que le ofrecería y su plan de confesarle lo estúpido que había sido. Si hacía falta, se pondría de rodillas y suplicaría. El orgullo el honor.., nada importaba. Solo Regan.

Concentrado en ello, no se dio cuenta de los coches de bomberos ni de la multitud congregados en su calle casi hasta llegar, cuando un policía lo detuvo.

—Lo siento, señor. No puede pasar —le informó un agente uniformado.

— ¿Qué sucede? —preguntó.

—Un incendio en una casa. Una vela prendió una cortina y el lugar se inflamó como una cerilla. Una pena. Era una de esas casas de madera y...

Cole bajó del coche y se abrió paso entre la gente antes de que el policía pudiera detenerlo. La sangre se le heló al ver las llamas anaranjadas arder en su casa. Un grito angustiado desgarró el aire y se percató de que lo había emitido él. Mientras intentaba ir hacia la conflagración, solo pensaba en Regan.

—Eh, amigo. No puede pasar.

Cole se soltó del bombero y continuó su marcha. Otros dos hombres lo sujetaron.

—Soltadme. Mi esposa está ahí dentro. ¡He de llegar a su lado! —volvió a soltarse.

— ¡Cole! ¡Cole!

Giró en redondo y buscó a Regan con la mirada. Entonces la vio

y el corazón se le paró. Estaba de pie ante las puertas abiertas de una ambulancia. Ella se quitó la máscara de oxígeno que un enfermero intentaba ponerle. Tenía la cara y el pelo cubiertos de hollín. Corrió a su lado y la abrazó con fuerza hasta que dejó de temblar.

—Cole —musitó con voz ronca—. Cole, cariño, no puedo respirar.

Aflojó el abrazo, pero sin soltarla.

— ¿Te encuentras bien? —inquirió con voz quebrada.

—Sí —susurró ella.

—Gracias a Dios —murmuró, besándole el pelo—. Gracias a Dios. Temía haberte perdido.

Ella se apartó un poco y las lágrimas abrieron surcos por sus mejillas manchadas.

—Lo siento tanto, Cole. Estaba perturbada cuando te marchaste. Debí tirar una vela. Cuando desperté el dormitorio estaba en llamas y la casa llena de humo —sollozó—. Lo siento. He destrozado tu hermosa casa.

—Shhh. No pasa nada. No importa —le besó las lágrimas. Los ojos. Y luego la boca, con toda la desesperación y miedo que lo habían desgarrado al pensar que se hallaba dentro.

Cuando alzó la cabeza, los ojos de ella estaban aturdidos. La boca le temblaba.

—Sé lo mucho que esa casa significaba para ti. Lo siento tanto...

La besó otra vez, en esa ocasión con ternura, con todo el amor de su corazón.

—La casa no me importa nada. Tú eres lo importante.

—Pero era tu sueño.

—Solo era una casa —meneó la cabeza—. Una mujer muy sabia y hermosa me dijo en una ocasión que una casa no es lo que convierte un lugar en un hogar. Sino la gente con la que la compartes. Siempre puedo comprar otra casa, pero a ti no te puedo sustituir. Te amo, Regan. Elizabeth y tú sois mi hogar. Sois el único hogar que alguna vez querré o necesitaré.

Epílogo

—No puedo creerlo —dijo Regan varios meses después de pie junto a Cole delante de la casa—. Es como si nunca hubiera tenido lugar un incendio, ¿verdad? Espera a ver el interior.

—Aguarda un minuto, señora Thornton —le pidió cuando comenzó a subir por los escalones del porche. Después de cerciorarse de que su hija se hallaba segura en el cochecito, dijo—: Y tú quédate quieta un momento, pequeña. Hay algo que papá tiene que hacer —alzó en vilo a su mujer, cruzó el umbral con ella en brazos y la besó hasta que ambos quedaron jadeantes—. Bienvenida a casa, princesa.

En ese momento Elizabeth se puso a berrear.

—Bájame y ve a buscar a tu hija antes de que los vecinos salgan para ver a qué se debe tanto alboroto —cuando los dos se reunieron con ella, le tomó la mano y lo condujo hacia las escaleras.

— ¿No quieres echar un vistazo primero por la planta baja? —preguntó Cole.

—Dentro de un minuto. Hay algo que quiero mostrarte.

— ¿El dormitorio? —preguntó con esperanza.

—Luego. Tengo una sorpresa para ti —lo llevó por el pasillo y se detuvo delante de la puerta de la habitación de invitados—. ¿Recuerdas que me dijiste que podía realizar los cambios de decoración que deseara? —Cole asintió—. Bueno, espero que no te importe —abrió la puerta.

Cole observó los motivos infantiles que decoraban la habitación.

—Es maravillosa. Pero, ¿qué hizo que decidieras cambiar el cuarto de Elizabeth?

—No lo he cambiado —sonrió—. La pequeña va a tener el mismo cuarto de antes. Este es para su hermanito o hermanita.

Cole contuvo el aliento al asimilar sus palabras.

Con el pecho contraído, observó a su esposa, el amor de su vida.

— ¿Me quieres decir que estás embarazada?

—Sí —susurró—. Y esta vez, cariño, la tía Liz no ha tenido nada que ver en el asunto.

Cole dio un grito de alegría que hizo que Elizabeth soltara una risita, luego levantó a Regan en brazos y la besó con pasión. Entonces pensó en el deseo de Navidad que había realizado tantos años atrás y se dio cuenta de que al fin había obtenido lo que quería... Gracias a Regan era parte de una familia.